PERIODISMO Y PERIODISTAS EN LA GUERRA CIVIL

Edición al cuidado de
Jesús Manuel Martínez

FUNDACION BANCO EXTERIOR
Colección Seminarios y Cursos

© Fundación Banco Exterior
Santa Catalina, 6 - 28014 Madrid
Fotocomposición: Félix Amoretti
Imprime: NOVOGRAPH, S. A.
D.L.: M-24322-1987
I.S.B.N.: 84-505-6168-X
Diseño de la cubierta: Eugenia Alcorta y Rosaura Marquínez
Distribución: Edhasa. Diagonal, 519. Barcelona 08029

INDICE

Págs.

Presentación 7

El escritor y la política 9
(J. MARICHAL)

Las revistas culturales en la guerra civil 23
(M. C. SEOANE)

El papel de los corresponsales extranjeros en la guerra civil 37
(G. JACKSON)

Corresponsales extranjeros en el bando nacional 45
(J. M. ARMERO)

Corpus Barga 59
(J. ALTABELLA)

Javier Bueno, un periodista comprometido con la revolución 67
(M. NUÑEZ DIAZ-BALART)

Los «ABC» de Madrid y Sevilla en la primera fase de la guerra civil. 91
(M. D. SAIZ)

Mi testimonio como director de «ABC» en Madrid (1936-1938)..... 113
(E. ALONSO ROGRIGUEZ)

Pequeñas historias de la guerra incivil española 125
(M. SANCHEZ DE LAS CASAS)

Periodismo en Madrid durante la guerra 133
(E. CIMORRA)

Periodistas en Madrid durante la guerra civil - La represión 145
(E. DE GUZMAN)

Tras el volumen consagrado a los Grandes Periodistas Olvidados *(fruto de un ciclo de conferencias celebrado por la Fundación Banco Exterior y la Asociación de Periodistas Europeos), ambas entidades dedican este otro al periodismo de la Guerra Civil española de 1936-1939. Recopilación de los trabajos leídos y debatidos durante un seminario celebrado en abril y mayo de 1986 en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, constituye un ejercicio de rememoración histórica al cumplirse los cincuenta años del estallido de la Guerra.*

En su colaboración, como en tantos otros de sus escritos, Eduardo de Guzmán afirma y demuestra cómo la profesión de periodista se convirtió en la más peligrosa y castigada a lo largo de aquella contienda y en los años que siguieron. Quizás no podía ser de otra manera. En la guerra española no se cumplió aquel aforismo, refinadamente cínico, según el cual en la guerra la primera baja es la verdad. Aquí cada muerto se murió con su verdad, grande o pequeña, intacta. Sin duda, porque se peleó por el alma de la nación, no por su territorio. Y los periodistas fueron los portadores de las grandes verdades enfrentadas. No practicaron el arte sutil de la propaganda bélica: si mintieron, no disimularon, lo hicieron clamorosamente, como para no engañar a nadie. Y cuando hubo propaganda no fue obra de periodistas, sino de los estados mayores militares y políticos. Los periodistas fueron portadores de verdades verdaderas, no de verdades fabricadas.

Esta contraposición de verdades resulta especialmente dramática en el caso de los dos ABC, *de Madrid y Sevilla, aquí estudiados por María Dolores Sáiz, con un añadido tan inesperado como feliz: la presencia en estas mismas páginas de Elfidio Alonso, Director de aquel* ABC *de Madrid, con su enorme elegancia de caballero del periodismo.*

Otros supervivientes que exhiben en este libro su generosidad de vencidos son Modesto Sánchez de las Casas y Eusebio Cimorra. A cincuenta años de distancia, la pasión juvenil se ha trocado en sabiduría, no en descreencia: siguen dándonos testimonio de sus verdades.

El profesor José Altabella evoca a una de las grandes figuras del periodismo español de todas las épocas: Corpus Barga, quizás el mayor corres-

ponsal extranjero que ha habido en España, y escritor de raza. Mirta Núñez nos hace revivir a Javier Bueno, el periodista más popular de la República, el mayor caudal de anécdotas del periodismo de todo aquel período, y también el de más cruel e imperdonable destino. María Cruz Seoane escribe sobre las revistas culturales durante la guerra: fenómeno inaudito, pero no extraño, pues es la única guerra del mundo a la que se apuntaron todos los poetas.

José Mario Armero y Gabriel Jackson recuerdan a los corresponsales extranjeros en la guerra de España, aquella legión de escritores que convirtió la contienda en acontecimiento universal, de resonancias mitológicas todavía no superadas en el siglo XX.

Juan Marichal abre el volumen con un estudio sobre escritores y políticos, centrado en tres figuras emblemáticas del medio siglo de oro: Unamuno, Ortega y Azaña.

Tanto la Asociación de Periodistas Europeos como la Fundación Banco Exterior esperan que este volumen, al igual que el antes aludido de Grandes Periodistas Olvidados, *ayuden a la necesaria recuperación de la memoria histórica española, permitan valorar en su justa medida la gran tradición periodística hispana y, sobre todo, impidan el olvido de la obra de los escritores y profesionales aquí recogidos.*

Fundación Banco Exterior
Asociación de Periodistas Europeos

EL ESCRITOR Y LA POLITICA

Juan MARICHAL

No sería arbitrario afirmar que ciertos escritores contribuyeron decisivamente al adelanto de la cultura política española entre el llamado «Desastre» de 1898 y la guerra de 1936-1939. Mi propósito es considerar los tres escritores más representativos del esfuerzo ideológico realizado en aquella España por la «república de las letras», mediante la prensa diaria y las conferencias públicas: Miguel de Unamuno, José Ortega y Manuel Azaña. Corresponden a tres fases cronológicas —1898-1914, 1914-1931, 1931-1939— de la historia española de este siglo, pero, sobre todo, es visible en ellos, muy claramente, el que podríamos llamar «drama» del escritor *engagé*, participante activo, en la vida política de un país. Los tres escritores mencionados —Unamuno, Ortega, Azaña— representan, además —por no decir, sobre todo— tres modalidades y grados de participación política. Unamuno es un patente ejemplo de lo que se llama en inglés «free lance», pero en un sentido más amplio que el usual: don Miguel era verdaderamente una «fiera lanza», sin ataduras de ningún género. Ortega, en cambio, es el escritor que aspira a movilizar, a organizar a sus compatriotas lectores con finalidades políticas concretas, aunque no llega a ser propiamente «un político». Manuel Azaña —escritor de nacimiento— representa el «drama mayor», ya que actúa en la política efectiva y le toca vivir o más bien padecer la enorme tragedia de 1936-1939. Estos tres egregios españoles ofrecen también un drama muy de esta tierra: porque fueron hostiles entre sí, ejemplos vivos de lo que Ortega llamó «el enorme coeficiente de personalismo» propio de la vida española. Aunque me apresuro a señalar que la hostilidad entre Unamuno y Ortega —o entre Ortega y Azaña— respondía a los que podríamos llamar «sinos» estilísticos de sus personalidades literarias. Para algunos españoles que nacieron con el siglo y que fueron admiradores de las tres grandes figuras, aquellas hostilidades personales, son recordadas hoy con dolor como «algo muy triste» (citando las palabras textuales de uno de ellos). Pero, desgraciadamente, la historia no es un idilio (como reiteraba Benedetto Croce): y no debe olvidarse que aquellos tres egregios españoles hicieron de la España de 1898-1936 una de las épocas más valiosas (y más alentadoras) de la historia de su patria.

Un gran escritor francés —y gran historiador y pensador político— Alexis de Tocqueville, solía mantener que el francés que no fuera más allá (intelectualmente hablando) de las fronteras de Francia no podría nunca entender —ni menos explicar— la Gran Revolución de 1789. Y siguiendo, ahora, el precepto de Tocqueville, me permitiré hacer un breve inciso para indicar un trasfondo histórico general sobre el papel del escritor, justamente desde 1789. Porque fue desde entonces que el escritor adquirió, al menos en Francia, un creciente poder social y político. Uno de los historiadores —gran escritor también— de la época romántica, Guizot, que llegó a ser una poderosa figura política, sentenció que «se gobierna con la palabra». Recordemos también que el gran poeta romántico Lamartine fue incluso presidente de la Segunda República francesa. Y Víctor Hugo alcanzó un poder social inigualado, al clamar desde su exilio en la islita Guernsey contra Napoleón III. Mas también hubo escritores que temieron los efectos del poder que así se les otorgaba. Uno de los más explícitos en formular dicho temor fue el también gran poeta romántico, Alfredo de Vigny, que en su libro *Stello* de 1832 escribía:

> «Separar la vida poética de la vida política... Un poeta se realiza por su obra, mientras que un hombre que ocupa el poder ha de realizarse en las funciones que desempeña.»

Esto es, el escritor europeo ha vivido desde la época romántica en una particular tensión entre el impulso propiamente creador —el que le exige fidelidad a sí mismo— y el deseo de poder social. Podría incluso establecerse una gradación que iría desde el extremo representado por Vigny —el poeta es una voz esencialmente solitaria— hasta el extremo ocupado por los ensayistas políticos como Guizot, que aspiran al dominio político mediante el ejercicio de su pluma. Una posición intermedia la representa un escritor hispanoamericano, muy próximo a Unamuno, el uruguayo José Enrique Rodó, cuando escribe a un escritor colombiano:

> «Quizá no es usted ajeno a esta fatalidad de la vida sudamericana que nos empuja a la política a casi todos los que tenemos una pluma en la mano. Yo no considero esto enteramente como un mal.»

Añadiendo Rodó: «Todo está en que *no* nos dejemos despojar de nuestra personalidad». Rodó considera, pues, que la participación activa en la vida política no es desaconsejable para el escritor, sobre todo «en estas democracias a las que todavía hay que formar».

Ningún escritor de lengua castellana ha superado a Unamuno, en este siglo, en la intensidad de los dos impulsos antes aludidos —la fidelidad al yo profundo y el afán de comunicación: porque Unamuno es una de las voces más esencialmente «ermitañas» (por así decir) de la literatura hispánica y una de las voces más singularmente políticas de su tiempo. El punto de partida de sus campañas periodísticas (y oratorias) políticas lo condensó en una carta al citado José Enrique Rodó, de diciembre de 1901, cuando ya es rector de la Universidad de Salamanca:

> «Quiero erigir la bandera de la cultura. Somos aquí, en España, una minoría de europeos que tenemos el deber y el derecho de imponernos a una mayoría de berberiscos.»

Añadiendo Unamuno: «Lo que así se impone es una tutela ejercida por intelectuales; otra cosa sería la barbarie». Por supuesto estas líneas privadas —que permanecieron inéditas hasta fechas recientes— no deben leerse fuera del contexto circunstancial español de principios del siglo, cuando la palabra *cultura* tenía un significado político equivalente, en gran medida, al de su uso en Alemania para afirmar el derecho del Estado frente a los poderes eclesiásticos. (Observemos de paso que el joven Ortega —el que llamó a Unamuno «el campeador» de la cultura— en su primera gran conferencia, en 1910, afirmó que en España se disputaban entonces el dominio social dos poderes espirituales, «la cultura y la religión»). Para Unamuno era necesario reiterar que el Estado debía ser el principal instrumento de difusión de «la moderna cultura europea, la cultura liberal, género de importación en gran parte». Porque «el Estado es hoy, en España, tal vez lo mejor que tenemos, lo más europeo». Y precisando aún más, advertía Unamuno que no había contradicción para él al afirmar un «estatismo» firme y a la vez considerarse un igualmente firme liberal. Y así escribía en 1909:

> «El liberalismo ha sido en España factor del descrédito del Estado, cuando el Estado moderno, hijo del Renacimiento, de la Reforma Protestante y de la Revolución Francesa es, frente a la Iglesia, el verdadero órgano de cultura.»

Unamuno pedía, en suma, que se limitaran, muy severamente, las actividades docentes de la Iglesia Católica y que se incrementaran, en cambio, las del Estado.

Aunque, por supuesto, Unamuno no veía la finalidad del Estado docente como la mayoría de los políticos e intelectuales que compartían con él los designios mencionados. Y, así, en su conferencia de 1909, en Valladolid, «La esencia del liberalismo», afirmó Unamuno:

> «El criterio liberal, humanista, es que el Estado tiene un fin sustantivo y religioso, cual es realizar el reino de Dios en la tierra, la cultura.»

Concluyendo: «Es una reforma religiosa lo que nos hace falta y el liberalismo es el que nos la puede traer». En suma, Unamuno tenía una posición política muy singularmente suya, y de ahí la dificultad para muchos lectores y oyentes suyos de poder desprender de sus páginas o discursos un mensaje de acción concreta. Quizá el ejemplo más notable de cómo Unamuno defraudaba (por así decir) a sus admiradores, es el famoso discurso del 25 de febrero de 1906, en el Teatro de la Zarzuela. Recordemos que Unamuno había escrito algunos ensayos sobre el patriotismo —motivados por la conducta de grupos militares en Barcelona— y se había opuesto a las leyes del gobierno de don Antonio Maura sobre la jurisdicción militar en asuntos considerados hasta entonces propios del poder judicial civil. Se anunció la conferencia de Unamuno como un acontecimiento político de consecuencias imprevisibles: algunos amigos suyos esperaban que encabezara una nueva organización política. Pero los asistentes al acto de la Zar-

zuela abandonaron el teatro sintiendo que el orador les había defraudado, ya que no les había ofrecido un programa concreto. Y efectivamente Unamuno concluyó así su discurso: «Yo no soy hombre de partido, no he venido a traeros un programa». Añadiendo: «No he querido más que animar los espíritus». Aquí vemos cómo Unamuno no podía emprender una actividad propiamente política, *de político*. Más tarde, en 1908, Ortega quiso también obtener la colaboración de Unamuno para fundar un nuevo partido, que se hubiera llamado «Partido Liberal Socialista»: mas también Unamuno se retrajo. Esto es, el escritor Unamuno sentía —como Vigny (a quien había leído)— que las funciones políticas eran un peligro para su individualidad, para la realización de sus verdaderas aspiraciones humanas.

Mas Unamuno no dejó de escribir ensayos de carácter político, y así podía decir con razón en una carta de 1916 al entonces ministro de Instrucción Pública: «Pocas cosas me han preocupado más que el lograr que haya en mi patria verdadera conciencia liberal democrática».

Y después del final de la Primera Guerra Mundial (1918) aumentó considerablemente la autoridad política de Unamuno. E incluso fue nombrado candidato socialista para el Congreso de los Diputados. Mas una visita suya al Palacio de Oriente, respondiendo a una invitación personal del monarca, fue nuevamente un gesto que defraudó a sus admiradores. Entre los comentarios suscitados por la visita de Alfonso XIII, quizá el más severo fue el de Manuel Azaña. Así escribía Azaña:

> «El intelectual que abandona la especulación pura y, cediendo al tentador, echa por caminos tan fragosos, debe advertir que no se disminuye. Esa es su generosidad, su sacrificio. Pero su comercio con el público es ya distinto, otra la disciplina.»

Añadiendo: «Su principal convenio con los secuaces es la fidelidad al convenio que los juntó». Esto es, Azaña mantenía que Unamuno había violado gravemente un principio de ética política. No podía prever Azaña, entonces, que se le acusaría a él mismo, de olvidar sus compromisos políticos para escribir páginas que expresaban su pensamiento independiente. Mas, pese a la visita a Alfonso XIII, fue visto pronto Unamuno como la voz principal de oposición a la continuidad de los viejos modos políticos. Y así, en 1923, cuando el general Primo de Rivera establece un régimen dictatorial, Unamuno es uno de los adversarios más firmes del gobierno autoritario y en 1924 es confinado en la isla canaria de Fuerteventura, que abandonará para exiliarse voluntariamente a Francia, cuando es indultado. En París, primero, y en Hendaya, más tarde, durante seis años, Unamuno será la voz más respetada universalmente de la oposición política al general Primo de Rivera y a la Monarquía autoritaria. Sin duda, Unamuno recordaría el papel que había desempeñado Víctor Hugo en su destierro frente a la costa de Francia, en las campañas políticas contra el llamado Segundo Imperio, llamando al emperador, «Napoleón el pequeño». Decía a su vez Unamuno: «soy yo quien persigue al gobierno de Primo de Rivera». Unamuno dio, además, nuevo significado a la contienda que Larra había definido como la lucha entre el sable y la palabra. Unamuno adquirió, entonces, renombre universal como símbolo de la cultura española frente a los militares anacrónicos. Y cuando el general Primo de Rivera abandonó el poder y su país, Unamuno regresó a su patria para ser recibido como un héroe auténtico. La palabra había triunfado contra el sable.

De ahí, que con harto fundamento, dijera Unamuno en 1931, que él había contribuido, más que ningún otro español, al establecimiento de la Segunda República. Aunque pronto empezó a manifestar inquietudes diversas motivadas por la legislación republicana y por ello fue tildado por el novelista Ramón Sender de «glorioso despistado». Mas repasando hoy los artículos de Unamuno, de 1931 a 1936, es patente que se sentía crecientemente temeroso de un futuro siniestro para España. Los poetas han sido, con frecuencia, profetas: y es verosímil conjeturar que la sensibilidad de Unamuno —tan íntimamente unida a la entraña colectiva de su pueblo— le hacía ver ya cercana la incoercible catástrofe de 1936, y le hacía también expresarse y conducirse en formas aún más paradójicas que en toda su vida anterior. Así, cuando a mediados de agosto de 1936, declaró que el ejército sublevado representaba la civilización frente a la barbarie, los miles de lectores y admiradores de Unamuno en España y fuera de España se sintieron mucho más defraudados que sus oyentes de 1906. Mas pronto quedaron borradas aquellas sorprendentes palabras de Unamuno, cuando el 12 de octubre de 1936, al inaugurarse el curso 36-37 en la Universidad de Salamanca, pronunció o *gritó,* más bien, unas palabras que dieron la vuelta al mundo y que quedaron en la historia de España como un aterrador augurio: «¡Venceréis pero no convenceréis!» Palabras que a su vez motivaron la violenta respuesta de una voz militar, «¡Muera la inteligencia!» Que incorrectamente traducida a otros idiomas dio mayor resonancia al contraste entre un general (mutilado símbolo de una vida entregada a la acción bélica anacrónica) y el rector de Salamanca, ya que el vocablo «inteligencia» se convirtió en «intelligentsia», o sea la comunidad intelectual universal. Unamuno pasó a ser de nuevo, como en los años de su exilio francés, el escritor español que encarnaba la palabra frente a los sables de la imagen de Larra. Y la muerte que, pronto, llegó al confinamiento de su hogar salmantino, fijó definitivamente para la historia el gesto trágico de don Miguel.

Años de silencio —como predijo Ortega al llegarle la triste noticia de la muerte de su gran rival— siguieron en España y se intentó vanamente cegar su voz inquietante. Hoy está ahí, *aquí,* en una España que él hizo posible: pero todavía no hay una edición adecuada de sus obras completas ni siquiera de algunos de sus libros más importantes. Esperemos que en un futuro cercano el Estado español —consciente de la deuda de su patria con Unamuno— facilite esa necesaria restauración de una obra de auténtico valor universal.

El segundo escritor de los tres antes mencionados como tema de mis consideraciones de esta tarde —José Ortega y Gasset— es, sin duda, el escritor español de mayor significación política transnacional —en el sentido más amplio de la palabra «política». Recordemos también que sus escritos políticos, recogidos en los volúmenes décimo y undécimo de sus *Obras Completas,* suman más de mil páginas. Si a esos textos se añaden otros de carácter político —ya recogidos en anteriores volúmenes de dicha edición— puede calcularse que el total de escritos políticos se aproxima al millón de

palabras: una tercera parte de las *Obras completas*. Dato estadístico que es muy revelador de la importancia de la actividad política de Ortega, ya que el eminente catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid escribió un conjunto de textos equiparable, en extensión, al total de sus textos filosóficos y al de sus ensayos generales. Se comprende así que Ortega dijera en 1927: «España es el único país donde los intelectuales se ocupan de política inmediata».

En un artículo de *El Imparcial* (el diario madrileño de su familia) esbozó Ortega, en octubre de 1907, su programa de renovación liberal:

> «Yo invito a los *intelectuales* (cursiva de Ortega) para que, superando un falso buen tono que les mantiene apartados de los problemas públicos, se conozcan obligados a renovar la emoción liberal y con ella el liberalismo... Aunque yo crea que el liberalismo actual tiene que ser socialista, vengan vibraciones liberales en la melodía que gusten.»

Añadiendo: «Bien merece ser seguido el ejemplo que don Miguel de Unamuno nos ofrece con su enfogado misticismo liberal». Y, desde entonces hasta 1914, escribirá Ortega —en *El Imparcial* y en la revista por él fundada, *Faro*— ensayos que podríamos llamar de apelación política a su propia generación. Así, en el primero número de *Faro* (febrero, 1908), alude a la condenación por un jurista alemán del siglo XIX, del liberalismo, llamándolo «sistema de revolución». Ortega pide a los jóvenes liberales españoles que hagan suya la expresión condenatoria de Stahl:

> «Y digo que el liberalismo de hoy, si no quiere seguir siendo un entremés para la historia, tiene que confesarse y declararse inequívocamente *sistema de la revolución.*»

O más sucintamente: «Los partidos liberales son partidos fronterizos de la revolución o no son nada». Claro que Ortega no estaba predicando la necesidad de cambios violentos, al emplear el vocablo «revolución». Para Ortega, «revolución» equivale a «variación constitucional de un estado». El concepto de «liberalismo» tiene también una novedad en el texto de Ortega: «No es posible hoy otro liberalismo que el liberalismo socialista». Pero, no se identifica el «liberalismo» con ninguna clase social: «aquel pensamiento político que antepone la realización del ideal moral a cuanto exija la utilidad de una porción humana, sea ésta una casta, una clase o una nación». Idea del liberalismo que es manifiestamente ajena al Partido Liberal español. De ahí que Ortega propusiera la creación de un nuevo partido, el Partido Liberal Socialista: «Esta política purificadora de todos los cabilismos sólo podrá intentarla un partido liberal socialista». Y, como ya indiqué, el joven Ortega ve entonces (septiembre de 1908) a Unamuno como una de las posibles cabezas directoras del nuevo partido si llegaba a fundarse.

Un año más tarde, en septiembre de 1909, con motivo del resonante «Asunto Ferrer», Ortega publicó un ensayo —«Unamuno y Europa, fábula»— que fue, en verdad, un rompimiento público con don Miguel y el comienzo efectivo de la autoridad pública de Ortega. Pocos meses después, en diciembre de 1909, dio Ortega una conferencia en la Casa del Pueblo de

Madrid («La ciencia y la religión como problemas políticos») en la cual expuso sus ideas sobre la función de los socialistas en España:

> «Para mí socialismo es cultura... El hombre es hombre en cuanto capaz de cultura (por eso) tiene el socialismo en España esta tarea que cumplir: imponer la cultura, es decir, la seriedad científica, la justicia social.»

Concluyendo Ortega: «El partido socialista tiene que ser el partido europeizador de España». Ortega no ingresará en dicho partido, aunque continuó prodigando elogios a la labor educadora de los dirigentes socialistas. Y desde el otoño de 1913 —cuando Ortega funda con Manuel Azaña y otros jóvenes la Liga de Educación Política— empiezan a romperse las relaciones entre Ortega y los socialistas. Estos reprochaban a Ortega que había dejado de compartir sus aspiraciones republicanas, y así tras el famoso acto del 23 de marzo de 1914, en el Teatro de la Comedia, cuando Ortega presentó públicamente la Liga de Educación Política, la reacción de los socialistas fue particularmente violenta: «La casta intelectual española —escribía Andrés Saborit pocos días después de la conferencia de Ortega— es incapaz de nada generoso, su corazón no late al unísono del pueblo porque no tiene corazón» («Ortega y Gasset monárquico», en *Acción Socialista).*

Mas, aunque no gustara a los socialistas como Saborit, la Liga de Educación Política creció rápidamente y en 1915 con su apoyo fundó Ortega el semanario *España,* dirigido por él mismo (y más tarde por Luis Araquistain y Manuel Azaña), cuya contribución al adelanto de la cultura política en España fue verdaderamente extraordinaria: supongo que ya se habrán escrito tesinas sobre dicho semanario —sin duda el mejor semanario político español del siglo XX— pero habría que reimprimirlo en edición facsímil, o al menos, debería hacerse una extensa antología, incluyendo, por supuesto, las caricaturas del gran Bagaría. Ortega abandonó la dirección de *España* a finales de 1915, y en 1916 inició la publicación de su revista unipersonal, *El Espectador.* En las palabras de presentación de *El Espectador* confiesa Ortega que ha querido tener un refugio literario, enteramente fuera de la política. Aunque al año siguiente, en 1917 —con el apoyo de un financiero e industrial vasco, don Nicolás de Urgoiti— se fundó el diario *El Sol,* donde colaboró Ortega, con firma y sin ella, hasta 1930. Mantuvo así Ortega —como en otra forma Unamuno— una continua actividad periodística política y una paralela actividad puramente literaria con *El Espectador* (1916-1936). Algunos años más tarde, en el verano de 1923, apareció el primer número de la *Revista de Occidente,* que también representó una actividad paralela, fuera de la política, de Ortega hasta 1936. Pero que correspondió indudablemente a lo que había apuntado Ortega en un artículo del 14 de enero de 1922, en el semanario *España* (dirigido entonces por Luis Araquistain): «Imperativo de intelectualidad». Recordemos, de paso, que tras la victoria francesa en la Primera Guerra Mundial, algunos escritores habían pedido que se realizara lo que llamaron «desmovilización de la inteligencia», abandonando las tareas de propaganda a las que se habían tenido que dedicar durante la guerra. El ensayo de Ortega es, probablemen-

te, un eco español de dicha «desmovilización», aunque no es, por supuesto, una simple reiteración de los escritos franceses. Así escribía Ortega:

> «Habríase logrado a estas fechas mucho más si en los últimos años no hubieran deformado muchos intelectuales su intelectualidad poniendo ésta al servicio de propósitos políticos.»

Y añadía Ortega: «El intelectual sólo puede ser útil como intelectual, esto es, buscando, sin premeditación, la verdad». Ortega decía, explícitamente, en 1922 que el balance de la actividad política de los intelectuales españoles había sido doblemente negativo para la política y para la cultura.

Esta actitud de Ortega se manifestó también en la declaración de los propósitos editoriales de la *Revista de Occidente.* Uno de los cuales se formulaba tajantemente así: «Situarse de espaldas a toda política, ya que la política no aspira nunca a entender las cosas». Declaración que fue contestada, sarcásticamente, en el semanario *España,* el 15 de septiembre de 1923, en un artículo firmado con pseudónimo, y escrito probablemente por Manuel Azaña, entonces director de *España:*

> «Y nosotros que vivíamos en el error nefando de creer que la política era, ante, sobre todo, y más que nada, recto entendimiento de las cosas que los hombres necesitan y buscan para vivir, cada nueva hora, del modo más humano y racional posible.»

Hay también otros escritos —generalmente anónimos— en el semanario *España* durante su fase final dirigida por Azaña, referidos críticamente a lo que se veía como un desvío de Ortega. El más explícito —firmado por el propio Azaña— es un artículo sobre el escritor francés recién fallecido, Maurice Barrès. En el número de diciembre de 1923, de la *Revista de Occidente,* Ortega rememoraba su lectura apasionada de Barrès en su temprana juventud: «Fui en mi mocedad un delirante lector de Barrès». Mas, en 1923, señala que en Barrès la ambición política falsificó (y en cierta medida destruyó) su talento literario:

> «Cuando un escritor no se contenta con ser escritor hay vehemente sospecha de que no tiene limpia su conciencia literaria... Casi todos los románticos de la especie Barrès han pretendido salvar un pueblo... La consecuencia de esta deslealtad al arte es trágica. La política anula la poesía de que aun es capaz el escritor.»

Concluyendo Ortega: «Así Barrès se había ido paralizando poéticamente conforme avanzaba en los escalones políticos.» ¿Habría aquí también la manifestación del temor del propio Ortega?

La que consideramos contestación de Azaña apareció en el semanario *España,* el 15 de diciembre de 1923, con el título «Mauricio Barrès y el nacionalismo determinista», donde resume páginas que ya había publicado en su libro sobre política francesa. Pero lo inicia con una apreciación que no figura en el libro de 1919 y es la que estimo respuesta a Ortega:

> «No voy a mutilar caprichosamente al gran artista. No hay de una parte, un Barrès hombre político, y de otra, Barrès creador, poeta.»

Añadiendo Azaña: «Barrès ha inventado las más bellas imágenes para expresar lo que él tenía por ideas políticas». Es manifiesto, aquí, que Azaña estaba también haciendo su propia defensa como escritor y como político, al caracterizar a Barrès en las líneas citadas. ¿Y no podrían también aplicarse al mismo Ortega?

Es patente, además, en el texto citado de Azaña cómo, en él, la motivación política no puede separarse de móviles y aspiraciones más amplios, más profundamente personales. Uno de los textos suyos más reveladores procede del libro que acabamos de mencionar, los *Estudios de política francesa.* En el prólogo, fechado en octubre de 1918, se refiere Azaña a una conversación con un profesor universitario y la resume así:

> «En el curso de nuestro diálogo lamenté que en esta España fuera la vida áspera, fría como el granizo, y de iguales impenetrabilidad y dureza. Disolver esta ambiente, cambiarlo por otro más conforme a nuestra sensibilidad, parecíame el único móvil personal admisible para injerirse en los asuntos públicos.»

Añadiendo: «Díjele que no habiendo existido en España una revolución, ni menos una vida revolucionaria, habrían de buscarse los medios de ampliar la libertad y de asegurar el predominio de la inteligencia». De ahí también que en la conferencia que pronunció en 1930, al tomar posesión de la Presidencia del Ateneo de Madrid, declarara Azaña: «Nada es más urgente en España que el concurso de la inteligencia pura en las contiendas civiles». Debo advertir que Azaña no se refiere necesariamente a los intelectuales, al hablar de inteligencia. En una anotación de su *Diario* personal, escribía: «Siempre me ha parecido que la conducta de España debía depender de la inteligencia, que no quiere decir de los intelectuales». Y en un artículo de 1924 —en polémica con Luis Araquistáin, que veía en el carácter español un obstáculo al progreso político— definía Azaña lo que él entendía como función de la inteligencia:

> «La inteligencia activa y crítica, presidiendo en la acción política, rajando y cortando a su antojo en ese mundo, es la señal de nuestra libertad de hombres, la ejecutoria de nuestro espíritu racional.»

No podía, por supuesto, Azaña, entonces, en 1924, prever lo que le acontecería a él y a España entera doce años más tarde.

No sería exageración nacionalista española decir que Manuel Azaña es el escritor europeo del siglo XX en quien se observan más claramente —y más dramáticamente— las tensiones internas a que antes aludimos. Lo que él dijo sobre Unamuno y, en cierto grado, sobre Ortega, revirtió sobre él mismo: ante la enorme catástrofe de 1936-1939 optó por ser un espectador angustiado —que en verdad moría lentamente con su España— y por dejar el testimonio de su pluma y de su inteligencia. Hace algunos días un conocido periodista español se ha referido, despectivamente, a cómo Azaña pasaba sus días escribiendo, en lugar de atender a los asuntos de Estado, durante la guerra de 1936-1939. Ese periodista parece ignorar que don Manuel ocupaba un cargo casi meramente ceremonial, el de presidente de la

Segunda República. Pero también consideraba Azaña que su función misma requería que dejara un testimonio histórico, un ejemplo de lo que él había apuntado al hablar de Barrès: que el escritor no podía separarse del hombre que había vivido siempre pensando en cómo mejorar la vida colectiva española. Unamuno —hablando del ocaso melancólico de tantos grandes patriotas españoles— decía que era menester distinguir, en sus voces doloridas, «cómo se quejan unos y cómo se quejan otros». La queja de Manuel Azaña requiere, más que ninguna otra, cuidadosa atención. Y no voy ahora, por supuesto, a resumir, siquiera telegráficamente, los trabajos que he dedicado a Azaña desde hace un cuarto de siglo: aquellos de ustedes que tengan tiempo y afición pueden consultar mi libro *La vocación de Manuel Azaña,* ahora en Alianza Editorial, y que fue publicado aquí en años ominosos españoles gracias a la admirable obstinación de un gran periodista español, Pedro Altares, a quien me es muy grato, nuevamente, agradecer desde esta tribuna su fidelidad a los más nobles principios del periodismo y de la absoluta libertad de expresión.

Manuel Azaña consideró prácticamente concluida su función política al iniciarse la guerra en el verano de 1936. Estuvo a punto de dimitir de su cargo de presidente de la República en los últimos días de agosto de 1936, y, poco después, abandonó Madrid, trasladándose a Barcelona, donde permaneció casi toda la guerra, excepto unos meses en Valencia en 1937. Estuvo así, de hecho, en una especie de «Tercera España» interior, aunque no tenía Azaña ninguna simpatía por sus amigos y compañeros de generación que habían abandonado España —entre otros Ortega— para constituir en su exilio transpirenaico, la llamada «Tercera España». Es más, puede afirmarse que Azaña sentía que la deserción de los intelectuales le parecía intolerable, como le dijo a Claudio Sánchez Albornoz, cuando éste regresó fugazmente a Valencia en 1937. Azaña les reprochaba, sobre todo, el haberse dejado dominar por el miedo. Y así decía a don Claudio:

> «Tener miedo es humano, y, si usted me apura, propio de hombres inteligentes. Pero es obligatorio dominarlo, cuando hay deberes públicos que cumplir.»

Para Azaña, su generación —la de Ortega— había incurrido desde luego en muchos errores de acción política. Y así en un dramático diálogo con don Fernando de los Ríos, en 1937, exclamaba doloridamente Azaña: «Viviremos o nos enterrarán, persuadidos de que nada de *esto* era lo que había que hacer». Aunque Azaña no preciso el *esto* de sus palabras recién citadas, puede suponerse que aludía así indirectamente a su creciente convicción, durante la guerra, de que la realidad social española no estaba preparada para la transformación propuesta e intentada por él y su generación. En suma, Azaña era la persona que creía firmemente que la Segunda República tenía una sola y principal justificación: «adelantar la civilización en España».

Tal progreso civilizador era definido por Azaña —en su diálogo *La velada en Benicarló*— en los siguientes términos:

> «La República no tenía por qué embargar la totalidad del alma de cada español, ni siquiera la mayor parte de ella, para los fines de la vida nacional y del Estado.»

Muy al contrario, añadía Azaña: «la República había de desembargar muchas partes de la vida intelectual y moral y oponerse a otros embargos pedidos con ahinco por los banderizos». Esto es, la civilización para Azaña tiene un solo fundamento: «la fecundidad de la vida del espíritu». Fecundidad que exige el «desembargo» aludido. En suma, ninguna institución o ideología debe embargar «la totalidad del alma del hombre».

Por otra parte, era visible y demostrable, para Azaña, que la explosión bélica de 1936 no se debía únicamente a la persistencia de impulsos violentos en los españoles —en la primavera de 1936 había observado tristemente que «la violencia estaba arraigada en el carácter español»— porque lo sucedido en España no tenía un origen solamente español: «el estallido atroz que despedaza a España y sus ejemplos de crueldad son fruto del contagio venido de fuera». Señalaba así Azaña que la guerra española había de verse como una consecuencia más de la violencia, del clima de violencia transpirenaico, generado originariamente por la Primera Guerra Mundial y sus prolongadas y variadas consecuencias. Azaña escribió los textos citados en su aislamiento de Barcelona —recordemos que su residencia estuvo cercada por grupos anarquistas en mayo de 1937— como esfuerzo de su pluma por preservar su lucidez, en medio de los terribles sucesos vividos por él y por todos los españoles. Porque Azaña quería legar a sus compatriotas, y al mundo entero, el testimonio de un español que condenaba la violencia y la destrucción fratricida. El presidente de la República era, de nuevo, un escritor que sabía que su deber primero era el decir la verdad, o al menos de esforzarse en acercarse a la verdad.

Un novelista alemán ha dicho que a veces una obra de ficción es más importante que una batalla para la historia de un pueblo. Y, sin duda, *La velada en Benicarló* permanecerá en la historia de España, cuando se hayan olvidado todas las batallas de la guerra de 1936-1939. No debe soslayarse tampoco que su autor fue el Jefe del Estado republicano, un escritor para el cual no era concebible que se pudiera vencer en una guerra civil, ya que todos los españoles serían forzosamente perdedores.

Uno de mis más queridos y admirados maestros —el historiador mexicano Edmundo O'Gorman— nos solía advertir repetidamente a sus alumnos: «Sobre todo, no regañar a los muertos». Ahora, en este cincuenta aniversario del comienzo de la gran tragedia de España, conviene, creo yo, tener muy presente aquel consejo del maestro O'Gorman. Hablar, como todavía se escucha entre españoles, de las fallas, hasta de las casi traiciones, de figuras como Unamuno, Ortega y Manuel Azaña, es verdaderamente una ocupación lamentable. Porque aquellos escritores —y otros, *muchos,* más— dejaron sus libros, sus páginas centradas en el amor a su patria, y en el deseo de verla progresar hacia una vida más civilizada, más justa para todos. Y, desde luego, aquella España —la de Unamuno, Ortega y Manuel Azaña— está *ahí,* en la historia, irrepetible, única. No es concebible hoy que los escritores tengan aspiraciones semejantes a las suyas, en cuanto a la política. Y no sólo, por supuesto, en España: la política en las enormemente complejas sociedades actuales requiere una dedicación exclusiva que no puede permitirse un escritor si no quiere dejar de serlo.

Uno de los conceptos más universalmente valiosos del pensamiento de

mi maestro Américo Castro, en sus largos años de exilio, fue el de *lo historiable.* Que podría resumirse así: lo historiable es lo que subsiste, en la vida de un pueblo, como una constante incitación a adelantar en el proceso de humanización de la vida humana. Y podríamos decir, sin exageración, que los escritos políticos de Unamuno, Ortega y Azaña, son textos merecedores de la categoría de *historiables,* que constituyen una incitación a proseguir la historia de España con una principal meta, la de adelantar la civilización en esta tierra, y, en primer lugar, su lectura llevaría a desarrollar en los jóvenes el amor a la libertad. En la famosa, y harto dolorosa, polémica de dos grandes argentinos del siglo pasado, Sarmiento y Alberdi, el segundo hizo el siguiente reproche a Sarmiento por su libro *Facundo* sobre un horrible tiranuelo, Facundo Quiroga: «Haciendo la biografía de un tirano no se enseña a amar la libertad». Palabras que hoy resultan muy pertinentes aquí, en España. En conclusión, nada podrá quitar nunca a los españoles el dolorido sentir dejado por aquella magna catástrofe, iniciada hace medio siglo, mas también es cierto que el pueblo español puede encontrar en los escritores considerados aquí un legado que es de paz y civilización humanitaria.

LAS REVISTAS CULTURALES EN LA GUERRA CIVIL

María CRUZ SEOANE

Con el final de la guerra civil concluyó también un período de esplendor cultural, iniciado a fines del siglo XIX, probablemente inigualado en nuestra historia y en cualquier caso inigualado sin duda desde hacía tres siglos. Sin ninguna hipérbole ha sido llamado «edad de plata» o «segundo medio siglo de oro». Por lo que a la literatura se refiere, se habían ido, no sucediendo, sino acumulando, las generaciones conocidas en nuestra historia literaria con las más o menos afortunadas designaciones de «el 98», «del 14» o «novecentista» y «del 27», a las que se suma, en los años de la inmediata preguerra y de la guerra misma la que será conocida como «del 36», todas las cuales estaban en activo en aquellas fechas.

Una de las manifestaciones de esa extraordinaria vitalidad cultural había sido la creación de revistas, que florecieron por doquier desde principios de siglo hasta 1936, porque todas aquellas generaciones y muy singularmente la del 27 estuvieron atacadas del morbo fundacional. Bien es verdad que la inmensa mayoría de ellas tuvieron vida efímera, basadas como estaban nada más que en el entusiasmo de sus fundadores, faltas de medios económicos y de un público mínimamente amplio que las sustentase.

Prácticamente todas las que se publicaban en julio de 1936 fueron derribadas por el empujón brutal de la guerra. Otras, sin embargo, nacieron y vivieron en el período bélico, porque la vida cultural no desapareció en el fragor de la contienda. Hacer un breve balance, me temo que demasiado superficial, de esas publicaciones culturales en ambos bandos enfrentados es lo que nos reúne hoy aquí.

Limitándonos a las de mayor entidad, centraremos nuestra exposición en los siguientes títulos: del lado republicano, *El Mono Azul, Hora de España, Madrid* y *Nueva Cultura;* del lado nacional, el diario *Arriba España* y las revistas *Jerarquía* y *Vértice,* cuyas características enunciaremos brevemente antes de pasar a algunas consideraciones de crácter general, porque tampoco hay tiempo para más.

El Mono Azul, publicación de la Alianza de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura, que se había constituido pocos meses antes de la guerra, publicó sus 47 números en Madrid, entre agosto de 1936 y febrero

de 1939, con intermitencias y formato variable. En realidad tiene dos épocas bien definidas, con tres números sueltos entre ellas, y dos tras la segunda. En la primera, publicó 14 números con periodicidad semanal, de 27 de agosto a 26 de noviembre de 1936. Interrumpida su publicación por la dificultad fundamental, entre otras, de la falta de papel, publicó luego sólo tres números cuando y como pudo hasta el 3 de junio de 1937 en que comienza una segunda época regular, de nuevo con periodicidad semanal en la que salió en una página del periódico *La Voz,* desde el número 18 al 44. Los números 45 y 46 salieron de nuevo en forma independiente y el 47 y último acogido otra vez bajo «tejado de casa ajena», el de una revista que no publicó más que un número, *Cuadernos de Madrid* (1).

La responsabilidad de *El Mono Azul* recaía sobre todo en los infatigables Rafael Alberti y María Teresa León y figuraban como responsables junto con ellos José Bergamín, Rafael Dieste, Lorenza Varela, Vicente Salas Viu y los pintores Antonio Luna y Arturo Souto. La lista de sus colaboradores es muy amplia y figuran en ella, desde Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, por citar a los dos poetas de mayor prestigio de la época, hasta espontáneos anónimos o desconocidos.

El Mono Azul es, sobre todo en su primera época, la más interesante, una «hoja de combate», una revista de agitación, que llegaba a los combatientes en los camiones de Cultura Popular y se proponía —según decía— llevar a la calle y a los frentes y traer de ellos «el sentido claro, vivaz y fuerte de nuestra lucha antifascista». Por ello, estaba abierta a la colaboración espontánea de los combatientes y de los trabajadores y los escritores profesionales adoptaban en sus páginas un estilo claro y directo. Su sección más célebre era el «romancero de la guerra», que ocupaba las páginas centrales en sus 11 primeros números, dedicadas luego a consejos, ilustrados con gráficos, sobre el modo de protegerse de los bombardeos en aquellos días terribles del Madrid de noviembre de 1936.

A finales de ese mes de noviembre de 1936 tiene lugar la evacuación de intelectuales y artistas a Valencia y la capital levantina se convierte en centro cultural de la España republicana. En Valencia, y a partir de enero de 1937, se publica mensualmente la revista *Hora de España,* hasta que en enero de 1938 se traslada a Barcelona, donde continúa publicándose con la misma periodicidad hasta el número XXXIII, que lleva fecha de noviembre de 1938. Fue debida a la iniciativa de un grupo de jóvenes escritores, pertenecientes en su mayoría a la Alianza de Escritores Antifascistas y unidos entre sí por lazos de amistad, que consiguieron para ella la subvenciópn de la Subsecretaría de Propaganda. Nacida en circunstancias distintas, *Hora de España* tiene un espíritu y unos objetivos diferentes a *El Mono Azul.* El joven equipo de redacción, constituido en principio por Rafael Dieste —de quien fue la afortunada idea del título (2)— Antonio Sánchez Barbudo, que actuaba como secretario, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert y Manuel Altolaguirre, a los que luego se sumaron Arturo Serrano Plaja y María Zambrano, se esforzó por dar a la revita un tono de serenidad y altura intelectual, que sorprenden en una revista en época de guerra. Se subtitulaba «Ensayos. Poesía. Crítica. Al servicio de la causa popular», pero su contenido era más amplio de lo que se intentaba describir en ese subtítulo, puesto que abarcaba todos los géneros literarios, incluídas las narraciones y piezas teatrales cortas. Colaboraron en ella escritores de todas las generaciones en activo, desde la del 98, representada por Machado hasta la del 36, con Miguel Hernández, y todos los componente del equipo de redacción. También extranjeros; entre los hispanoamericanos Octavio Paz, César Vallejo (3).

Junto al equipo de redacción mencionado figuraba un «consejo de colaboración», constituido por personalidades prestigiosas del mundo de la cultura: León Felipe, José Moreno Villa, Antonio Machado —cuyas prosas de Juan de Mairena abrían todos los números—, José Bergamín, Tomás Navarro Tomás, Rafael Alberti, José Fernández Montesinos, el escultor Alberto, Rodolfo Halfter, José Gaos, Dámaso Alonso y Luis Lacasa.

Casi todos los componentes de este Consejo de Colaboración, eran residentes en la Casa de la Cultura, conocida en la Valencia de aquellos días como la «Casa de los Sabios», creada por el Ministerio de Instrucción Pública para dar alojamiento y un mínimo de condiciones para continuar su labor a una veintena de escritores, artistas y científicos destacados, que habían sido evacuados de Madrid. Esta institución publicó también una revista, puesta bajo la advocación del nombre de resonancias casi míticas entonces de *Madrid* y como subtítulo *Cuadernos de la Casa de la Cultura,* que publicó tres números con fechas de febrero de 1937, mayo de 1937 y mayo de 1938, el último de Barcelona. Su objeto era suplir la desaparición de las publicaciones eruditas dependientes de organismos oficiales y ofrecer a los científicos, escritores y artistas refugiados en la Casa de la Cultura un refugio también para sus trabajos, en el que pudiesen mostrar la continuidad de su tarea, en medio de las dificultades. Se trataba, como ha dicho María Zambrano, de «los mismos haciendo lo mismo».

La revista tenía por necesidad un carácter misceláneo, de «colcha de remiendos» como dijo la revista *Nueva Cultura* en su reseña, en el que se mezclaban la creación literaria y el arte (incluía cuidadas reproducciones en color de obras de Solana, Arteta, Macho, Capuz...) con las ciencias, la medicina, la pedagogía o la historia. Entre sus colaboradores figuran en consecuencia nombres correspondientes a los más diversos campos: Machado,

(1) El n.º 15 tiene fecha de 11 de febrero de 1937; el n.º 16 de 1 de mayo de 1937. El n.º 18 no consta en la edición facsimil y parece que no se sabe nada de él. El primero publicado en esta forma, el n.º 18, lo fue el 3 de junio de 1937, aunque por error figura en su cabecera la fecha de 3 de mayo. En *La Voz* se publicó en su tercera página con regularidad semanal, excepto un lapso entre el n.º 32 de 9 de septiembre y el n.º 33 de 23 del mismo mes. El último número publicado en *La Voz,* el 44, es de 9 de diciembre de 1937. Los números 45 y 46 se publican de forma independiente en mayo y julio de 1938. El n.º 47 y último se publica en febrero de 1939 con la revista *Cuadernos de Madrid.*

(2) El título *Hora de España* ha sido atribuido a José Moreno Villa. Según carta de Rafael Dieste al profesor Johanes Lechner, e incluida por éste en *El compromiso en la poesía española del siglo XX,* fue él quien propuso que le llamasen «La Hora de España», y Moreno Villa aconsejó la supresión del artículo.

(3) El formato de *Hora de España* era de 24×16,50 y un número de páginas que osciló entre 120 y 157. Tenía una esmerada presentación tipográfica y llevaba en todas sus cubiertas una viñeta de Ramón Gaya.

Moreno Villa, Bergamín, Azaña, al lado de Duperier, Navarro Tomás, Rodríguez Moñino, Orueta, etc. (4).

La tercera revista publicada en Valencia no es obra, como las anteriores, de intelectuales procedentes de Madrid, sino de un grupo de intelectuales comunistas valencianos, capitaneados por José Renau y continuación de la que el mismo grupo había publicado durante todo el año 1935 y hasta julio de 1936. Se trata de *Nueva Cultura,* que en esta segunda época publicó cinco números de marzo a octubre de 1937, como órgano de la sección valenciana de la Alianza de Escritores Antifascistas. Mucho más política que *Hora de España,* esta revista tiene una clara inspiración comunista, aunque abre sus páginas a colaboradores no comunistas. Muy diferente es también su formato y composición, de acuerdo con el carácter de revista «de kiosko» que quería ser (5). Tiene especial interés en el aspecto gráfico y artístico, tanto por sus reproducciones de obras artísticas y sus collages fotográficos, como, en el aspecto teórico y crítico, por la atención que dedica a las artes plásticas, cosa lógica, dada la personalidad de su inspirador, José Renau, extraordinario cartelista y director general de Bellas Artes. En su número de junio-julio de 1937 publicó, por ejemplo, por primera vez en el mundo, fotografías del proceso de los nueve estados consecutivos del Guernica, que Picasso acababa de pintar para el Pabellón Español de la Exposición Internacional de París.

Todas estas revistas de la España republicana son hoy de fácil consulta, gracias a las ediciones facsimilares que se han hecho de ellas bajo el título común de *Biblioteca del 36,* que incluye también revistas anteriores a la guerra y del primer exilio (6). Estas ediciones están precedidas de sendos estudios preliminares de gran utilidad. De la revista que ha despertado mayor interés, *Hora de España,* existe también una antología editada por Turner con estudio preliminar de Francisco Caudet. También se ocupa de estas revistas, especialmente de su «corpus» práctico, el profesor Johanes Lechner, en su libro «El compromiso en la poesía española del siglo XX» (7).

Hasta donde yo sé, las revistas y la literatura en general del bando nacional han despertado menos interés por parte de los estudiosos que la del republicano. Aparte de las razones sicosociológicas que sin duda han influido en ello, hay razones objetivas: la producción literaria y, en general, cultural republicana es de muy superior calidad a la nacional. Como es sabido, la mayor y mejor parte de los intelectuales, escritores y artistas permanecieron fieles a la República. Los mismos que eligieron el bando nacional lo

(4) Tenía un formato de 30×23 y su número de páginas osciló de 120 a 157.
(5) Su formato era de 34×24 y el número de páginas entre 36 y 52.
(6) *Biblioteca del 36. Revistas Literarias de la Segunda República Española.* Iniciada por Topos Verlag y continuada por Verlag Detlev Auvermann. La edición de *Hora de España* incluye unas «Palabras previas» de Enrique Montero y el número XXXIII va precedido además de una presentación de María Zambrano y de unos «apuntes» para su biografía de Francisco Caudet. La edición de *Madrid* lleva un estudio preliminar de Robert Marrast y la de *Nueva Cultura* está presentada por José Renau. La edición de *El Mono Azul* va precedida únicamente de un poema de Alberti, pero la edición de *Cuadernos de Madrid,* incluye un estudio sobre aquella revista de Michel García.
(7) Universitaire Pers Leiden, 1968.

reconocen hoy, y no sólo los arrepentidos, y si no lo confesaban entonces, era sin embargo patente su complejo de inferioridad. Como ha dicho Dionisio Ridruejo «el hacha furiosa de la guerra había desmembrado la comunidad intelectual y los residuos de ella en el lado nacionalista eran meras astillas o a lo más ramas mutiladas del árbol herido» (8). José Carlos Mainer ha abordado en diversos lugares el estudio de la literatura de Falange y hay mucha información interesante sobre las publicaciones que nos ocupan en los escritos autobiográficos de algunos de sus protagonistas, como Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo y Rafael García Serrano.

En la distribución de funciones dentro del «Nuevo Estado» correspondió a los falangistas la organización de la Prensa y Propaganda. Este hecho y la fuerte impregnación literaria que desde sus orígenes tuvo aquel movimiento («desde el primer momento el destino nos marcó camino claro de fusiles y endecasílabos», según frase estampada en *Arriba España* el 21 de marzo de 1937), hizo que sus publicaciones monopolizasen prácticamente la vida literaria y la inquietud intelectual en el lado nacional.

Entre esas publicaciones, pongo en primer lugar, no sólo por razones cronológicas, sino por su interés en el aspecto cultural, a una que no es una revista, sino un diario, pero mucho más ideológico, intelectual y literario que informativo: *Arriba España,* de Pamplona, que empezó a publicarse el 1 de agosto de 1936, en los talleres incautados a *La Voz de Navarra.* Fue su alma un curioso personaje, el sacerdote falangista don Fermín Yzurdiaga, «el más retórico y meloso de los discípulos que Eugenio d'Ors ha padecido», según Dionisio Ridruejo, aficionado a la literatura o más bien envenenado de ella. Le auxiliaba en la tarea el joven y muy esteticista y fascista Angel María Pascual, que figuró en los primeros tiempos como director; entre los dos constituían el tandem que marcaba la línea ideológica y literaria del periódico. Formaban parte del equipo redaccional, entre otros, Pedro Laín Entralgo y Rafael García Serrano. La lista de colaboradores equivaldría casi a la de todos los que manejaban la pluma en el lado nacional. Mencionaremos a Eugenio d'Ors, recién ingresado en la Falange en un acto de increíble parafernalia, que publicó en sus páginas como sección diaria un nuevo «Glosario», muy a tono con los tópicos ideológicos del momento, Gonzalo Torrente Ballester, Ernesto Giménez Caballero, Dionisio Ridruejo, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco...

El rebuscado esteticismo, el barroquismo lírico, la exquisitez verbal, la manía arcaizante que se apoderó de los más asiduos colaboradores del periódico, bajo la inspiración de aquel «vaso de prosa imperial», que a decir del periódico era su Ductor, que no prosaico director, el inefable don Fermín, llegaban hasta la titulación de las secciones fijas: «Tugurio Impar», se denominaba una de sucesos, «Gesto de la ciudad», la crónica municipal, «La vida breve» la de ecos de sociedad y «La vida eterna» la necrológica. «Relox de Príncipes» «Cartas de Cosmosia», «Silva curiosa de varia lección», eran los títulos de algunas de las colaboraciones habituales. «Blasón Impar de femeninas lides», se titulaba una información referente a Pilar Primo de Rivera y con el título de «Don Fermín Yzurdiaga en el mármol de los maes-

(8) Dionisio Ridruejo. *Casi unas Memorias.* Barcelona 1976, pág. 140.

tros del estilo» se daba cuenta de la concesión del premio Mariano de Cavia, a aquella máquina de retórica. Abundaban las Alabanzas, Responsos, Menosprecios y sobre todo Sermones (años antes Ernesto Giménez Caballero, maestro admirado de casi todos los jóvenes escritores falangistas, había propuesto sustituir el ensayo por el castizo Sermón, por la Profecía, por el Alerta).

Como dice Rafael García Serrano, nadie murió por ello. No sé si eran tan inofensivos otros aspectos del periódico. Afortunadamente, gracias a la previsión de los Reyes Católicos, no quedaban muchos judíos por estos pagos; de lo contrario no lo hubieran pasado muy bien los judíos navarros ante la sorprendente violencia antisemita, sin duda de importación foránea, de *Arriba España.*

Obra del mismo equipo, o escuadra, para emplear su lenguaje, de *Arriba España* fue la revista *Jerarquía,* subtitulada *La Revista Negra de la Falange - Guía Sindicalista del Imperio de la Sabiduría y de los Oficios* y editada por la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda de Navarra. Se proponían sus fundadores que saliese con periodicidad trimestral, de ahí que se presentase como «Gozo y flor de las cuatro estaciones», pero publicó sus cuatro números, fastuosamente editados, más distanciadamente. El primero, fechado «Invierno de MCMXXXVI», no salió en realidad hasta primeros de marzo de 1937; los números segundo y tercero están fechados en octubre de MCMXXXVII y marzo de MCMXXXVIII; el último, en el que figura únicamente el año, MCMXXXVIII, salió en octubre. El título reproducía el de la revista que en Italia congregaba a la intelectualidad fascista (Rafael García Serrano cuenta que fue preciso convencer a Angel María Pascual para que no utilizase incluso la grafía italiana). Por si esto y su negro subtítulo y su negra portada fuesen indicios poco claros de su deseo de emparentarse con el fascismo italiano, se databa, además de con el año cristiano, con el de «Año XV de la Nueva Roma». Ensayo y poesía eran los géneros que ocupaban todos sus números, encabezados siempre por el soneto imperial de Hernando de Acuña, convertido así en una especie de santo patrono de la revista (9).

Carácter muy distinto, aunque naturalmente sus colaboradores se repiten, tiene la revista *Vértice,* publicada bajo la dirección de Manuel Halcón en el clima más abierto del San Sebastián de la guerra. Empezó su publicación en marzo de 1937 y era un lujoso y voluminoso *magazine,* una revista general, que publicaba obras de creación y crítica literaria al lado de reportajes de la guerra, de la Italia fascista y la Alemania nazi, con secciones de cine, teatro, deportes, decoración y modas, todo ello con abundante material gráfico, además de las muy abundantes ilustraciones en color fuera de texto, entre las cuales, las más características son los dibujos de Sáenz de Tejada, que marcarían una época y un estilo. Da también cabida al humor, tanto gráfico como literario, en la línea del humor absurdo que hizo época por entonces en el semanario *La Ametralladora.* Humor totalmente ausente de las publicaciones de Yzurdiaga, incompatible con un estilo que se define como «austero, áspero, violento e impecable». *Arriba España* alza

(9) Formato: 38×29 y número de páginas entre 152 y 216.

incluso su voz contra «la frivolidad estúpida» que suponía «la existencia de ciertos periódicos llamados humorísticos, impropios del momento, de mal gusto y hasa en grado de tentativa pornográficos, que son, en definitiva, un sarcasmo en circunstancias en que, siquiera sea por pudor, se impone un concepto serio de la vida» (3 de febrero de 1937).

La literatura española de los años prebélicos se había debatido «entre pureza y revolución», como ha mostrado en el caso de la poesía Juan Cano Ballesta. El concepto del «arte por el arte», de «arte puro», que caracteriza a los años 20 y que Ortega diagnosticó en «La deshumanización del arte», empieza a ser contestado ya en los últimos años de aquella década paralelamente a la agitación en contra de la Dictadura de Primo de Rivera. «Los vientos iban ya henchidos de presagios —recuerda Alberti en *La arboleda perdida*—. Aquella década ejemplar de unión, de amor, de juventud y de entusiasmo, tocaba a su fin... Las amistades puras empiezan a resquebrajarse. El escritor, por vez primera en esos años, va a unirse al escritor por afinidades políticas y no profesionales». Este proceso de politización de algunos escritores, frente a otros que siguen defendiendo la pureza del arte, iniciado en los últimos años de la Dictadura, se agudiza con la proclamación de la República y aún más con el triunfo de las derechas en 1933, para desbordarse tras la revolución de octubre del 34. El estallido de la guerra, no supone más que un paso más, el más importante y decisivo, claro está, en este proceso. Si en los años veinte los escritores unidos por afinidades literarias se habían lanzado a la fundación de revistas, a finales de esa misma década, algunos de ellos, unidos por afinidades políticas, se lanzarán, en revistas también, a defender el nuevo concepto de una literatura sin pureza, en la que ha irrumpido la política como torrente impetuoso. Citaremos sólo algunas de las más significativas en ese procceso: *Postguerra,* que se publicó de 1927 al 28; la más famosa, *Octubre,* la revista de Alberti y María Teresa León, de 1933 al 34; la valenciana *Nueva Cultura* en su primera etapa de 1935 a 1936. Todas ellas propugnan, con diversos matices, un nuevo arte proletario, alejado de la cultura burguesa. En el otro extremo del espectro ideológico, revistas como *Acción Española* o las primeras publicaciones de Falange propugnan una literatura de exaltación histórica y social, bajo consignas como Catolicidad o Imperio. *La Gaceta Literaria* vive la escisión en su propio seno.

El debate entre arte puro y arte social no desaparece, contra lo que pudiera pensarse, con la guerra, aunque adquiere modulaciones distintas; ni toda la literatura que aparece en las páginas de las revistas que hemos mencionado, tanto en un lado como en el otro, pertenece al género de literatura de circunstancias, militante, comprometida con las respectivas ideologías enfrentadas. La mayoría de los escritores que en la guerra escriben ese tipo de literatura, son los que ya en el período anterior habían adoptado una postura a favor del arte comprometido, mientras que los que antes defendían el arte puro, o simplemente hacían arte puro, lo siguieron haciendo. Desde su temprano exilio, Juan Ramón Jiménez, el pontífice máximo de la poesía pura, sigue imperturbable defendiendo la «poesía perenne» frente a la poesía nacida de la circunstancia de la guerra y pidiendo al político para el poeta el derecho al «canto libre», porque, dice bellamente,

«un canto libre hermoso es a fin de cuentas el camino mejor, el más derecho y el más compañero del que se va al destierro, a la guerra, a cualquier vida difícil o a cualquier fácil muerte» (10). También un político, precisamente nada menos que Manuel Azaña, presidente de la República, pero también escritor, se plantea en aquellos días el problema de la influencia de la guerra en las artes, de la «independencia del arte» y del «arte al servicio del pueblo». Cuando la política consigue que el arte se le subordine —dice— «los artistas viven y el arte se muere», a no ser que un movimiento político «lleve en sí virtud de emoción suficiente para embargar la facultad creadora», porque entonces «hay un punto de coincidencia religiosa entre la creación personal y la afluencia de aquel motivo exterior»(11).

Escritores y artistas se siguen planteando en plena guerra como un problema moral cuál debe ser su papel en aquellas circunstancias. El debate en torno a este tema me parece una de las cuestiones más interesantes que pueden rastrearse a través de las revistas culturales del lado republicano.

Una revista como *El Mono Azul,* nacida en el primer momento de la guerra, en el Madrid heroico de la resistencia, indica ya desde su título, cuál era la actitud de sus fundadores, que se sentían, según ha dicho María Zambrano, «escuchados por primera vez por una masa de oidos, de inteligencias» y sentían por ello ante aquella «sencillísima hoja» una responsabilidad más grande que la que habían sentido jamás en sus anteriores publicaciones «que habían visto la luz pública en revistas de mayor envergadura» (12). El título fue idea de José Bergamín, a quien se le ocurrió al observar que la mayoría de los escritores que constituían el grupo fundacional, habían trocado aquellos días trajes y corbatas por aquella prenda de trabajo que se había convertido en el uniforme espontáneo de las milicias populares. En aquel momento inicial «entre metralla, bombas y fusiles» —dice María Zambrano— «la soberbia tradicional del intelectual dejó paso a un auténtico deseo de ser útil, de acudir allá donde se pudiera llenar una función» y aquellos poetas, escritores, pintores y dibujantes, que iban o venían del frente o se empleaban en otros oficios, vestidos con el mono azul, sintieron que «la inteligencia tenía que ser también combatiente», vestir también «este traje sencillo de la guerra... la humilde tela azul del traje de trabajo, pueblo directamente, para fijar poéticamente las hazañas heroicas del pueblo y que el pueblo se reconozca a sí mismo en la poesía» (13). De ahí el lenguaje sencillo, y aun vulgar que utilizaron, de ahí el tono propagandístico y agresivo, de ahí la forma métrica popular del romance de su poesía.

Pero, pasado aquel primer momento, muchos escritores se replantean la cuestión de cuál es su misión en aquella circunstancia, de cómo ha de reflejarse en su obra su compromiso profundo con la causa del pueblo, al lado

(10) Juan Ramón Jiménez. *Guerra en España.* Barcelona 1985.
(11) Manuel Azaña. *Obras completas.* México 1978. Vol. IV, pág. 633. Citado por Enrique Montero en «Palabras previas». Tomo I de la edición de *Hora de España* de Topos Verlag.
(12) María Zambrano. *Los intelectuales en el drama de España. Ensayos y notas (1936-1939).* Madrid, 1977, pág. 49.
(13) María Zambrano: «La labor cultural de la República en el primer año de guerra» en *Tierra Firme* n.º 3-4.

del cual combaten muchos de ellos en las trincheras. Juan Gil-Albert expresa muy agudamente este estado de ánimo en una conferencia titulada «El poeta como juglar de guerra», pronunciada en el mes de febrero de 1937 en Valencia y publicada en el número de marzo en la revista *Nueva Cultura.* Considera que, terminado el período espontáneo de la guerra, en el que «el poeta vistió el dril mecánico del pueblo», y sustituida aquella guerra espontánea por la guerra organizada, se ha desvanecido también la época del romance y que «la desaparición de nuestro escenario heroico del miliciano voluntario arrastra consigo... la de esos versos fáciles, patéticos que han acompañado la muerte increíble de unos hijos de España».

A este espíritu responde la revista *Hora de España,* gestada precisamente en la casa valenciana de Juan Gil-Albert por él mismo y un grupo de amigos, que creen, según exponen en el «propósito inicial» de su primero número, que aquella «hora de España» exige «junto a las proclamas, carteles y hojas volanderas» que son «artículos de necesidad, platos fuertes», que «se expresan en tonos agudos y gestos crispados», publicaciones de otro gesto y otro tono dirigidas a «gentes que no entienden por gritos». Se desprende en fin de este texto programático que consideran llegada la hora de que la inteligencia recupere sus funciones, no «au dessus de la melée», sino a la altura de las circunstancias, pero sin perder la libertad y la integridad en aras de un fácil propagandismo y un sometimiento a consignas.

Más extensa y profundamente expresan sus ideas al respecto en la ponencia colectiva leída por Serrano Plaja ante el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas y recogida en el número VIII de la revista. A través de este documento, como de las interesantes polémicas mantenidas en sus páginas entre Ramón Gaya y José Renau, a propósito de los carteles de propaganda (n.º I, II y III), o entre Sánchez Barbudo y Guillermo de Torre sobre literatura individual y literatura dirigida en la adhesión de los intelectuales a la causa popular (n.º VII) o de las «Cartas bajo un mismo techo» entre Gaya y Gil-Albert (n.º VII) o en las «Líneas sobre los poetas y para los poetas en los días actuales», de Cernuda (n.º VI) se percibe cómo la polémica entre «arte puro» y «arte social», ha sido sustituida por otra más sutil entre arte de propaganda, de consignas y de fácil simbología y arte que entiende lo revolucionario como adhesión a lo esencial humano, expresado en formas libres por el artista, de acuerdo con su sentir íntimo. Sin negar la eficacia ni la necesidad de un arte de propaganda, los jóvenes redactores de *Hora de España* no creen, como dice Sánchez Barbudo, que ese arte de propaganda «si arte puede llamársele», sea el único, el exclusivo y el propio de la revolución y de los revolucionarios. En cuanto a las formas Gil-Albert era rotundo: «No creo, desde luego, que el momento pueda ser expresado por un arte realista ya que la informe modalidad de vida animada por él, no se siente, no se vive, a la manera razonada, minuciosa o detallista que tal arte propugna, sino como tensión total que convierte la realidad en epopeya» (n.º II).

Sobre estos temas mantienen *Hora de España* y *Nueva Cultura* polémicas no exentas de acritud. Desde su primer número de esta su segunda época marca *Nueva Cultura* sus distancias con respecto a *Hora de España.* En el comentario que le dedica afirma que es esta «una revista pasiva, de acu-

mulación inorgánica», mientras que *Nueva Cultura* «pretende ocupar un puesto diferente, ejercer una función distinta», «ser una revista y un movimiento activos, orgánicos, queremos sumergir nuestra voluntad en la tumultuosa tempestad de la revolución nacional y conjugar nuestro esfuerzo con el esfuerzo sangriento y la hora creadora de nuestro pueblo», no limitarse a *reflejar* pulcramente esta hora, sino *influir* «ser una fuerza activa en el dramático destino de nuestro pueblo». La polémica quedaba abierta y continuó en números sucesivos de ambas revistas, en las plumas de Ramón Gaya y José Gaos. Muchos años después, todavía se percibe un cierto poso de rencor en las palabras de José Renau, en la presentación de la edición facsímil de *Nueva Cultura.*

Al mismo tiempo que se cuestiona el arte de propaganda y las formas realistas, se discute la adecuación del romance a la poesía nacida en las circunstancias de la guerra. En un artículo en *Hora de España,* titulado «Cultura y pueblo», se pronuncia decididamente en contra de los que piensan que la forma tradicional popular es la adecuada para una poesía que llegue al pueblo y en la que el pueblo mismo pueda expresarse, por considerar que no es forma adecuada a los tiempos modernos: «el romance y el pentamotor no pueden coincidir en una hora». Consecuentemente la proporción de romances en la poesía de *Hora de España* es exigua, mientras que era predominante en *El Mono Azul.*

También en el lado nacional se replantea a la luz de las nuevas circunstancias, el tema del arte puro frente al arte comprometido, en este caso no con el pueblo, al que apenas si se menciona, ni a título puramente retórico, sino con una idea abstracta de España, que ha de ser, como lo fue en tiempos gloriosos, Católica e Imperial, sin que lo harto problemático de este último designio parezca inquietar mucho a escritores e ideólogos, que por lo demás no se cuidan mucho de concretar su idea de Imperio.

Rafael García Serrano arremete contra el arte puro, en el estilo delirante aprendido en su maestro Giménez Caballero. En el primer número de *Arriba España* y de *Jerarquía* publica sendos artículos, escritos en realidad en el período inmediatamente anterior a la guerra, de título «Poesía de choque n.º 1» y «A Roma por todo, Poesía pura (para uso interno)», respectivamente, en que declara que «hartos de lírica y de marineros poetas», ha llegado la hora de los poetas épicos, del concepto sano del «poeta macho», de que «el arte es propaganda», de cantar a las armas y al Héroe en formas sometidas a la rima y a la disciplina del verso. «Simplemente es criminal —dice— seguir cantando para uno solo. Todos formados y en fondo para el himno del jerarca. Aprendiendo la consigna de la sangre heroica. De esa sangre a la que tanto teme la poesía pura, liberal.» Refiriéndose al período anterior observa que, pasada la hora de la poesía pura, el poeta puro había ascendido a Roma, como Ramón de Basterra, o descendido al comunismo, como Alberti o Cernuda.

También Fray Justo Pérez de Urbel, en un artículo titulado «El arte y el Imperio», en el número II de *Jerarquía,* afirma que el arte puro había sido producto del mal del siglo, el liberalismo, para acabar enjuto y famélico, dispuesto a servir al primero que le diese un puñado de bellotas, el comunismo. «Los que antes no se cansaban de hablar de poesía pura..., no

tuvieron ahora el menor reparo en proclamar que el arte es propaganda» —dice— y pone como ejemplo al «pobrecillo Alberti». Afirma que «es imposible, es absurdo que el escritor y el artista se queden orgullosamente apartados en las almenas de su torre de marfil», aunque matiza que «es preciso evitar el escollo del practicismo absoluto, huyendo a la vez de la plaga del esteticismo» y termina proclamando: «Aquí estamos... Nuestra pluma será... todo lo que quiera la Patria... Cantaremos el heroismo, diremos las virtudes de la raza hispana, ahuyentaremos las tristezas, disiparemos los desalientos y nuestra voz será en la victoria himno de júbilo».

José María Pemán, ejemplo máximo de poeta comprometido con la causa del Angel contra la Bestia, como en el colmo del maniqueísmo presenta la lucha fratricida en su célebre poema, hace en el n.º III de *Jerarquía* la presentación de esta obra, publicada en la colección aneja a la revista y del mismo título. «El Ser y la Nada, las potencias del Mal y el Bien pelean ante nuestra vista. No nos metamos dentro de nosotros mismos cuando la realidad es tan grande y tan densa».

No toda la producción literaria de las publicaciones de Falange responde, sin embargo, a esta tensión épico-religiosa, aunque sí es abrumadoramente predominante en las publicaciones navarras, el diario *Arriba España* y la revista *Jerarquía,* fuertemente impregnadas del espíritu mitad monjemitad soldado de su fundador, don Fermín Yzurdiaga, y explícitamente fascista de su discípulo y acólito Angel María Pascual. En el conjunto de los cuatro números de *Jerarquía,* creo que no pasan de cuatro las colaboraciones que no versen sobre alguno de los grandes temas: la guerra, el Imperio, el Catolicismo, los principios y el «estilo» de la Falange, el «César Ausente», o Franco, César presente.

A finales de enero de 1939 entraron en Barcelona las tropas franquistas, al mando del general Yagüe. El jefe de Propaganda, Dionisio Ridruejo, estableció su despacho en el que lo había sido de Miravitlles, director de Propaganda de la Generalitat. Según cuenta, allí encontró «todas las publicaciones catalanas y castellanas producidas durante la guerra, incluídas las revistas de mayor relieve, como *Hora de España»,* de las que hasta ese momento no había llegado a tener más que una idea aproximada, porque —comenta— «la profilaxis llegaba hasta el extremo de prohibir las bacterias a quien tenía que preparar las vacunas». «A simple vista se veía —añade— que los medios de propaganda republicanos habían sido muy superiores a los nuestros y su asistencia intelectual mucho más extensa, valiosa y organizada» (14).

En los talleres donde se imprimía *Horra de España* estaba, listo para ser distribuido, con el retraso que venía siendo habitual desde el verano anterior, el número XXIII, correspondiente a noviembre de 1938. Ninguno de los redactores consiguió hacerse con un ejemplar de aquel último número, que durante mucho tiempo se creyó perdido para siempre, destruída la edición. Sin embargo, se habían salvado ejemplares y ha podido ser reproducido en edición facsimil treinta y cinco años después. Como dice María Zam-

(14) Dionisio Ridruejo. Op. cit., pág. 137 y 167.

brano en la presentación de ese número en la mencionada edición, en sus páginas «aparece impresa la derrota. Mas sin huella alguna de hundimiento, sin angustia, sin alzar los brazos pidiendo auxilio». «España cae —digo, es un decir— / salid, niños del mundo; ¡id a buscarla!», termina uno de los poemas de César Vallejo, incluidos en el número, con ocasión de su muerte.

La guerra había terminado para los que habían dado vida a la revista, que formaron parte de aquel impresionante éxodo, por el que España se desangraba hacia la frontera con Francia, cuyas imágenes todavía nos ponen un nudo en la garganta y un dolor en el corazón por más veces que las veamos. Compartieron con tantos otros el calvario de los campos de concentración franceses hasta que, rescatados gracias a las gestiones de algunos intelectuales extranjeros, partieron en el *Sinaia* hacia la tierra acogedora de México. Octavio Paz, con el que habían establecido fraternales lazos de amistad con ocasión del II Congreso de Intelectuales Antifascistas, les acogió en su revista *Taller,* hasta que poco después fundaron ellos la suya, *Romance.*

León Felipe, otro «español del éxodo y del llanto», como titula a su primer libro del exilio en el mismo año 1939, lanza su grito orgulloso y vengativo a los vencedores: «Tuya es la hacienda, / la casa / el caballo / y la pistola. / Mía es la voz antigua de la tierra / Tú te quedas con todo / y me dejas desnudo y errante por el mundo. / Mas yo te dejo mudo... ¡Mudo! / ¿Y cómo vas a recoger el trigo / y a alimentar el fuego / si yo me llevo la canción?

No había de resultar a la larga totalmente cierta la afirmación del gran poeta exiliado y muerto en México, como él mismo reconocería y proclamaría años más tarde, pero lo cierto es que el campo de la cultura, muertos, ausentes o silenciados sus más numerosos y mejores representates, quedó como «región devastada».

Los más sensibles de los jóvenes intelectuales y escritores del bando vencedor, de los que habían escrito en *Arriba España, Jerarquía* y *Vértice,* y que más o menos pronto iban a sentirse descontentos con el régimen que habían contribuido a entronizar, sintieron vértigo ante el abismo cultural y se propusieron, con todas las limitaciones a que las circunstancias y su propia ideología les obligaba, tender un puente desde aquel páramo a la cultura española anterior a la guerra. Y, naturalmente, fundaron una revista, *Escorial.* Pero esa es ya otra historia, la historia de las revistas de posguerra y del lento y penoso resurgir de sus cenizas de la vida cultural y literaria.

EL PAPEL DE LOS CORRESPONSALES EXTRANJEROS EN LA GUERRA CIVIL

Gabriel JACKSON

Debo manifestar al inicio de esta exposición que nunca estudié de forma directa y detallada el trabajo de los periodistas extranjeros durante la Guerra Civil española, y la lectura de todos los trabajos que voy ahora a exponer se remonta a los finales de los años cincuenta y a los comienzos de los sesenta, cuando estaba escribiendo *La República Española y la Guerra Civil*. Pero he conservado las notas que tomé durante esos años y agradezco la oportunidad de centrarme sobre la contribución específica de varios periodistas. En contraste quizá, con los historiadores más estrictamente orientados a la investigación de archivo, he considerado siempre que los periódicos han sido y siguen siendo una valiosa fuente, por la inmediatez de la observación y de las reacciones, libre de consideraciones de «imagen» como las que uno observa de forma constante en las memorias publicadas por los participantes. Limitaré mi exposición casi enteramente a los corresponsales ingleses, franceses y norteamericanos. A pesar de que en algunos casos, estos recibieron presiones por parte de sus editores, estaban en total libertad para escribir como les pareciera adecuado, en tanto que los corresponsales italianos y alemanes estaban sujetos a la censura de sus patronos fascistas, y los rusos a la censura soviética. Mi personal conocimiento de sus trabajos está basado más bien en las colecciones publicadas de sus artículos, que en el uso de los propios periódicos; enumeraré los títulos de estas colecciones a lo largo de mi trabajo.

La rápida conquista nacional de Andalucía fue vívidamente descrita al público de los países democráticos por Harold Cardozo, *March of a nation* (Londres, 1937), Cecil Gerhaty, *The road to Madrid* (Londres, 1937) y H. R. Knickerbocker, *The siege of the Alcazar* (Filadelfia, 1936). Cardozo escribió para el conservador *Daily Mail* y Knickerbocker para la prensa de Hearst en los Estados Unidos. Estos tres hombres admiraban obviamente la destreza militar y la eficiencia del ejército africano, y daban por sentado que los generales Franco y Mola triunfarían totalmente en cuestión de semanas o de pocos meses. Pero eran observadores honestos y agudos, y en ningún sentido propagandistas, y así el lector podía conocer no sólo la habilidad de los moros y de la Legión Extranjera, sino también acerca de su

valor desesperado, sobre las ignorancias técnicas y los padecimientos de los milicianos de izquierda y su estoicismo para encarar la muerte después de su captura. No se ve ningún intento de esconder la crueldad de los conquistadores y la forma en que utilizaban el terror para acobardar a una población que se suponía era en gran medida enemiga de la causa nacional.

Los asesinatos en masa de los milicianos capturados en Badajoz fueron dados a conocer al mundo gracias al hecho de que un corresponsal norteamericano, Jay Allen, visitó la ciudad pocos días después de su conquista y publicó sus descubrimientos en el *Chicago Tribune,* el 23 y 30 de agosto de 1936. Allen había obtenido la mayor parte de su información de corresponsales portugueses que habían estado presentes antes, durante y después de la batalla. En mi conocimiento, los artículos originales portugueses no fueron ampliamente discutidos ni traducidos. Tuve la experiencia en 1976 de leer en los archivos del *Diario de Lisboa* de 10-18 de agosto de 1936, los reportajes francos y detallados de Felix Correia, Norberto Lópes, Mario Neves (embajador de Portugal en Moscú en el tiempo en que yo leía sus reportajes de 1936) y Arturo Portela. Evidentemente, durante las primeras semanas de la Guerra Civil, el gobierno de Salazar no intentó censurar los reportajes del frente español. Por supuesto, al igual que los corresponsales anglosajones que he mencionado, dieron por sentado en esos momentos que la guerra sería corta.

Cuando las fuerzas nacionales alcanzaron los alrededores de Madrid a finales de octubre de 1936 y especialmente después de que su esperado triunfo fuera evitado por la lograda defensa de la capital, Madrid se convirtió durante muchos meses en noticia de primera página en los países democráticos.

Los americanos se enteraron de ello por los reportajes de William Carney y H. L. Matthews, que escribían para el *New York Times,* de Louis Fischer, en *The Nation* (el semanario liberal más importante de los Estados Unidos) y por el novelista Ernest Hemingway, que escribía para un consorcio de diarios, *The North American Newspaper Alliance.* Carney era pronacional y hacía enfásis en la historia de los paseos, de los refugiados en embajadas extranjeras, el hambre y la ineficacia en la ciudad sitiada. Matthews destacaba la lograda defensa, la extraordinaria personalidad y popularidad del general Miaja, el papel de las brigadas internacionales y la construcción de un ejército republicano durante los primeros meses de 1937. Tal y como escribiera más tarde en una autobiografía, el sitio de Madrid le convirtió de un corresponsal militar apolítico en un ardiente admirador de la república y de sus líderes socialistas moderados, Prieto y Negrín. De los envíos diarios de Carney y Matthews, que aparecían a menudo lado a lado en la primera página, los americanos podrían tener dos muy diferentes, pero ambas igualmente honestas y adecuadas versiones de lo que estaba pasando dentro de Madrid. Las aportaciones de Hemingway me parecen de menor valor como fuentes de la guerra. El pasaba una gran parte de su tiempo siendo agasajado en bares y hoteles cerca del frente de Madrid; él y los internacionalistas estaban ansiosos de verse tanto como les fuera posible, pero él no reunió evidencia concreta de una amplia variedad de fuentes, de la manera que Matthews, particularmente, hiciera.

La Barcelona revolucionaria secundaba a Madrid como fuente de interés para los lectores de la Europa Occidental y para los de los países angloparlantes. En septiembre de 1936 *The New York Times* envió a Walter Duranty —ya famoso por sus crónicas desde Moscú durante los primeros años de la revolución rusa— a Barcelona. Duranty encontró que impresionaba más a los milicianos el hecho de que hubiese estado como corresponsal en Moscú, que por estar en posesión de una carta de presentación del embajador de España en París. Los anarquistas eran pro-rusos, si bien expresaban su clara oposición a la dictadura de Stalin. En opinión de Duranty, la atmósfera en Cataluña se parecía más a la de la Nueva Política Económica experimental de la década de los veinte que a la de la dictadura stalinista consolidada en los treinta. Lawrence Fernsworth, periodista liberal que escribía para el *New York Times* y para el prestigioso *Christian Science Monitor,* y Vincent Sheehan, conocido por sus crónicas desde la China revolucionaria, visitaron Barcelona varias veces en los años 1937 y 1938. Ambos tenían simpatías por el gobierno republicano en Valencia y por la Generalitat. En relación a ambos gobiernos, creían que se había realizado un esfuerzo de buena fe para poner fin a los paseos, restaurar la legalidad republicana en los tribunales y en las prisiones. Admiraban particularmente a Negrín y la actuación del ejército republicano durante la batalla del Ebro. Sus escritos ejercieron influencia sobre muchos liberales de clase media en los países de habla inglesa que se convirtieron en defensores convencidos de la República.

Fernsworth y Sheehan y también el periodista inglés John Langdon-Davies, eran en cierta medida políticamente ingenuos en sus artículos relativos a las colectivizaciones rurales. El mejor testigo contemporáneo de este aspecto de la revolución fue Franz Borkenau, un periodista austriaco que había vivido durante un año en España bajo la dictadura de Primo de Rivera, que había sido oficial del Comintern y que había conseguido la rara hazaña de ser un ex comunista sin convertirse en un anti-comunista fanático. Su *The Spanish cockpit* (Londres, 1937) ofrece agudas y detalladas pinceladas de la conducta revolucionaria en los pueblos de Castilla la Nueva y Andalucía, junto con su sofisticado análisis político para el cual a los corresponsales americanos les faltaba la experiencia y antecedentes.

La guerra en el Norte atrajo gran atención debido al interés de la clase media francesa e inglesa en los vascos y debido al recuerdo en los izquierdistas del mundo de la heroica resistencia de los mineros asturianos en octubre de 1934. El *The tree of Gernika* de G. L. Steer (Londres, 1938) da un relato muy favorable pero en ningún sentido acrítico del gobierno autónomo vasco en sus aspectos político y militar. Fue él uno de los primeros, y quizá el más prestigioso de los corresponsales extranjeros en describir y denunciar el bombardeo de Guernica por los nacionales y los alemanes. A modo de explicación, en este punto les remito a un erudito y extenso estudio del informe de Guernica, el *Gernika! Gernika!* de Herbert R. Southworth (University of California Press) traducido al castellano y publicado por Ruedo Ibérico en 1975 bajo el título *La destrucción de Guernica.* Southworth analiza los esfuerzos de la agencia Havas y de otras agencias francesas e inglesas en retrasar y suavizar, si no suprimir, la total verdad del bom-

bardeo. La campaña del Norte recibió un cuidado reportaje militar por parte de O. Treyvaud, *Les deux Espagnes* (Lausana, 1937) y Georges Oudad, *Chemises noires, brunes, vertes en Espagne* (París, 1938). Sus reportajes dejan clara la abrumadora superioridad material de las divisiones franquistas, la mejorada actuación de las tropas italianas en comparación con su actuación en Guadalajara, la habilidad y la coordinación de las fuerzas aéreas alemanas e italianas y de la artillería anti-aire alemana, la cual, ante la virtual ausencia de la aviación republicana, fue utilizada como artillería ligera y como artillería ligera de campo a lo largo de los estrechos caminos y pasos de montaña.

Los artículos de Oudard y de Treyvaud, que fueron reunidos en los libros que he citado, aparecieron en varios periódicos franceses, belgas y suizos. No he examinado personalmente la prensa alemana, así que no se dónde y cuándo aparecieron impresos los reportajes de los aviadores alemanes. Pero Werner Beumelberg, *Kampf um Spanien* (Berlín, 1940) y Hellmut Führing, *Wir fünken für Franco* (Breslau, 1941) contienen informes analíticos, bien escritos, en primera persona del singular y sin embargo objetivos, del entrenamiento, mando y acciones de la Legión Condor. Escriben ellos con orgullo, pero sin jactancia, sobre las incursiones de bombardeo y los experimentos tácticos realizados en el País Vasco como parte del rearme alemán y su preparación para la segunda Guerra Mundial.

A mediados de 1937 la mayoría de los editores de periódicos, independientemente de sus simpatías, estaban convencidos de la victoria final de los nacionales. Por consiguiente, era de importancia conocer tanto como fuera posible acerca del desarrollo interno de la zona nacional. La publicidad desfavorable resultante de los reportajes sobre Badajoz y Guernica dieron lugar a una estrecha censura. No fue nunca posible para los corresponsales, españoles o extranjeros, escribir sobre ningún tipo de conflictos dentro del territorio gobernado por el general Franco. Pero el corresponsal del *New York Times* George Axellson fue capaz de describir en términos «positivos» las principales características de la administración civil y militar, la agricultura, el comercio exterior, la restauración de las prácticas religiosas y las peticiones del general Franco para un reconocimiento diplomático y sobre sus planes para reconstruir España después de la guerra.

Quisiera hacer dos comentarios finales. Primero: que esta exposición representa mi conocimiento personal obtenido a través de lecturas y que no es ningún sentido un tratado completo. Hubo docenas de corresponsales cuyo trabajo no he mencionado porque no los he leído o porque no he conservado notas tomadas hace décadas. Segundo: en el curso de mi investigación sentí siempre agradecimiento por el trabajo apresurado y acosado pero evidentemente profesional de estos periodistas, y considero como historiador que los escritos de los periodistas, testigos de excepción, son una valiosa fuente para el conocimiento histórico.

PERIODISTAS IMPORTANTES DURANTE LA GUERRA CIVIL

Conquista de Andalucía y Extremadura, agosto-septiembre 1036:

Cardozo, Harold, *March of a nation,* London 1937.
Gerhaty, Cecil, *The road to Madrid,* London 1937.
H. R. Knickerbocker, *The siege of the Alcazar,* Filadelphia, 1936.

Badajoz y otras pequeñas poblaciones:

Jay Allen, *Chicago Tribune,* August 25 and 30, 1936.
Felix Correia, Norberto Lopes, Mario Neves, Arturo Portela, *Diario de Lisboa,* 10-18 agosto 1936.
J. T. Whitaker, *New York Herald Tribune, Foreign Affairs.*
René Bru, fotógrafo de France Presse.

Asedio de Madrid, octubre 1936-abril 1937:

William Carney y Herbert L. Matthews, *New York Times.*
Ernest Hemingway, *North American Newspaper Alliance.*

País Vasco, campaña del norte:

Georges Oudard, *Chemise noires, brunes, vertes en Espagne,* París, 1938.
G. L. Steer, *The Tree of Gernika,* London, 1938.
O. Treyvaud, *Les deux Espagnes,* Lausanne 1937.

Batalla del Ebro, gobierno Negrín, en verano 1938:

Lawrence Fernswotth, *New York Times* and *Christian Sciene Monitor.*
H. L. Matthews, Vincent Sheehan, *New York Times,* varios artículos.

Cataluña, Castilla la Nueva, Andalucía republicana, primeros meses:

Franz Borkenau, *The spanish cockpit,* London, 1937.

Barcelona revolucionaria, septiembre 1936:

Walter Duranty, *New York Times,* famoso antes como corresponsal en la Rusia soviética.

España franquista, retaguardia y política:

Axelsson, Harold Callender, *New York Times.*
Francis McCullagh, *In Franco's Spain,* London 1937.

Legion Condor:

Werner Beumelberg, *Kampf um Spanien,* Berlin 1940.
Helmut Fuehring, *Wir fuenken für Franco,* Breslau, 1941.

Soviéticos:

Ilya Ehrenburg.
Mikaill Koltsov.

CORRESPONSALES EXTRANJEROS EN EL BANDO NACIONAL

Jose Mario ARMERO

En la guerra española se plantea la quintaesencia medular de toda la problemática histórica europea acumulada a lo largo del siglo XIX. Era también el prólogo de otro enfrentamiento de mayor envergadura, y a la vez su ensayo general. Es fundamental considerar este carácter de la guerra civil española. Por eso fueron muchos los que se sintieron comprometidos —con la cabeza o con el corazón o con las dos cosas a la vez— y no dudaron en acudir al escenario de los hechos y asistir y dejar constancia de los acontecimientos a que asistieron.

Se ha dicho muchas veces que la guerra civil española fue un campo útil de experimientación de armamentos, terreno de entrenamiento y cruel ensayo de tácticas e ingenios que se destinaban a la muy insoslayable eventualidad de la gran conflagración europea. En efecto, alemanes e italianos ensayaron, con las tropas de Franco, aviones y carros, obuses y vehículos. Lo mismo hicieron los rusos en el bando republicano mientras franceses e ingleses tomaban buena nota de la experimentación. Pues bien, es fácil concluir que nuestra guerra fue también adelantada en el gran montaje de la innovación periodística.

La labor de aquellos hombres tenía como principal objetivo producir un decisivo impacto en la cociencia de sus lectores. La guerra civil española definía y ejemplarizaba ante el mundo el más significativo enfrentamiento entre la voluntad de poner en juego unas fórmulas de gobierno democrático y popular, y una sublevación de carácter militar en apoyo de la reacción oligárquica. El conflicto, además, se tensaba con la paradójica resistencia de los gobiernos demócratas (con excepción mejicana y soviética) a apoyar al gobierno constitucional español, frente a la ayuda oficial y real sin reservas y desde el primer momento, prestada a los insurrectos por los gobiernos de Hitler, Mussolini y Salazar. Para republicanos y demócratas el compromiso exigía apoyar por todos los medios a la República española y a sus leales.

Los dos bandos en litigio se esforzaron por crear en el extranjero una imagen de lo que deseaban y de la razón por la que luchaban. Y ninguno fue parco en financiar el aparato que tal objetivo requería. En este sentido,

ambos bandos contaron con Oficinas de Propaganda y con plumas puestas, de una manera más o menos incondicional, al servicio de sus ideales. Pero los resultados no fueron... de similar alcance; entre otras cosas, porque no pudieron serlo.

Si pensamos en una cierta tendencia a la entrega idealista y generosa del oficio periodístico, la elección del bando estaba muy clara; el resultado no pudo ser más contundente. La mayoría del periodismo internacional optó por la República frente al General Franco, y fue ésta una decisión cuyas consecuencias gravaron, a cincuenta años de distancia, la imagen exterior del régimen construido sobre la victoria de aquéllos que ganaron la guerra civil española.

Pero aparte de razones políticas o sociológicas, existen otras de diferente naturaleza. Apenas se inició la sublevación militar en Marruecos, el mundo se vio recorrido por la última imagen romántica capaz de atraer multitudes. En un territorio exótico y legendario, allende los mares y los Pirineos se luchaba apasionadamente, y uno de los bandos era el de los proscritos. Aventureros y hombres sin patria se engancharon en su última bandera, y su estampa con unos lentes metálicos y una guayabera proletaria recorrió también el mundo, como símbolo de los que estaban dispuestos a entregar su vida en apoyo de los que nada tenían que perder. De ese apoyo y de esa imagen, de esos apasionados ideales y de esos arrebatados sentimientos careció siempre el bando nacional y tradicional, quizá y precisamente, por empeñarse en definir y representar esos dos conceptos, sin los que, por otra parte, hubiera carecido de razón de ser.

Los periodistas extranjeros vinieron a dar cuenta al mundo de la última guerra romántica y sin duda, en su mayor parte, tomar partido por el lado republicano. Pero no puede olvidarse que existieron también unos idealistas que coincidieron con los movimientos que entonces imperaban en Europa —nacional-socialismo, fascismo, corporativismo, rexismo, ustachas— que también vinieron a España para presenciar una guerra que, en muchos aspectos, coincidió en el lado franquista con posturas que entonces existían en gran parte del mundo y que sólo fueron vencidas por la Segunda Guerra Mundial.

Número importante de los corresponsales eran profesionales del periodismo. Su historia personal, antes y después del período 1936 a 1939, era el reflejo de lo que es un corresponsal de guerra. Vinieron a España, en algunos casos estuvieron en los dos bandos de la contienda, e informaron antes o después a la opinión pública mundial sobre la guerra italo-etíope, la guerra ruso-japonesa y la segunda gran guerra mundial. El corresponsal de guerra, con carácter profesional, fundamentalmente, ha sido desdibujado en nuestra contienda por cuanto de ideología tenían los periodistas que vinieron a España en aquel aciago período.

El número de periodistas que optaron por escribir desde el lado nacional es más reducido, pero algunos de los que lo integran no son de menor importancia. Entre ellos estaban Harold «Kim» Philby, que trabajaba para *The Times,* de Londres, y que luego se haría famoso al descubirse en Inglaterra sus actividades como espía a favor de la Unión Soviética; William Barnetson, que fue presidente de la Agencia Reuter, y que entonces escribía para el *Daily Mail,* del que también fue corresponsal Randolph Churchill; el japonés Jamada Joshiniki, del *Osaka Maininichi;* Edward Kennedy, que escribía para Associated Press; Francis Gordon Lennox Boyd, del *Daily Telegraph;* Victor Oswald, corresponsal del *Luzern Neueste Nachrichten;* Piero Saporiti, que escribió para *Il Corriere della Sera;* Walter Starkie, posteriormente director del Instituto Británico de Madrid; Jean-Louis Tixier-Vignancour, candidato luego a la presidencia de Francia; el gran periodista italiano Cesare Gulino...

Unos y otros, con desigual eficacia, fueron pregón y caja de resonancia de una guerra noticiada en la prensa de todo el mundo, y quizá por esto potenciada como no lo había sido antes ninguna otra en la historia. Y no es ajeno a aquellos informadores el hecho de que sus sangrientos rescoldos perduren todavía en la conciencia del mundo —¿en la mala conciencia?— y que posiblemente vayan a tener que suceder aún más cosas para poderlos olvidar.

En la zona nacional, por un decreto de 1938, un periodista que fuera hecho prisionero en zona nacional podía ser considerado como un espía. Y de hecho, los responsables de la Prensa del general Franco jamás dejaron de considerar a los corresponsales extranjeros (a excepción de aquellos de probada lealtad que, en ocasiones, actuaron como verdaderos espías en la zona republicana —como William Carney, por ejemplo—) como hipotéticos elementos al servicio del Comintern.

En la zona nacional, la ensura de prensa era algo absolutamente férreo, sin ninguna flexibilidad ni comprensión hacia el trabajo del informador.

Para el nuevo régimen nacido de la guerra la prensa siempre fue entendida más como propaganda que como información, más como arma que como derecho. Así, en la Ley de Prensa de 1938 —redactada por José Antonio Giménez Arnau bajo la tutela de Ramón Serrano Súñer— se decía muy a las claras que «no podía perdurar un sistema que siguiese tolerando la existencia de ese *cuarto poder»,* y que «no podía admitirse que el periodismo continuara viviendo al margen del Estado», aunque no faltaran aseveraciones tales como que «es hoy cuando auténtica y solemnemente puede declararse la libertad de la prensa». Con tal concepción, no es raro que a lo largo de toda su articulación dicte dicha ley un rígido sistema de censura y control que acabaría para llevar al país a la asfixia informativa. Y por haber vivido quien esto escribe muy directamente los avatares de la prensa de este país en los últimos años del franquismo, creemos poder imaginar la desconfianza y el recelo que las autoridades nacionalistas tuvieron durante la guerra ante aquellos carnets de los corresponsales, pues en ese mismo recelo se mantuvo cuando la guerra ya estaba terminada y apagados los rescoldos de su fuego.

Pero sin duda mientras duró la guerra, y para los corresponsales extranjeros situados en los dos bandos, fue la censura su más áspero enemigo. Ni el Gobierno de Salamanca y Burgos ni el Gobierno de Madrid y Valencia podían entender que también en estado de guerra puede haber libertad de prensa.

En relación con la censura existente en el lado franquista, es concreto

y específico el testimonio de Luis Antonio Bolín aportado en su libro *España. Los años vitales*. Luis Antonio Bolín tuvo a su cargo la prensa del general Franco, organizada a raíz de los avances franquistas en el sur y de la ocupación de Sevilla. Fue también Luis Antonio Bolín quien se encargó en Inglaterra de las gestiones que condujeron al alquier del *Dragon Rapide*, el avión en el que el general Franco se traslado desde Las Palmas de Gran Canarias hasta Marruecos, para dar comienzo a la sublevación militar que acabaría con el régimen republicano, tema de una película dirigida por Jaime Chávarri.

Para Luis Antonio Bolín, la idea de crear un servicio de prensa que asesorase a los corresponsales extranjeros y contribuyese a la creación de una imagen atractiva del franquismo en el exterior fue exclusivamente suya. Así es como lo expone en su libro: «No obstante las diferencias que separaban a los dos bandos en lucha, sus principios y su conducta, existía el riesgo de que surgieran malentendidos en el extranjero acerca de estos excesos y sus verdaderos autores. Era probable que apareciesen artículos en distintos países, insistiendo sobre lo difícil que era distinguir entre los unos y los otros, esto es, entre nosotros y los rojos. Pero nosotros no habíamos armado a la chusma, ni la habíamos incitado al pillaje y a la matanza. Nosotros no propugnábamos la destrucción y el incendiarismo, ni cometíamos crímenes punibles bajo el Código Penal. Cabía establecer distinciones por mucho que algunos, en otros países, se resistiesen a hacerlas. Hablé de esto al general Franco. Convenía actuar pronto para establecer los hechos y evitar que nos hiciesen responsables de lo que estaba ocurriendo. Sugerí que se permitiese a los corresponsales extranjeros acreditados en Sevilla acompañar a las fuerzas encargadas de imponer orden en los pueblos liberados, para que comprobasen la verdad en forma directa, interrogando libremente a los habitantes. El general aprobó la propuesta, y a partir de ese momento los representantes de la opinión pública exterior tuvieron libre acceso a los horrores que se estaban sucediendo, excesos que por añadidura fueron minuciosamente investigados, respaldados por testimonios fehacientes, y consignados en los archivos para la Historia.»

Siempre según los testimonios de Bolín, la primera preocupación de la oficina de prensa organizada en Sevilla fue la de «determinar la relación existente entre ciertos artículos que aparecían en periódicos extranjeros y los autores de los mismos». El caso era que los periódicos extranjeros con corresponsales en Sevilla habían publicado crónicas hostiles al avance franquista, firmadas por nombres que, al parecer, no coincidían con los de los periodistas acreditados como tales en Sevilla. Por lo que la citada oficina comenzó a investigar las credenciales de los periodistas «para separar las genuinas de las dudosas o de las que seguramente eran falsas», sin que Bolín nos proporcione la fórmula aplicada para ello o el criterio seguido al respecto. Entre otras cosas, se suponía que los periodistas extranjeros aprovechaban cualquier oportunidad para trasladarse a Gibraltar o a Tánger, desde donde podían enviar crónicas no sujetas a ningún tipo de control, y bajo nombre supuesto, si la seguridad del corresponsal lo aconsejaba.

Las únicas noticias que proporciona Bolín acerca de las normas por las que se organizó el funcionamiento de la oficina por él creada, se refieren a

sus esfuerzos por cumplir las órdenes recibidas de la superioridad y aplicar aquello que había observado al servir como corresponsal en el frente británico en Francia, durante la primera guerra mundial. En realidad, Bolín y su oficina no significaban sino otros tantos obstáculos a añadirse a todos los que impedían el normal desenvolvimiento del corresponsal de guerra en zona nacional. A este respecto, Hugh Thomas indica que «la estricta censura y la limitación de la libertad de movimientos de los periodistas hacían muy difícil la obtención de noticias del territorio nacionalista. Por otra parte, el capitán Bolín, jefe de la prensa nacionalista, se dedicaba a expulsar periodistas con aburrida regularidad».

La oficina de prensa franquista expidió unas tarjetas de identidad que se facilitaron a los periodistas «con títulos suficientes para poseerlas». Una vez en posesión de esas identificaciones, los periodistas eran puestos bajo la autoridad de oficiales de prensa destacados en los puntos de concentración, a quienes correspondía organizar y dirigir las visitas a los frentes. Las protestas elevadas por los periodistas ante la imposición de una disciplina que les entorpecía su labor, fueron totalmente inútiles. «Pese a las protestas de algunos, que hubieran preferido moverse por su cuenta, la necesidad de todo esto era obvia y se hizo patente como consecuencia de un incidente surgido a poco de montar la organización».

La narración del incidente y su consideración por parte de Bolín como excusa y justificación suficiente de las trabas impuestas a los corresponsales, no puede por menos de dejar estupefacto al lector.

«En España, durante la guerra civil, no anduvimos sobrados de oficiales de Prensa. Casi todos eran paisanos, faltos de autoridad militar para imponerse a elementos no siempre dóciles y disciplinados. En las caravanas de coches, más o menos numerosas, que llevaban periodistas al frente, un oficial de Prensa ocupaba un asiento en el primer coche y otro en el que cerraba la fila. Esta simple precaución era aconsejable, no sólo por razones militares, sino porque la falta de ella hubiera expuesto a peligros innecesarios las vidas de unos hombres a quienes teníamos la obligación, no ya de informar, sino de proteger. Aún así, el automóvil que en cierta ocasión conducía a tres periodistas españoles, respectivamente ataviados con los uniformes o semiuniformes de los tres partidos que apoyaban el Movimiento —monárquico, carlista y falangista— se escapó de la fila mientras los restantes repostaban gasolina, camino del frente de Madrid. Cerca de Pozuelo, en las afueras de la capital, el conductor torció a la izquierda en vez de torcer a la derecha, y fue a dar con una avanzadilla roja. Cuando los cuatro ocupantes estaban a punto de ser fusilados, el suboficial que mandaba el pelotón reconoció al conductor del vehículo, levantó los brazos en alto y gritó: «¡Es mi hermano!» Se desarrolló una tierna escena; los cuatro prisioneros fueron indultados hasta nuevo aviso. Poco tardaron los corresponsales acreditados en Salamanca de enterarse de lo sucedido; me visitaron en tropel, sugiriendo que el general Franco intercediera con Miaja para que el indulto fuera definitivo. De haberse llevado a cabo, la propuesta quizá hubiese tenido consecuencias irreparables. Propuse por mi parte que la Asociación de Periodistas de Ginebra pidiera al Gobierno de Madrid el indulto de sus compañeros. La publicidad resultante, al ser cursada esta súplica des-

de la sede de la Sociedad de Naciones, consiguió el deseado milagro. Los cuatro prisioneros fueron canjeados por un número equivalente de rojos.»

Me gustaría continuar este trabajo recogiendo datos personales, rasgos de la vida y conducta de algunos de los corresponsales extranjeros que cubrieron el lado nacional. Y trato de recoger a continuación notas, temas o conductas comunicadas por los interesados, que en su mayor parte ya no viven pero que en ocasiones tuve oportunidad de hablar con ellos sobre aquello que describió Herbert Matthews, corresponsal del *The New York Times,* en la zona republicana: «Nada acontecerá en mi vida tan hermoso como aquellos dos años y medio que pasé en España.»

Anton Dietrich sigue viviendo en Madrid, escribiendo para periódicos alemanes. Durante la guerra, en zona nacional, fue corresponsal de *Stuttgarter Neues Tagblatt* y de la cadena Hunk Presse.

Hace pocos años murió en Madrid Edward Foertsch. Escribió en España desde 1924 y su viuda, que vive entre nosotros, posee un manuscrito sin publicar sobre la guerra civil vista por su marido. Escribía para la Ullstein-Presse *(Vossishe Zeitung, B. Z. am Mittag, Morgenpost,* todos de Berlín). Había traducido al castellano, con Margarita Nelken, la famosa novela de Félix María Remarque *Sin novedad en el frente,* que, en los años anteriores a la guerra española, significó un gran éxito editorial, llegándose a vender más de cien mil ejemplares. Foertsch, autor de algunas fotografías en las que aparece con sus colegas Hans Roesel y René Bayer —trabajaban normalmente juntos— fue evacuado de Madrid el 12 de agosto de 1936, y desde Lisboa llegó a Salamanca. Visitaba los frentes con gran frecuencia, y, falleció en Madrid en 1973.

Tal vez la primera figura del periodismo alemán de nuestra contienda fuera Karl Silec —firmaba Sx—, redactor jefe de *Deutsche Allgemeine Zeitung,* de Berlín. Mantuvo su independencia del régimen nacional socialista y producto de su labor en España fueron sus artículos en *Daz* y el libro *Der Marsch auf Madrid,* con cuarenta y dos fotografías del fotógrafo Otto Stinnes. Los periodistas alemanes —nos cuenta Antón Dietrich— se vinculaban más o menos a tres órganos del poder alemán de aquella época en España: la embajada del III Reich, que tuvo embajadores tan distintos como el general Von Vaupel, con su intrigante mujer, y el diplomático falto de inclinaciones nazis Von Stohrer; el partido nacional-socialista, con su jefe en España, Tohomsers; y la Legión Cóndor, que sólo en la última época tuvo un oficial de información a la prensa.

En relación con la tarea de informador extranjero en territorio afecto al Gobierno de Burgos, Peter Kemp, un universitario inglés que combatió junto con las tropas nacionales, comenta lo siguiente: «La tarea de los corresponsales extranjeros no era nada fácil, debido a la actitud de los militares, que parecían creer que todos los corresponsales extranjeros eran espías a quienes debía mantenerse lo más lejos posible del teatro de operaciones y cuya estancia en el país era sólo tolerada, por lo que debían contentarse con las noticias que el Ejército diera en los comunicados oficiales. Esta actitud contrastaba fuertemente con la de los republicanos, cuyos servicios de prensa y propaganda eran superiores a los nacionales como inferiores eran

sus servicios combatientes, esforzándose en dar a periodistas y escritores cuantas facilidades requirieran. Aunque ambos bandos imponían una rígida censura a todos los despachos que salían del país, los nacionalistas no hacían virtualmente concesión alguna a la prensa, mientras que los republicanos gastaban sumas enormes en propaganda en el extranjero. Estos factores justifican, en gran parte, la mala prensa que tuvieron los nacionalistas —de la cual se quejaban incesantemente— en Inglaterra y en Estados Unidos.»

Un ejemplo de corresponsal extranjero que mantiene buenas relaciones con los mandos militares del general Franco es Harold Cardozo, corresponsal del *Daily Mail* y *Sunday Express.*

Sus relaciones con los generales Mola y Varela fueron siempre cordiales, lo que le permitía contar con información de primera mano, enviándola siempre por partida doble, como en el caso de la ocupación de Navalcarnero, en el que los telegramas de Cardozo se enviaron por dos rutas: a) Talavera-Badajoz-Lisboa-Londres, y b) Talavera-Avila-Vigo-Londres, como «único medio de asegurar la máxima velocidad en la transmisión del mensaje».

En el libro de Harold Cardozo *The march of a nation,* se nos informa igualmente de los medios de acreditación profesional en la zona controlada por Franco. En el caso de los corresponsales de guerra tales medios eran unos pases facilitados por el capitán Bolín y quizá también —o por lo menos con su intercesión— por el Marqués de Salis. Estos pases eran de color marrón, y su vigencia se mantuvo hasta que se editaron unos de color verde, autorizando la entrada del periodista titular en Madrid, cuando la capital fuera ocupada.

También, y como anécdota, cuenta Cardozo las difíciles condiciones en que hubo de realizar su trabajo, refiriéndose en concreto a la penuria y escasez que conoció y compartió (con Knickerbocker y Reynolds Packard —de la United Press— entre otros) en los días inmediatos a la ocupación del Alcázar de Toledo.

Noel Monks, corresponsal del *Daily Express* en zona nacional, fue expulsado en 1937. Su periódico publicó el siguiente despacho fechado en Gibraltar el día 4 de abril: «En Salamanca me han dicho: No tenemos nada contra usted, señor Monks. Si tuviéramos algo le hubiéramos fusilado. Pero su periódico es "rojo" y el Generalísimo dice que usted tiene que marcharse.»

Como una tentativa para evitar la excesiva distorsión en la información, el *New York Times* (a la sazón controlado por católicos) envió a Herbert L. Matthews al lado republicano y a Willliam P. Carney a la zona controlada por las tropas del general Franco. Sin embargo, el proyecto no funcionó precisamente por la deshonestidad de Carney y el rigor de Matthews, contra el que se levantó una campaña católica que condujo a que el *New York Times* diera más relevancia a los despachos del católico Carney. Así las cosas, en diciembre de 1937 los nacionales estaban absolutamente convencidos de que recobrarían Teruel, ocupada recientemente por las tropas republicanas. De manera que dieron un comunicado explicando que la ciu-

dad ya estaba en su poder. Carney envió entonces una crónica en la que se explicaba no sólo eso, sino que se añadía una vívida descripción de cómo la ciudad había recibido alegremente a las tropas de Franco, saludándolas con el brazo en alto. El mismo día en que el *New York Times* publicaba la historia, Matthews y el fotógrafo Robert Capa llegaban a Teruel, encontrándola en poder de las fuerzas republicanas. Al regresar a Barcelona, Matthews envió una crónica en ese sentido, que el *New York Times* se vió obligado a publicar.

El caso de H.A.R. («Kim») Philby es una excepción y revela hasta qué punto la guerra civil española sirvió de plataforma para una serie de hechos que se revelarían más tarde. Philby —vive ahora en Moscú— llegó a España como corresponsal del *Times,* de Londres, con la intención de construirse una coartada perfecta como un periodista con una perspectiva tranquila, pero muy sólida, a favor del fascismo. Y en la zona nacional trabajó de forma muy cercana a las autoridades de Franco y a los militares alemanes. La información que Philby obtuvo no llegó jamás al *Times,* sino al Servicio de Inteligencia Soviético o KGB, del que Philby era un agente, como se puso de manifiesto muchos años después. Por otro lado, un amigo de Philby, E. R. Sheephanks, corresponsal de Reuter, murió en acción de guerra y fue condecorado por el general Franco.

Otro inglés, Douglas Organ, estuvo en Salamanca y Burgos como corresponsal de varios periódicos católicos ingleses. Realizó una entrevista al general Franco, y después fue nombrado director de *The South American Journal* en Londres. Ahora reside en su casa de Brighton.

Thomas F. Burns, director durante mucho tiempo del semanario católico inglés *The Tablet* y casado con una hija del doctor Gregorio Marañón, sirvió como agregado de prensa en la embajada inglesa en Salamanca.

También en la zona nacional estaban Nijpels, del *Het Algemeen Handelsblad,* de los Países Bajos; Sánchez Sorondo, corresponsal del periódico *La Nación,* de Buenos Aires; James Rimkeit, corresponsal de diversos periódicos suecos como *Stockholms Tidningen* y *Sydsvenska Dagbladet.*

Claude Popelin, el periodista francés experto en temas taurinos, con residencia hasta su muerte, hace pocos años, en Madrid, refirió en *Emancipation Nationale* la lucha a lo largo del Bidasoa, la toma de Irún por las tropas nacionales, las entrevistas con los coroneles Beorlequi, Martínez Campos y Juan Vigón en sus puestos de mando, con el general Cabanellas en Burgos... El general Franco hizo en septiembre de 1936 a Claude Popelin la primera declaración publicada en Francia. Estuvo después en el frente de Madrid, acompañado por los oficiales de prensa Gregorio Marañón Moya y Edgar Neville, y en Illescas hizo una entrevista al general Yagüe. Presenció la batalla del Ebro desde el puesto de mando del general Sueiro y el intento de liberación de Belchite. Escribió también para *La Liberté,* diario parisino de la noche, visitó al general Muñoz Grandes en su puesto de mando del Ebro, acompañado del coronel Gazapo, estuvo con el general García Valiño en el frente del Maestrazgo. También hizo una entrevista al general Queipo de Llano en Sevilla, en julio de 1938. Entró en Madrid con el ejército nacional. También escribió para *Candide* y *Le Temps.*

Claude Popelin nos ha explicado que una persona que se ocupaba de recibir y orientar a los corresponsales extranjeros durante la guerra española era Pablo Merry del Val. Para llevarlos a los terrenos de operaciones bélicas los agrupaba y acompañaba el coronel Lambari, «que a todos nosotros ha dejado un recuerdo grato. Era compañero de promoción del general Franco en Toledo». En «Terminus», cuartel general particular del general Franco, sobrevisaba la prensa extranjera Luis María de Lojendio. «Las seis veces que vine —añade Popelin— estuve de ocho a veinte días. Escribía mis reportajes una vez de regreso a Francia. Así es que no he conocido ninguna censura salvo en una ocasión. Fue cuando tomé al general Franco en Cáceres un "interview" de cincuenta y cinco minutos de duración (septiembre de 1936). Habiendo oído a Franco por la mañana, hice mi redacción por la tarde y la llevé al Cuartel General. A las siete me llaman por teléfono a mi hotel. Oigo una voz amiga: "Soy Eugenio Montes (le había conocido de corresponsal de *ABC* en París). Soy el encargado de censurar aquí a los periodistas. Tu artículo es perfecto. Además, viniendo de tí, no cambio ni una coma. Lo puedes recoger".» En 1939 era corresponsal de *Le Temps* «cuando entré con las tropas, e incluso unas horas antes por haberme colado, en Madrid. Nos brindaron a todos facilidades telegráficas. Mis artículos salieron tal cual los había escrito. Quizá contribuyó a ello el que al mismo tiempo actuaba como agregado de prensa de nuestro embajador en España: Mariscal Pétain. ¿Facilidades dadas a los periodistas extranjeros...? Desde luego, encontrarles habitación en los hoteles. Además, se les llevaba, incluso individualmente, al frente en coches conducidos por chicos en uniforme titulados "oficiales de prensa", cuyo papel era también el de ayudarles y vigilarles. Recuerdo qué inquieto se puso uno de ellos cuando el general Yagüe, en Illescas, se negó a recibirle conmigo. Eran todos chicos de una cierta cultura. Recuerdo perfectamente a tres de ellos, pero no acabo de encontrar sus nombres.»

El director del periódico milanés *Il Giornale Nuovo* y famoso escritor Indro Montanelli estuvo como corresponsal en la zona nacional, escribiendo para *Il Popolo,* periódico fundado por Benito Mussolini y dirigido entonces por uno de sus hermanos, periódico para el que escribió igualmente Lamberti Sorrentino. También en la zona nacional, como soldado y como periodista, estaba David Layolo, escribiendo para *Tempo Illustrato,* que entonces se llamaba *Tempo.* David Layolo fue después miembro del Partido Comunista italiano hasta hace poco tiempo y director de *Unitá.* También en zona nacional estaban los italianos Paolo Monelli, que escribía para *La Stampa,* de Milán, y después colaboró en *La Stampa* de Turín; Luigi Barzzini, corresponsal de *Il Corriere della Sera,* lo mismo que Virgilio Lilli; Francesc Malgeri, después director de *Il Messaggero;* Max David, que ha escrito después para *La Nazione* de Florencia; el príncipe Guillermo Rospigliosi, que durante la guerra se casó con una aristócrata inglesa. Otros periodistas italianos que desarrollaron su labor en el lado nacional, informando muy especialmente sobre la actuación de las fuerzas italianas en España, fueron Mario Bassi, de *La Stampa,* de Turín, y que se dedicó a narración de operaciones militares terrestres. Por el contrario, Luigi Romersa, corresponsal, se dedicó especialmente a los temas de aviación, pues con anterioridad a la

guerra española había realizado reportajes importantes en Alemania sobre la aviación del III Reich, habiendo mantenido ya desde entonces relaciones con Von Braun. Luigi Romersa escribía para un grupo de periódicos denominado *Ente Stampa,* y entre sus narraciones más importantes figura cuanto escribió sobre el grupo de aviación de caza italiano «Asso di Bastoni», que mandaba el comandante Aldo Remondino. Desde la zona nacional escribieron también Paolo Fabri para *Gazzetta del Popolo,* Piero Saporiti, Nicreli, Sandro Sandrid para *La Stampa* y para *Il Corriere della Sera.* Santino Sozio, corresponsal en Italia de la Fox Movietone News, sustituyó en enero de 1937 a Ettore Villani en la labor de tomar vistas en el frente para los noticieros cinematográficos. En noviembre de 1936, Juan Bautista Casalini llegó a España como corresponsal del diario de Milán *La Sera.* Por el gran número de amigos que le recuerdan, merece especial mención Cesare Gulino, corresponsal de la agencia italiana de noticias ANSA. El archivo de Cesare Gulino fue vendido, poco antes de su fallecimiento, al Ministerio de Información y Turismo, constituyendo una parte importante del centro de estudios e investigaciones sobre la guerra civil.

«Yo fui el primer periodista europeo que manifestó su adhesión al régimen de Franco», me dijo Segismund de L. Bakanowski. Hoy reside en Madrid. Estaba en España ya antes de la guerra, y, al parecer, conserva sin publicar importantes entrevistas con José Antonio Primo de Rivera y otros personajes políticos de la época. Actualmente tiene nacionalidad española. Como corresponsal del periódico polaco *Ilustrowank Kuryer Codzieny,* estuvo primero acreditado en Madrid durante seis semanas. Desde Londres fue a Lisboa, reuniéndose con el duque de Maura, José María Gil Robles y Nicolás Franco. Obtuvo la documentación para pasar a Salamanca, Avila... Tuvo varias entrevistas con el general Emilio Mola.

El corresponsal de la agencia inglesa de noticias Reuter, en zona nacional, E. R. Sheepshanks, murió en acción de guerra. Reproducimos algunas noticias publicadas en la prensa inglesa en abril de 1938: «Corresponsal de Reuter muerto en España. Muerte heroica de E. R. Sheepshanks. Ernest Richard (Dick) Sheepshanks, corresponsal especial de Reuter con el general Franco, murió la víspera de Año Nuevo por explosión de una granada en la batalla de Teruel, frente de Aragón, en España.» «La Cruz del Mérito Militar. Salamanca. La Cruz del Mérito Militar ha sido concedida a título póstumo por el general Franco a Mr. E. R. Sheepshanks, Mr. Edwarrd Neil y Mr. Bradish Johnson. La alta condecoración fue creada en 1864 por la reina Isabel II y ha sido concedida a muy pocas personas no oficiales en la presente guerra civil. La condecoración consiste en una cruz latina de cuatro brazos iguales. En el centro figura una representación del escudo de España y una corona está unida a la cruz con una cinta de seda de colores rojo y blanco. Reuter.» «A. G. Clifford en Teruel. El único hombre de una agencia inglesa de noticias en el lugar del suceso. G. Clifford, que sustituyó al fallecido E. R. Sheepshanks como nuestro corresponsal con las fuerzas nacionalistas en España, fue el único periodista de una agencia inglesa de noticias que entró en Teruel el 22 de febrero, una hora después de la reconquista por las tropas nacionalistas. Solamente otro periodista inglés estuvo con él, y fue Karl Robson, del *Daily Telegraph...* Reuter.»

«El Consejo de Administración de The Associated Press, en representación de todos sus asociados, hace constar en las actas permanentes de la institución su recuerdo a Edward J. Neil Jr., audaz periodista que murió sirviendo a The Associated Press en Zaragoza, como consecuencia de las heridas que recibió en encuentros armados del frente de Teruel. Si las instituciones democráticas tienen que prevalecer, como todos creemos, el público tiene que estar informado de lo que ocurre en el mundo. Reconocemos que un buen periodista es piedra que sostiene el edificio del periodismo. Porque pensamos así, entendemos que la muerte de Edward J. Neil no fue en vano. En nombre nuestro se hizo cargo de una tarea peligrosa y la concluyó gloriosamente. Como historiadores de los acontecimientos del día estamos orgullosos de rendir un tributo a su memoria. Encotramos en él una justificación de nuestra fe. El aceptó y estuvo convencido de que la última medida de devoción tarda en encontrarse, pero que cuando la encontramos nos ayuda a seguir adelante.» Hasta aquí el acuerdo adoptado por el Consejo de Administración de The Associated Press nueve días después de la muerte de Edward J. Neil, después de acordar una ayuda económica especial para su viuda, Helen Nolan Neil, una beca para su hijo Edward J. Neil III y después del entierro, que tuvo lugar en su Massachusetts natal el día 21 de enero, al tiempo que un nuevo enviado de The Associated Press, Dwight L. Pitkin, sustituía a Neil en el frío y nevado frente del Ebro. Antes de todo esto, las líneas de The Associated Press habían dejado de transmitir —exactamente el día 3 de enero de 1938— coincidiendo con el traslado del cadáver de Neil de España a América, cuando Zaragoza despidió solemnemente al periodista norteamericano y a sus dos compañeros muertos, con la presencia del general José Moscardó, héroe de la defensa de Alcázar de Toledo, que siguió a pie el entierro, acompañado de autoridades y periodistas, entre multitud de gentes, con un funeral en la catedral de La Seo y con gritos de «¡Viva América!», «¡Viva Inglaterra!» y «¡Arriba España!», cuando los féretros eran colocados en un tren que se dirigía a Francia. Hijo de un antiguo empleado de The Associated Press, Edward J. Neil había ingresado en la agencia norteamericana de prensa en 1926, dedicándose a la información de deportes. Destinado después en servicio exterior, fue corresponsal en Etiopía durante la guerra con Italia y, después de informar desde Palestina, vino a España, concretamente al frente del Norte, siempre en zona nacional.

CORPUS BARGA

José ALTABELLA

Voy a tratar de un periodista, *Corpus Barga,* que estuvo anunciado en un ciclo anterior, «Periodistas olvidados» y que está ahora en esta serie de «Periodistas de la Guerra Civil». No. No tomaré una parte del todo, por su plenitud, de una parte importante del periodismo español de entreguerras, la corresponsalía extranjera de prensa. Hablar de él sólo en el espacio temporal de la guerra civil sería minimizarlo. No lo haré, lo aviso. Sin hipérbole, habrá que admitir que *Corpus Barga* fue un auténtico maestro de este género periodístico, y así lo han reconocido propios y extraños, tirios y troyanos, amigos y enemigos.

El recuerdo de una sola de sus crónicas, de los cientos y miles que salieron de su pluma, sería como un axioma de cuanto pueda decirse de él. El 30 de octubre de 1926, publicaba en *El Sol,* de Madrid, esta crónica que por sí misma se alaba. *El Universo y la Prensa* se antetitula. Y como para hacerse perdonar la ambición de aquella frase copulativa, rendía honores de sencillez a la actualidad, con este título: *Un día periodístico.* No, no temáis, porque la transcriba entera. Es de una brevedad gracianesca, sin dejar de ser todo un compendio teorético de periodismo excepcional. Dice así:

«París y octubre (de nuestro redactor corresponsal). Un poeta, es decir, un espíritu exigente y preciso, ha dicho que la Prensa debiera ser el boletín del Universo. Un espíritu comprensivo y condescendiente, acaso un periodista, pudiera decir que el Univero es un «suceso» de la Prensa. Todo el mundo conviene en que el papel de la Prensa consiste en crear la opinión. El papel vale más. La Prensa, no sólo crea la opinión, sino también el hecho. La censura no es que suprima, es que mutila. Si no hubiera Prensa seguiría habiendo mundo, pero el mundo sería más pequeño. Si la Prensa no es más que actualidad, lo es todo. La actualidad es la vida de las rosas. La actualidad fue el primer verso, la primera metáfora, la primera noticia. La actualidad es hoy la noticia última. Es periodística. La actualidad reúne hoy en París: la crisis ministerial sobre la crisis económica, el Consejo de la Sociedad de Naciones sobre los griegos y los búlgaros, el proceso de Daudet sobre la injurias que éste ha lanzado al «chauffeur» del automóvil en que parece que se suicidó su hijo, la repartición de medallas en la Exposición

de Artes Decorativas, etc... La banalidad, el crimen, la guerra, la jugada de Bolsa. La bolsa y la vida. Cada uno de estos sucesos serían una realidad más o menos terrible. Pero todos los lectores, incluso los actores, los ven por la cuarta dimensión proyectada en las páginas de los periódicos. El Universo se hace a medida de esta cuarta y rápida dimensión».

Después de leer esta crónica, me pregunto: ¿Quién pudo meter en sólo doscientas cincuenta palabras, encorsetadas tipográficamente en veintidós líneas, mayor cantidad y mejor calidad de mensaje periodístico...? En aquel tiempo de excelentes corresponsales, que los había, creo que es un reto al periodismo más cualificado de aquel primer tercio del siglo XX.

Con razón pudo decir *Augusto Assía,* el antiguo celebrado corresponsal de *La Vanguardia,* de Barcelona y de *Ya,* de Madrid, refiriéndose a su querido amigo y veterano colega, que no perderían el tiempo las jóvenes generaciones de periodistas si hojearan en las hemerotecas las crónicas de aquel Argos de la corresponsalía. Con razón solía decirle Ortega y Gasset a Manuel Aznar, después de haber leído alguno de aquellos *Reflejos de París* —que así se tituló durante años la sección de *Corpus* en *El Sol*— que debía enviársele una felicitación. Se mejoraba en cada trabajo, hasta inverosímiles ocasiones del «más difícil todavía». Entre tantos grandes señores del periodismo liberal, como abundaban en las páginas del diario de la calle de Larra, *Corpus* daba la nota desde la lejanía y las brumas del Sena se hacían carne de estilo en la expresión latina «pauca sed bona». Y aún clavaba el rejón de su protesta frente a la Dictadura con la sencillez de un apotegma lanzado como al pasar: *La censura no es que oprima, es que mutila.* Aquel olvidado de ayer fue siempre como un almogávar literario de esa guerra civil de nuestra Historia, que desbordaba los corchetes cronológicos de 1936-1939.

Corpus Barga fue siempre un rebelde por la causa de la Libertad y a ella se entregó en todo momento en cuerpo y alma, con una independencia e individualismo, que le hicieron soñar en su juventud Arcadias anarquistas. Aunque amó siempre la obra bien hecha, tuvo un enorme desdén sobre ella. Ponderaba su conducta ética sobre sus valores estéticos. Así llegó a reconocer con insobornable modestia: «Soy un articulista profesional que lleva cincuenta años de labor y no ha tenido todavía la curiosidad de coleccionar o aprovechar ninguna parte de sus artículos, caso tan poco frecuente que en medio siglo de mi vida de escritor no he conocido más que uno entre los escritores españoles, el mío». Y hasta qué punto hacía prevalecer su conducta moral sobre otros valores de la condición humana, lo demuestra que sólo unos meses antes de morir, el 12 de junio de 1975, escribía en carta privada a Manuel Aznar, su compañero de juventud: «La verdad es que llevo mucho tiempo fuera de España y tengo ganas de volver. Todo lo que me lleva a España sin compromiso lo acepto». Aquel gran transterrado de nuestra contemporaneidad ponía una sola condición para volver: *sin compromiso.* Llevaba a rajatabla, ya en los umbrales de la tumba, y con la nostalgia de la patria ausente lacerándole los recuerdos, todo un sentimiento numantino, en no aceptar ni obediencias previas, ni sombras de capitulación. Y así moriría en Lima, anhelando por que la Democracia tuviese una nueva alba en la vida española.

Corpus Barga, cuyo verdadero nombre era el de Andrés García de la Barga y Gómez de la Serna, había nacido en Madrid el 9 de junio de 1887. Por ser el día de la festividad del Corpus, lo eligió como primer nombre de su seudónimo, añadiéndole el segundo apellido de su primero compuesto. A los diecisiete años publicará su primer libro, *Cantares,* una obra de poemas juveniles. La firmó con su nombre: Andrés García de la Barga. Todavía no había descubierto la magia del sobrenombre. Dos años después, lanzará a las prensas *Clara Babel,* un libro de relatos y cuentos.

Hace literatura, es asiduo de las tertulias literarias y sociales, se relaciona con las figuras más destacadas de la generación del 98 —Baroja, Azorín, Valle-Inclán, Unamuno, Machado...—, algunas de las cuales le harán su dilecto confidente y de los que años después escribirá agudos estudios críticos. Y por entonces colabora por vez primera en la prensa. Publica su primer artículo el 4 de agosto de 196, en el diario republicano *El País,* la vieja gaceta zorrillista, donde los nietos de Danton soñaban, entre luces de bohemia y divanes desvencijados, con el advenimiento de la segunda República, posponiéndola cada 11 de febrero para el año siguiente. Desde aquella primera colaboración, *La soberbia del mercurio,* publicará cientos, millares de crónicas y artículos y decenas de ensayos, en las revistas culturales más prestigiadas del mundo hispanohablante.

En 1907 abandona la carrera de ingeniero de minas, que cursaba a la sazón en Madrid, parece que por quedar huérfano de padre y exenta de recursos la familia (aunque también corrió la versión —más o menos legendaria— de que nuestro personaje fue acusado de participar en un frustrado regicidio, con motivo de la visita de Don Alfonso XIII, para inaugurar el nuevo edificio de la Escuela de Minas). Poco después marcharía a América, como los Julio Camba, los Ramiro Maeztu, los Manuel Bueno... Vuelto a España, aparecerá su firma en *Los Lunes de El Imparcial,* la más preciada tribuna periodística de la época. Después publicaría en *El Intransigente, El Radical...* El joven rebelde se va radicalizando día a día. La familia, asustada, quiere paralizar esos vientos de fronda y la confina en el pueblo cordobés de Belalcázar, de donde son sus antepasados. Su estancia allí le inspirará la novela *La vida rota,* que apenas publicada, sería destruida por su autor, y que casi medio siglo después, se transformaría en el éxito autobiográfico *Los galgos verdugos* (1971), Premio de la Crítica Española 1974 (el sobrino del autor, Ramón Gómez de la Serna, guardaba curiosamente un ejemplar de aquella primera edición, repudiada por su tío).

A mediados de 1910 nuestro personaje marcha a París. Se instala en el Hotel Lisboa, en la calle Vaugirard. Con motivo de la muerte de Tolstoi envía un artículo al diario *La Correspondencia de España,* del que se ocupará con elogio Unamuno. El eco que la citada crónica despierta en don Miguel constituirá la consolidación literaria definitiva de *Corpus.* En su condición de asiduo contertulio del Café Levante —sedente parámetro madrileño de la literatura de la época— se dejará arrastrar un poco tiempo por la afición a pintar, tomando lecciones de sus contertulios Leandro Oroz, Rafael de Penagos y Moya del Pino. Aquellas clases de pintura constituirán una anécdota menor de su vida, ya señalada por la diana del discurrir viajero. Tras una corta estancia en Inglaterra, en 1911, regresará a España,

para pasar otra temporada en Andalucía y pronunciar una conferencia en la Casa del Pueblo de Belalcázar. El año 1913 las actividades de *Corpus Barga* van desde la asistencia al homenaje que se ofrece a *Azorín* en Aranjuez, a la iniciación de su amistad con José Ortega y Gasset —que desembocará en su colaboración en la revista *España*— hasta la aparición del semanario satírico-político *Menipo,* redactado todo él por nuestro personaje, con dibujos y cricaturas de *Tito,* seudónimo de Exorcito Salmerón. Este semanario le ocasionaría un procceso, por el cual se verá obligado a exiliarse a París.

Como al principio la literatura y el periodismo no le darán para vivir, trabajará omo obrero manual en una copistería mecánica de música para pianolas. Pero al surgir la Gran Guerra, París se convertirá en un mirador extraordinario para un escritor de sus calidades. Allí forjará su fama y su fortuna de primer corresponsal de su época. Era un tiempo en el que se dieron cita los más destacados intelectuales y los periodistas de más cotizada firma, para visitar los frentes y los teatros de la contiendà.

Se podrían contar de él bastantes anécdotas de ese tiempo y de ese quehacer. Sinteticemos en una el sentido profesional de este virtuoso de la corresponsalía, aún más, su categoría ejemplificadora. Un día, acompañado de Luis Araquistain, Manuel Aznar y un cronista hispanoamericano, visitaban juntos un sector del frente de Verdún. Al llegar a una de las posiciones de la colina de Douamont, el periodista hispanoamericano se separó del grupo, y trepó hasta la cúpula que cubría unas de las piezas de artillería francesa. Verlo *Corpus Barga* y montar en cólera fue todo uno. Y acrecentó su enfado al ver que Araquistain seguía el temerario ejemplo de aquel insensato. *Corpus* les dijo:

—¡Se bajen ustedes de ahí! ¿Se han vuelto locos...? ¿Saben que hay vanguardias alemanas a menos de quinientos metros y que pueden desencadenar un bombardeo en este sector?

El periodista hispánico no sólo desoyó el consejo de nuestro compatriota, sino que aun se atrevió a encararse con él:

—¿Tiene usted miedo, *Corpus?*

Pero éste, que supo apreciar rápidamente la ignorancia atrevida de su colega, encubierta bajo teatral bravuconería, le apostrofó iracundo:

—Sí, me dan un miedo atroz los tontos. Pero espera, que ahora voy.

Y en efecto, como lo advirtió lo hizo. Pero con desafiante complacencia en el reto. No sólo subió al fortín, sino que se destocó del pequeño sombrero verde que cubría su cabeza y agitándolo de un lado a otro exclamó, dirigiéndose al enemigo:

—No os molestéis en tirar, porque aquí hay un tragamundos.

No bien acabó la frase, y mientras de un empujón lanzó posición abajo a su colega, hasta quedar en zona cubierta, le soltó tres o cuatro insultos, llenos de incontenible dureza, a la vez que le explicaba:

—A los corresponsales de prensa se nos envía aquí para que podamos contar a nuestros lectores lo que vemos. Por tanto, nuestro deber no consiste en morir más o menos heróicamente, sino en sobrevivir a toda costa; porque, muertos, ¿de qué le servimos a los periódicos?

Araquistain hubo de excusarse diciendo que él no sabía que el peligro era tan grave. Unos minutos después, la predicción de *Corpus* se cumplió. Hubo fuego de artillería ligera. Pero más ligera fue la huida del colega bravucón hacia una más tranquila retaguardia.

El año 1917 estaría unos días preso en las cárceles de San Sebastián, de Madrid y de Bilbao, donde fue conducido a un acorazado. Alguien escribió que fue a causa de la huelga revolucionaria de ese año. Sin embargo, más parece que se trató de una interpretación restringida de la postura del gobierno español aplicando la política de neutralidad. Ese mismo año, el 1 de diciembre se incorporará a la plantilla del diario *El Sol,* donde será uno de sus puntales, apreciadísimo por Urgoiti, Ortega y Aznar. Tanto, que en ocasiones trascendentes, cuando se trataba de las relaciones hispano-francesas, *Corpus* era llamado a Madrid, para consultarle y pedirle consejo. *El Sol* fue para *Corpus* su plataforma más idónea. Todos los movimientos culturales, artísticos y literarios de entreguerras eran seguidos por su pluma con una aguda penetración. Fue un hombre que vivió apasionadamente su corresponsalía y desde los puntos fijos de su sede se movió como enviado especial en ocasiones históricas. Entrevistó a los protagonistas de la Historia con mayúsculas.

Para servir las emociones de acción que proyectaba el mundo moderno convirtióse en insólito pionero de los más audaces viajes. Así, el año 1919, fue portador de un saludo de los periodistas franceses a los españoles y procedentes de París llegó a Madrid en el avión «Briquet XIV A 2», pilotado por Ramonet. Era un bombardero sin cabina y sin brújula, que a causa del tiempo borrascoso que hizo durante el viaje tardó cinco días en cubrir la etapa París-Vitoria. Once años más tarde realizará otro viaje en el dirigible *Graf Zeppelin* con el recorrido Berlín, Sevilla y Pernambuco, donde lo abandonó y desde ahí se trasladó a Buenos Aires en un hidroavión.

Fue por aquellas fechas cuando el diario *La Nación,* de Buenos Aires —uno de los grandes gigantes del periodismo hispánico—, contrató a *Corpus Barga* para dirigir su oficina de Berlín. Cuando el cambio de empresa de *El Sol,* en abril de 193, *Corpus* pasó a la redacción de *Crisol.* De 1933 a 1934 dirigiría *Luz* y daría una conferencia sobre la crisis de la prensa republicana en la España de aquel régimen. Aquella conferencia tuvo gran resonancia. La II República Española tuvo en *Corpus Barga* a un valedor, siempre en la vanguardia de un republicanismo independiente, sin cargos, ni enchufes, a pluma descubierta. Colaboró en la *Revista de Occidente,* en *Cruz y Raya...* Dirigió *Diario de Madrid* y la revista *Diablo Mundo.*

Al estallar la guerra civil su pluma se convirtió en látigo restallante, haciendo de su colaboración periodística barricada y fortín, parapeto y milicia. Increpó a Gide y zarandeó la tibieza de las democracias europeas. Sus colaboraciones en aquella guerra de la tinta ya han pasado a las antologías: *El Mono Azul, Hora de España,* y tantas y tantas publicaciones, nacidas al calor del combate. Trabajó en la salvación del Tesoro artístico de España. Organizó el II Congreso Internacional de los Intelectuales Antifascistas. Y cuando Barcelona fue tomada por las tropas nacionales, iniciará su éxodo a Francia y se convertirá en el báculo y casi el sudario de Machado en Co-

lliure. Luego, desde Francia, seguirá su batalla, aglutinando las tareas de los intelectuales en el exilio.

Su exilio será largo y duro, pero fecundo. Sus colaboraciones se desperdigaron por todas las tierras hispanoparlantes, para trasvasar, por último, sus saberes periodísticos, primero como catedrático de Periodismo, en Lima, en 1948 y después como director de la Facultad de Periodismo de la Universidad de San Marcos de Lima. Veinte años más tarde sería jubilado con todos los honores.

Las desgracias familiares, la pérdida lenta de la vista —fue operado de cataratas—, los años, los muchos años, no fueron obstáculo para vencer una de las vocaciones más puras de nuestro tiempo. Y así, su fama de periodista impar, de bardo de la correspondía, de trotamundos por todos los meridianos y paralelos de la tierra, pasaron como a un segundo plano ante la longeva revelación de sus Memorias, desde *Los pasos contados, Puerilidades burguesas, Los galgos perdidos, Las delicias*... ¡Lástima grande que este moroso memorialismo quedase truncado con la muerte! *Corpus Barga* en estos libros inventó una nueva dimensión temporal, resucitó el pasado en función del presente.

* * *

En el último de sus viajes a España, después de la guerra civil —1963 y 1970—, le visité en casa de su hermana, donde pasó unos días, en el barrio de Salamanca. Estuvimos hablando cerca de tres horas. Le vi animado y contento. Me dedicó uno de sus libros, a la vez que me obsequiaba con las galeradas que la censura le había mutilado. Me hizo el equívoco, con uno de sus títulos:

—También esto son puerilidades burguesas, pero un poco imbéciles. La verdad que no sé a qué venía quitar esto...

Como dijimos al comenzar esta charla, *Corpus* quiso venir a España, hacía 1975. Pero no tenía dinero para el pasaje. La Asociación de la Prensa de Madrid no pudo dárselo. Por esos días, su colega y amigo *Augusto Assía* recibió el Premio Godó, de Periodismo. Y se apresuró a ofrecerle íntegra la cuantía del mismo. Pero el ofrecimiento llegó tarde. A consecuencia de una neumonía murió en Lima el 8 de agosto de 1975.

A los diez años de su muerte se publicó una cuidada antología de sus *Crónicas Literarias,* con un prólogo crítico, riguroso y entrañable, de Arturo Romaneda Salas. Puede ser el comienzo de que aquel gran paladín de las nobles causas, aquel gran señor de los bellos decires, empiece a ganar esa feroz batalla del olvido contra las actuales generaciones. Puedo asegurarros que si en las hemerotecas de España y de América está represado el polvo de un actualidad transida de esencias, también está la resurrección de una antología ideal. Si la Historia de la Literatura Española ya no se puede escribir sin aludir a los cuatro últimos libros de *Corpus Barga,* la Historia del Periodismo Español se resentirá sin la explicación preceptiva de su quehacer de corresponsal, sin la exégesis de aquella su levedad informante...

JAVIER BUENO, UN PERIODISTA COMPROMETIDO CON LA REVOLUCION

Mirta NUÑEZ DIAZ-BALART

Cuando Antonio Machado, en uno de sus poemas de guerra más controvertidos, decía a Enrique Líster:

«Si mi pluma valiera tu pistola,
de capitán contento moriría» (1),

estaba hablando no sólo de un deseo personal de llevar hasta sus últimas consecuencias sus convicciones, sino de un determinado tipo de hombre, de intelectual, cuyo compromiso ético y político en favor de una transformación social revolucionaria, le llevaba indistintamente a empuñar la palabra o el fusil, en defensa de una causa, cuando en una lucha ya no había lugar para el diálogo.

Javier Bueno, un periodista madrileño cuyas vinculaciones con Asturias le han trasladado, en muchas ocasiones, de lugar de nacimiento, fue un profesional de ideas revolucionarias cuya lucha se desenvolvió habitualmente mediante la escritura, pero que no desdeñó el uso del fusil cuando las palabras ya no tenían oídos donde ser escuchadas.

Nacido en 1891, hijo de Francisco Bueno y Soledad Bueno (que tenían entre sí un parentesco de primer grado), su madre era conocida como actriz con el nombre de Soledad García. Se inició muy joven en el mundo del periodismo de manos de su tío Javier Bueno, ya conocido en la profesión con el seudónimo de Antonio Azpeitua. Tanto él, como el conocido periodista republicano José Nakens, al que le uniría una estrecha amistad, guiaron sus primeros pasos de aprendizaje a través de todo el mundo periodístico, desde las artes gráficas hasta la dirección de una publicación (2).

Desde su infancia sobresalió su actitud rebelde, por lo que soportó con dificultad las constricciones de la escuela y tan pronto como pudo la abandonó, sin embargo, no por ello descuidó su formación y es reconocido que llegó a poseer una vasta cultura. En ella destacaba su facilidad innata para

(1) Machado, Antonio, «Oda a Enrique Líster».
(2) Altabella, José, «Javier Bueno y Bueno» (Conferencia).

dominar cualquier idioma, conociendo a la perfección latín, griego, inglés y alemán. De hecho, era un traductor solicitado y varios de sus trabajos se encuentran actualmente en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Con 19 años entra a trabajar en *España Nueva,* un periódico republicano dirigido por Rodrigo Soriano. De ahí, pasaría a *El Radical,* otra publicación de la misma ideología. Sin embargo, su nombre comenzaría a ser conocido en el mundillo periodístico de la época a partir de 1917, cuando Nicolas M.ª Urgoiti lo lleva consigo al periódico *El Sol.* Otra de sus empresas periodísticas, el diario de la noche, *La Voz,* le tendría como redactor-jefe en 1920.

Sobre esta época profesional de Javier Bueno, nos habla el que fuera ministro de Gobernación durante el bienio radical-cedista, Rafael Salazar Alonso, con el que posteriormente desde *Avance,* mantendría una constante pugna.

«Conocía a Javier Bueno como redactor-jefe de *La Voz*. Hombre de extraordinaria simpatía, bondadoso y buen compañero, aún de ideas avanzadas, nunca pudo apreciarse en él extremismos; antes bien, parecía, por su serenidad, más propio de aconsejarle a los demás que a las exaltaciones que le han llevado a situaciones difíciles con motivo de los sucesos de Asturias.

«¡Cuántas veces he comentado aquellos violentos artículos de *Avance*, de Oviedo! ¡No parecían de la misma pluma... del escritor grácil, ameno, sonriente, sano, de los tiempos en que *La Voz* alcanzaba el máximo favor popular, precisamente por la gracia, la sana alegría con que se comentaba todo y se hacía las críticas y campañas» (3).

Veinte días antes de la proclamación de la República, se produce un cambio en el control de ambas empresas, pasando a manos monárquicas. Javier Bueno, que lleva años en la defensa de los principios republicanos, junto con José Díaz Fernández (también conocido como «José Canel»), Fernando G. Vela y otros, acompaña a Urgoiti en su nuevo proyecto que pronto tomará cuerpo con el nombre de *Crisol.* Ugoiti explica sus objetivos en su primer número, con fecha 4 de abril de 1931:

«Nace este periódico trisemanal (...) obligado por un complejo de circunstancias, he tenido que dejar la presidencia de la sociedad editora de El Sol y La Voz y vender mis acciones (...) no queremos transformar en ganancias propias la gran emoción liberal que agita al país y la adhesión personal de los lectores a los ideales mantenidos en los diarios que antes inspirábamos (...)» (4).

Evidentemente, este es el lugar para un periodista como Javier que está viendo cómo se fragua la República a la que aspiraba y en la que había puesto su voz desde los inicios de la lucha para lograrla. De *Crisol*, nacería *Luz,* diario de la República, cuyo primer número saldría el 7 de enero de 1932, con el bienio republicano-socialista consolidado y donde Bueno complementaba sus habituales labores de redactor con la de crítico taurino bajo el seudónimo de «José Reondo» (5).

(3) Salazar Alonso, Rafael, *Bajo el signo de la revolución,* Librería San Martín, Madrid, 1935, pág. 68.
(4) Urgoiti, Nicolás M.ª, «Nace Crisol y alborea Luz», *Crisol,* sábado 4 de abril de 1931, pág. 1.

Toda su lucha por la República había tenido eco en aquéllos que ahora formaban parte del gobierno del nuevo régimen, por lo cual sería nombrado Jefe de Prensa del Ministerio de Gobernación, cargo en el que se apresuró a presentar su dimisión, pues desdeñaba las tareas burocráticas. Una anécdota sobre ese desdén, eran las batallas humorísticas que creaba cuando, ya lisiado, desafiaba al resto de la redacción a un combate entre «cojos y burócratas».

Un izquierdista para «Avance»

Cuando es llamado a dirigir *Avance,* diario matutino de Asturias, creado por el Sindicato Obrero Minero de Asturias (S.O.M.A.) en plena efervescencia republicana, exige para aceptar el puesto, un conocimiento real de las condiciones de vida de la cuenca minera, que visita con detalle.

Este diario socialista, cuyo primer número vio la luz el 15 de noviembre de 1931, había nacido al calor de las aportaciones económicas del sindicato y de agrupaciones socialistas, constando de una trayectoria sinuosa con sus anteriores directores, Antonio Ortega y Juan Antonio Suárez, ambos pertenecientes a sectores moderados del socialismo.

De hecho, hubo ciertas reticencias en el partido, al no ser el periodista miembro del P.S.O.E., según lo relata Andrés Saborit:

«Al nacer Avance, fui requerido para ser su director, puesto al que renuncié para seguir actuando en el Ayuntamiento madrileño. Los amigos de Asturias me consultaron, a la vista de mi negativa, acerca de las cualidades periodísticas de Javier Bueno, aunque hubieran preferido encontrar un director profesional afiliado a nuestro Partido. Nada tuve que alegar contra la candidatura de Javier Bueno, izquierdista notorio, de quien se aseguraba era hijo natural de un batallador escritor republicano, referencia que debo a personas de toda solvencia. Su lealtad para con la causa del pueblo español y el sacrificio de su vida —Javier Bueno se negó a salir de Madrid— donde fue fusilado por los falangistas, merecería recuerdo imperecedero de todos los amantes de la libertad y el progreso» (6).

El ministro de Gobernación, Rafael Salazar Alonso, blanco de las aceradas críticas de Javier, que se veía constantemente multado y encarcelado por el contenido de *Avance,* da esta visión de su contencioso:

«Mucho trabajo me cuesta aún hoy mismo comprender a Javier Bueno, revolucionario de acción. Fuerte, tenía para cada cosa una carcajada, para todo una explicación, siempre una frase que dulcificara el ataque al mayor enemigo.

Sólo pensando en la locura que a muchos hombres produce la revolución, puedo comprender el cambio de Javierito Bueno. ¡Que la justicia se

(5) Altabella, ibid.
(6) Saborit, Andrés, *Asturias y sus hombres,* Imprimerie Dulaurier, Toulouse, 1964.

mantenga serena y que la gracia pueda volver a su espíritu, la que él perdió en ese período horrible de la revolución socialista!»

Pero la lucha de *Avance,* con una línea programática muy dura en defensa de los ideales socialistas, se topaba constantemente con la represión gubernamental. Y nos sirve como ejemplo, el editorial del 30 de junio (que sería mencionado en el discurso de José Calvo Sotelo, en el que se denunciaba *Avance* como «gestor moral de la Revolución asturiana»):

«Además de un expoliador, Salazar Alonso es un cobarde. Los periódicos dan gallardamente la consigna de la guerra civil, sin que el ministro se atreva (...). Le ha dado miedo aplicar a Cataluña, por derecho, la luz que aplica a los demás, forzándola. Le ha dado miedo. Es un impostor, un cuco, un cobarde, con todas sus fanfarronadas de hombre, o de lo que sea, inflexible y tiene de babas el espinazo. Le ha dado miedo de Cataluña. Es un cobarde, si no fuera cobarde, faltaría este rasgo a su miseria.»

A estas palabras añade Calvo Sotelo:

«Cuando en un país se puede decir impunemente esto al ministro de Gobernación sin que ese periódico sea suspendido, ¿cómo podéis tener autoridad moral frente a la Revolución?» (7).

Pero no existía esa supuesta impunidad, porque el ministro de Gobernación, confirmado en su cargo el 28 de abril de 1934, decretaba constantemente declaraciones de prevención o alarma, en las que quedaban limitadas las libertades constitucionales, lo que implicaba para *Avance* multas, retirada de ejemplares e interrupciones de tiradas.

Este editorial nace después de que la huelga campesina, decretada por la Federación de Trabajadores de la Tierra, hubiera tenido más éxito en Asturias del inicialmente previsto y paralela a la declaración de huelga en el Pozo M.ª Luisa, en el que la base sobrepasó a la dirección del S.O.M.A., que la había desconvocado.

Sin embargo, el enfrentamiento constante con el ministro de Gobernación tuvo su punto más álgido en el mitín del día 15 de julio en el Teatro Campoamor de Oviedo, en favor de los huelguistas campesinos presos, en el que Javier dice unas frases que se convirtieron en la comidilla de toda Asturias:

«Continúa y justifica su manera de hablar porque no puede hacerlo sin llamar al pan, pan; al vino, vino y al ministro de Gobernación... (marica)» (8).

Dos días más tarde, *Avance* vuelve a ser recogido.

Con la llegada de Javier Bueno, que imprimió su nombre por primera vez el 1.º de julio de 1933, estaba claro que existía una voluntad de cambio de línea y de imagen. Este se había mostrado reticente a aceptar el cargo en un órgano que, según rezaba en su cabecera, «ha sido creado por las organizaciones de Asturias afectas al P.S.O.E. y a la U.G.T. para defender las aspiraciones de los obreros y propagar los ideales socialistas».

(7) Calvo Sotelo, José, «Discursos», en Reporteros reunidos, *Octubre Rojo (8 días que conmovieron al mundo),* Manual de Historia Política de España, s.d.

(8) Taibo II, Paco Ignacio, *Historia General de Asturias,* Gijón, Ed. Silverio Cañada, 1978, fasc. 5, pág. 72.

Estas reticencias no tenían nada que ver con ningún desacuerdo en la defensa de estos ideales, por cuanto era miembro de la Federación Gráfica Española de la UGT desde el 25 de septiembre de 1922. Sus dudas provenían de las posibles limitaciones que podría encontrar en el desempeño de su labor ante la necesidad de mantener una línea consecuente con un partido político. Sin embargo, no ocurrió así y Javier Bueno se entregó en cuerpo y alma a levantar un periódico cuya tirada estaba sobre los 16.000 ejemplares, cuando lo dirigía su antecesor.

Avance, en manos de Javier Bueno, se fue consolidando como el portavoz de la minería asturiana y del fragor revolucionario que se empezaba a sentir ante la llegada del bienio radical-cedista, en noviembre de 1933. La labor de desmontaje de todo el entramado legislativo de la República, condujo a una transformación total en la actitud de los socialistas. Consuelo Bergés en su obra *Explicación de Octubre,* define este período:

«El proletariado español, rebajado de jornales en el campo y desde hacía mucho tiempo, de esperanzas en la República, se acogía cada vez más a su destino revolucionario. Comunistas y anarquistas, que siempre se habían mantenido fieles a este duro destino, eran ahora acompañados en esta convicción por los mismos socialistas que, desplazados de una República burguesa en cuyos primeros pasos habían colaborado torpemente, abandonaba su táctica evolutiva para entregarse, sin demasiadas ganas, a la lucha violenta» (9).

En este cambio contribuyó *Avance,* que servía de manual de instrucciones para los núcleos mineros y de vínculo entre las agrupaciones de trabajadores. Para ello nos sirve este ejemplo:

«Desde la columna de nuestro diario me limito a poner en conocimiento de todos los trabajadores de Blimea y demás pueblos limítrofes, que os abstengáis de comprar chocolate marca «La Agustina», por estar boicoteado por nuestros compañeros de Mieres y demás pueblos de Asturias, motivado a que los fabricantes de dicho chocolate hicieron propaganda en favor del contubernio en las pasadas elecciones, sin tener en cuenta para nada al pueblo trabajador. Así que cuando mandéis a vuestras mujeres a las tiendas, decirles que no compren el chocolate marca «La Agustina» (10).

La preparación de un movimiento revolucionario se hacía evidente y el apresamiento del alijo del barco «Turquesa» confirmó que las intenciones de los socialistas sobre un cambio evolutivo de la sociedad se habían transformado radicalmente. Era evidente que con la reapertura del Parlamento tras las vacaciones veraniegas, se iba a producir la conocida crisis en la que la CEDA exigió la entrada de tres ministros de su partido. Este fue ese toque de atención con que se había venido avisando desde todos los órganos periodísticos de izquierda, pero que había tenido su mejor definición en este párrafo:

(9) Bergés, Consuelo, *Explicación de octubre. Historia comprimida de 4 años de República en España,* Madrid, Imp. Garcigoy, 1935, pág. 56.

(10) *Avance,* 10 de enero de 1933.

«Las nubes van cargadas camino de octubre. Repetimos lo que dijimos unos meses: ¡Atención al disco rojo! El mes próximo puede ser nuestro octubre. Nos aguardan días de prueba, jornadas duras. La responsabilidad del proletariado español y de sus cabezas puede ser enorme. Tenemos nuestro Ejército a la espera de ser movilizado» (11).

Pero *Avance* tampoco se quedaba atrás en augurios y veremos cuáles eran las medidas gubernativas para coartarlas:

«Del 1 de enero al 31 de junio de 1934 (bajo el gobierno de Rico) *Avance* sufre 32 denuncias y secuestros de la edición; una multa de 10.000 pesetas el 18 de mayo, y una de 15 mil directamente impuesta por Salazar Alonso el 29 de junio.

Del 1 de julio al 4 de octubre (bajo el gobierno de Blanco Santamaría) *Avance* es recogido 62 veces en los 82 días hábiles en que se edita (¡!).

Del 31 de mayo al 26 de junio, con motivo de la huelga campesina nacional, es sometido a censura previa.

Su director, Javier Bueno, es encarcelado a lo largo del año, 74 días (del 28 al 30 de marzo, del 22 de mayo al 2 de junio y del 28 de julio al 27 de septiembre» (12).

Estas sorprendentes cifras nos dan la medida de la constante confrontación de Javier Bueno con la política gubernamental encarnada por los gobernadores Marcelino Rico Rivas, en el primer semestre de 1934, y su sucesor a partir del 1.º de julio, Fernando Blanco Santamaría.

Preparando octubre

Cada recogida del periódico, cada censura de sus textos, cada amenaza de muerte para sus corresponsales, cada encarcelamiento de su director implicaba una enorme movilización popular en apoyo de *Avance* y sus profesionales. Las colas para visitar a Javier Bueno en la cárcel llegaron a alcanzar tal magnitud que fueron consideradas «tumultuarias». Cada decreto de recogida del periódico iba acompañado del engrasamiento de todo un entramado ya diseñado para distribuir subterráneamente el periódico antes de que los guardias de Asalto llegaran a la redacción de la calle Rafael Altamira, 2 y 4, de Oviedo; pero como contrapartida era inevitable que se produjeran pérdidas económicas que, en gran parte, eran cubiertas con el apoyo popular y del sindicato.

Manuel Fernández Avello, en su *Historia del Periodismo asturiano,* hace las siguientes consideraciones sobre *Avance* y su director:

«En 1931, en plena euforia republicana, sale a la calle *Avance,* heredero de *La Aurora Social,* socialista y con Javier Bueno como responsable. Este órgano, moderno, de la UGT, tuvo como primer director a Antonio Ortega y después a Bueno. Ignacio Lavilla desempeñó el cargo de redactor-jefe y Juan Antonio Suárez, Benigno Fernández y Ovidio González Díaz, "Ovidi Gondi", redactores (...).

(11) *El Socialista,* 27 de septiembre de 1934.
(12) *Op. cit.* fasc. 3, pág. 40 (Taibo).

Avance caló hondamente en la clase trabajadora. Bien dotado teóricamente y servido por profesionales que conocían su oficio, influyó notoriamente en la vida provincial. Con *La Voz de Asturias* y *Región* era *Avance* el diario de mayor significación y circulación» (13).

Interesa esta visión global de Fernández Avello, por su enfoque global del tema, encartándolo en el conjunto del periodismo asturiano del momento.

En el informe del Auditor General de Oviedo, D. Angel García Otermín al ministro de la Guerra, se recogen las siguientes anotaciones de *Avance* en el mes que precede a la revolución como muestra de:

«La labor de *Avance,* corrosiva de las conciencias obreras, irritadora hasta el paroxismo de los odios de clase, estimuladora de los más desenfrenados apetitos de hombres para quienes la vida es ruda, enloquecedora con el augurio de un porvenir de mando y dictadura cierta y evidente a corto plazo, se manifestó tenaz y perseverante» (14).

Se reseña el editorial del 6 de septiembre, en el que se comentan unos hechos ocurridos en las localidades vascas de Guernica y Zumárraga donde parlamentarios de esa comunidad y catalanes fueron acusados de gritar «¡Muera España!»:

«Respetos no los merece, en primer lugar, la patria española, ni ninguna patria. Respetos los merece, en primer lugar, la equidad y la justicia, la humanidad. La patria se ha atravesado constantemente en el camino de esa equidad, de esa humanidad y de esa justicia y en la medida que las haya dificultado es sospechosa e indigna de respeto. Que la patria española no tiene nada que ver con la inmensa mayoría de los españoles. España es la patria del rico holgazán que vive bien, no es la patria del trabajador pobre, que perece... En su presente, la patria española es infame, tanto como la que más, de verdugos, de hambrientos, en su anhelo, la patria española no es reducible a la unidad, porque está echada la suerte de la guerra civil (...)» (15).

Estas palabras, que aún hoy sonarían provocadoras, las tenemos que entender en el contexto de que era la derecha la que había monopolizado el término «patria», llamando a su defensa por encima de los intereses de clase.

El otoño explosivo se predice en cada editorial. El año político se inicia negro ante la crisis del gobierno Samper, sostenido con el apoyo de varios partidos. La C.E.D.A. (Confederación Española de Derechas Autónomas) quiere hacer valer su minoría mayoritaria y el 1.º de octubre el gobierno renuncia. Los socialistas, que se encuentran fuera del gobierno, han roto ya las amarras con el parlamentarismo:

«Negar que la actitud de la clase trabajadora sea revolucionaria es negar la evidencia y la necesidad. Los trabajadores quieren la revolución y no otra cosa. Se equivocan quienes entiendan y hagan como que entienden que

(13) Fernández Avello, Manuel, *Historia del Periodismo asturiano,* Asturias, Ed. Ayalga, Salinas, 1976, pág. 155.
(14) Sánchez y García-Sauco, L.A., *La revolución de 1934 en Asturias,* Madrid, Ed. Nacional, 1974, apéndice núm. 11.
(15) «Patria y muera España», *Avance,* 6 de septiembre de 1934.

«Tú eres el envenenador de Asturias por las campañas que hiciste en ese cochino periódico... pero las vas a pagar, granuja» (23).

De allí pasaron al Cuartel de Santa Clara. Para la narración de estos momentos contamos con la denuncia de Javier Bueno ante el Juzgado Militar n.º 1 de Asturias, con fecha 16 de enero de 1935:

«Al llegar al cuartel, en el portal, muchos arremetieron a culatazos, a puñetazos y a patatas contra los detenidos, que iban atados de dos en dos. En la escalera, el denunciante, después de haber recibido ya otros golpes, fue maltratado a puñetazos en el rostro por un sargento o brigada, hombre ya de alguna edad, grueso, de bigote blanco, a quien el denunciante reconocería sin vacilación alguna. Esos desmanes ocurrieron en presencia del teniente que había mandado la conducción, el cual tiene el denunciante entendido que se apellida Galán, si bien es cierto que este señor decía a los guardias: «No peguéis a los detenidos.» Pero aquellas palabras, pronunciadas en tono de súplica o de consejo, no de orden, no eran obedecidas, ya fuera por insubordinación, ya fuera por un valor convenido...».

Esto no es más que la primera parte de las humillaciones y torturas sufridas, continúa declarando ante el juez militar:

«Numerosas veces cada día entraban en el calabozo, donde el denunciante se hallaba atado de pies y manos, con otros detenidos, guardias que le insultaban con las palabras más soeces y le coceaban y le pegaban con el fusil por todo el cuerpo, acusándole de ser el principal causante del movimiento revolucionario y procurando excitar a los demás detenidos en contra suya con frases tales como ésta: "El tiene la culpa de cómo os veis. Debeis matarle vosotros aquí mismo", muy insistente y persuasivamente repetidas» (24).

Entre los martirios y las amenazas, también guardaba Bueno un lugar para sus respuestas aceradas que nutrían ese enorme anecdotario con que cuenta su persona. Una de éstas la cuenta Juan Antonio Cabezas, redactor del periódico y amigo suyo:

«Entre las leyendas que circulaban se decía que un jefe de Asalto, al enterarse de que el detenido era Javier Bueno, trajo algunos recortes de sus artículos y le ordenó que se los comiese. Javier, sin perder su característico humor, masticó y tragó los trozos de papel, después de lo cual, le dijo al jefe: —La verdad, nunca creí que un artículo mío tuviese tanta substancia—» (25).

Otro testimonio del apaleamiento a que fue sometido nos lo proporciona Juan Simeón Vidarte, vicesecretario del PSOE:

«Apagada la luz y hecho el silencio, un nombre rebota en la galería: ¡Javier Bueno! —Deben llevarlo a Madrid— afirma un compañero. ¡Qué enormes palizas le pegaron! Está medio baldado. Pero no le hicieron cantar. Le

(23) *Op. cit.* fasc. 17, pág. 14 (Taibo).
(24) De Guzmán, Eduardo, «La lucha incivil de Asturias». «La dramática odisea de Luis Oliveira, Javier Bueno, Jesús Vallina, Adolfo Cadavieco y Vicente Bravo», *La Libertad,* núm. 4.937, 26 de enero de 1936, pág. 3.
(25) Cabezas, Juan Antonio, *Crónica de 100 años de Asturias 1800-1980,* s.l., Caja de Ahorros de Asturias, s.d.

obligaron a comer los artículos suyos que traía el último número de *Avance* que salió a la calle. A Luis Oliviera y a él les obligaron a cavar la fosa en que serían enterrados. Javier dijo: «Hazla curiosa, Luisito, que es para nosotros.» Y terminado de comer el trozo de periódico comentó: «Al fin y al cabo, es mío.» Ahora anda dado ánimos a todo el mundo (26).

A todo ello se le sumaban las amenazas de que sus hijos habían muerto de hambre porque nadie les había querido dar un trozo de pan o que habían matado a su madre. Las vejaciones que les acompañaban eran de este estilo, según lo relata Jesús de la Vallina:

«Serían las 7 de la mañana cuando a Javier, Oliveira y a mí nos sacaron de la celda y dándonos unos cestos nos mandaron que recogiéramos en ellos unos montones de basura y excrementos. Intenté hacerlo con una hojalata que allí había, pero un cabo de Asalto que llamaban Balín, gallego, me la quitó y me obligó a hacerlo con las manos. —Con las manos, so cabrón o te doy pa'l pelo—. Y a Javier: —Ven pa'ca, tú, que escribes tanto contra nosotros, ahora vas a limpiar retretes...—. Pues vamos para allá. Sé escribir y sabré limpiar retretes... ¡Acaso tú no sepas más que lo último!» (27).

La inquina que se le tenía en los medios conservadores y la entereza con que sobrellevaba las palizas, le hicieron objeto del mayor maltrato. Según nos narra Vidarte, en la cárcel de Oviedo se corría de boca en boca esto:

«Javier Bueno, el valiente periodista, tiene un brazo roto y una pierma medio desgarrada de los palos que le dieron» (28).

La luz pública sobre Asturias

Una vez levantada la censura de prensa, la foto de las torturas sufridas por Javier Bueno, entre otros, se difundieron a través de toda la prensa de izquierdas. Los reportajes de la serie «La lucha incivil de Asturias» del periodista Eduardo de Guzmán, publicados en el diario madrileño *La Libertad* durante varios días sucesivos del mes de enero de 1936, causaron un enorme revuelo en la opinión pública.

Durante quince meses había estado presente la censura previa en todas las comunicaciones, hasta la llegada de los decretos publicados en la Gaceta con fecha 8 de enero de 1936, que levantaban el estado de alarma en Asturias, Madrid y Barcelona y el de prevención en Lérida, Gerona, Tarragona, Zaragoza, León, Palencia, Vizcaya, Ceuta y Melilla (29).

Se empieza a difundir el hecho de que Javier Bueno está entre los primeros de la lista de cientos de reclusos de la revolución que denunciaban vejaciones y torturas. Durante la primera etapa de su encarcelamiento, Bueno había intentado recomponer la lucha de los trabajadores en prisión, or-

(26) Vidarte, Juan Simeón, *El bienio negro y la insurrección de Asturias. Testimonio del que fue vicesecretario y secretario del PSOE* («Colección Dimensiones Hispánicas núm. 22»), Barcelona, Edic. Grijalbo, 1978, pág. 328.
(27) Ibid (La Libertad).
(28) *Op. cit.* 327 (Vidarte).
(29) «Para preparar las elecciones», *La Libertad,* núm. 4.921, 8 de enero de 1936.

ganizando el primer Comité de Presos, cuando aún estaba viva la llama de la revolución estimulando los ánimos con las noticias que llegaban a través de los enlaces, para lo que se prestaban los presos comunes.

Esta fortaleza de espíritu y la unidad de los encarcelados permitió la elaboración de un informe sobre la represión en las cárceles, firmada por 563 presos, aunque es más conocida la cifra de 547. Esta carta se vio acompañada por la labor de ciertos parlamentarios. Nos lo cuenta Manuel Benavides:

«Gordón Ordás, ex-ministro de la República, recorre Asturias, León y Palencia, pide ser escuchado en el Parlamento, escribe al Presidente del Consejo de Ministros y le anuncia una interpelación urgente "sobre la represión en dichas provincias que ha sucedido al movimiento revolucionario, sofocado totalmente hace un mes".—¡Fábulas!— contesta el bochornoso anciano» (30).

Los socialistas, por su parte, buscan a un hombre de su ala moderada, Fernando de los Ríos, para que intervenga en pro de los encarcelados:

«De los Ríos reunía especiales características para merecer alguna consideración de las autoridades de Asturias, donde subsistía el estado de guerra. Ex-ministro de justicia, de Estado, de Instrucción Pública, catedrático de la Universidad Central, presidente del Ateneo de Madrid, diputado a Cortes y vocal de la comisión ejecutiva del PSOE, su opinión iba a pesar en el mundo entero.

Regresó enfermo, con los nervios destrozados. Traía gran número de denuncias, le ayudé a seleccionarlas, Una dirigida al fiscal de la República, iba firmada por 364 presos políticos de la cárcel de Oviedo, encabezados por Javier Bueno, A. Llaneza, J. Barreiro, Juan Pablo García, Antonio Llaneza y Wenceslao Roces» (31).

La difusión de la foto de Javier Bueno quiso ser contrarrestada con la publicación de un folleto sin firma de autor, que se atribuye a un conocido periodista de derechas, bajo el título de «La Revolución de octubre en España. La rebelión del Gobierno de la Generalidad», publicada en Madrid en 1935 bajo la premisa «En servicio de la República».

En ella se acompaña la susodicha foto con la siguiente versión: «Fotografía que muestra claramente las llagas forunculosas que padece y cómo se han hecho pasar, torpemente, por huellas de supuestos martirios». Esto iba acompañado de certificados médicos de la prisión en que se aseguraba que se trataba de dicha enfermedad.

Benavides nos da la medida de la indignación de los revolucionarios:

«El Gobierno ofrece 600 duros a un lanudo escritor para que lo difunda en un folleto que recoge las atrocidades de los revolucionarios. En el folleto no se miente ni se inventa, es un engrudo de recortes de periódicos. Su única originalidad consiste en unos certificados en que dos médicos sinvergüenzas aseguran con toda su conciencia médica que las heridas que padece el director de *Avance,* Javier Bueno, son llagas forunculosas. Las heridas

(30) *Op. cit.* 439 (Benavides).
(31) *Op. cit.* 320 (Vidarte).

de Javier Bueno, al descubierto en una fotografía que reproduce la prensa mundial, hace decir a los franceses que en España se aplica a los revolucionarios el "fer rouge". Javier Bueno contesta al lanudo autor del folleto: "Lo de llagas forunculosas ha hecho singular fortuna y ahora es frecuente oír, por ejemplo: Han traído de Mieres o de Sama a fulano. Viene tremendo de llagas forunculosas"» (32).

La Libertad publicó dicha foto acompañada con la anécdota y el siguiente texto:

«Javier Bueno fue detenido la noche del 4 de octubre. Estaba completamente sano. A los pocos días presentaba el lamentable aspecto que muestra la foto. Según el folleto oficial, cuyas falsedades conoce España entera, las graves heridas de los brazos no eran más que «llagas forunculosas». ¡Republicanos! El bienio radical-cedista llamaba así a lo que en castellano tiene un nombre totalmente diferente» (33).

Fue tal la indignación generalizada por la magnitud de las torturas y la actitud del gobierno que, cuando llegue la campaña electoral de febrero de 1936, Javier Bueno y el difunto Luis de Sirval, serán reproducidos en un cartel de la Agrupación Profesional de Periodistas, llamando a votar en favor del Frente Popular.

El ensañamiento con Javier Bueno se comprende por la consideración de «ideólogo de la revolución» que le atribuye toda la derecha. José Calvo Sotelo dice:

«El periódico socialista de Asturias, *Avance,* verdadero gestor moral de la revolución asturiana (...)» (34).

El fiscal del Consejo de Guerra que le juzgó en Oviedo, con fecha 21 de septiembre de 1935 le acusó de ser «responsable de la insurrección minera». Cuando oye la sentencia, «treinta años de cárcel y 70 millones de pesetas de indemnización», espera su turno de alegaciones a la sentencia y pregunta «si puede hacerla efectiva al contado o a plazos».

Cuando Javier o Javierito, como le llamaban algunos para diferenciarle de su tío periodista, sale de la cárcel de Oviedo, le espera este recibimiento:

«Con el último grupo salió nuestro querido director Javier Bueno (...) Javier fue puesto a hombros de varios trabajadores, así como su hija Mercedes. Miles de personas les seguían cantando La Internacional y dando vivas. Por la calle Uría hasta la Plaza del Ayuntamiento. Aquí se vio obligado a dirigir la palabra a la muchedumbre. Por la calle Cimadevilla siguió la manifestación hasta la Oficina Electoral del PSOE y seguidamente hasta el domicilio de la madre de Javier Bueno. Nuevamente dirigió la palabra a los manifestantes rogándoles que se disolvieran» (35).

Cuando poco antes del levantamiento militar, Javier Bueno enjuicie la revolución, dirá:

«Madrid no tenía por qué responder al levantamiento de Asturias, era

(32) *Op. cit.* 441 (Benavides).
(33) *La Libertad,* núm. 4.922, 19 de enero de 1936, pág. 3.
(34) *Op. cit.* (Reporteros reunidos).
(35) *Op. cit.* fasc. 30, pág. 223 (Taibo).

Asturias la que tenía que responder al levantamiento de Madrid.» Díaz Nosty le da la siguiente explicación: «Con esta fórmula, Bueno se sumó a quienes desde una actitud crítica, estimamos que la revolución asturiana fue una especie de "ensayo con todo", promovido por Madrid y que le costó excesivamente caro a la clase obrera regional. El proletariado asturiano —insistiría Bueno— se ha desangrado con exceso» (36).

Sin embargo, Taibo entresaca unas palabras mucho más optimistas de Bueno, tras salir de la cárcel:

«Del octubre asturiano todo el mundo habla bien como episodio heroico, pero hay elogios que suenan a exequias. De lo que se trata es de conservar bien viva la revolución de octubre» (37).

La reconstrucción de «Avance»

Tras la amnistía del Frente Popular, se traslada a Madrid en compañía de su mujer e hijo pequeño. Su llegada fue anunciada en *La Libertad* por la Agrupación Profesional de Periodistas, que convoca a sus miembros a recibirles (38).

Al llegar a la estación de Príncipe Pío, le saludan Prieto, Alvarez del Vayo, González Peña, que había salido de la cárcel poco antes que él y otras personalidades, pero la multitud le arrastra y le lleva a hombros por toda la Gran Vía hasta la Plaza del Callao, desde donde dirige unas palabras.

Para su llegada, Luis de Tapia había hecho unas Coplas, de las que entresacamos los siguientes párrafos:

¡Bueno, como un nazareno
ante el "forúnculo ameno"
por su ideal ha sufrido!...
Se llama Bueno y es bueno!
(Hace honor a su apellido).
Bueno al luchar de tal suerte
entre la vida y la muerte
con dureza no pequeña
demuestra también ser fuerte
Hay que ver qué pecho tiene
Javierito, es roca dura
y hay que ver cómo mantiene
Ramón, su amable apostura!...
Los dos son «piedra y dulzura»!
Javier Bueno y Ramón Peña
que sufrieron en el potro
ante una actitud rifeña
son el uno para el otro
y deben ser nuestra enseña!... (39).

(36) *Op. cit.* 307 (Díaz Nosty).
(37) *Op. cit.* fasc. 30, pág. 224.
(38) «Esta noche a las 8, la llegada de Javier Bueno a Madrid», *La Libertad,* núm. 4.963, 26 de febrero de 1936, pág. 1.
(39) De Tapia, Luis, «Coplas del Día», *La Libertad,* núm. 4.962, 25 de febrero de 1936, pág. 1.

Ya entonces, Carlos de Baráibar, le ofrece la dirección de *Claridad,* con fecha 2 de abril de 1936, a lo que renuncia pues considera que es en Asturias donde ha quedado su puesto para luchar y donde ha permanecido vinculado a los proyectos de resurrección de la prensa de izquierdas, incluso desde la misma cárcel.

Con la ayuda de los miembros de SOMA, que habían encontrado refugio en Francia, la reconstrucción de dicha prensa no se hizo de esperar y ya en 1935 funcionaron cinco periódicos con ese carácter, entre ellos *La Tarde, El Pueblo* y *Asturias,* bajo inspiración de Jesús de la Vallina. En los dos primeros colaboraron Javier Bueno y Jesús Ibáñez desde la prisión.

Sin embargo, la idea de volver a publicar *Avance* seguía en el corazón de los dirigentes asturianos en el exilio. Amador Fernández, Ignacio Lavilla y Belarmino Tomás coincidieron en Suiza cuando iban a comprar maquinaria para *Avance,* con unos 2.300 millones de pesetas procedentes del dinero obtenido durante la revolución del Banco de España, que se repartió entre la compra de ésta, el edificio y el terreno (40).

Por fin, *Avance* vio de nuevo la luz, pero por poco tiempo. Salió en esta segunda época con fecha 25 de junio de 1936 y el 20 de julio las tropas del Coronel Aranda se apoderaron de la ciudad. Gijón, que había quedado en zona republicana, pues la rebelión había fracasado, sería su próxima sede.

Si mi pluma valiera tu pistola...

La noticia de la sublevación de Aranda, hizo abandonar a Javier su herramienta de lucha tradicional, la palabra y tomar el fusil, para enfrentarse a aquéllos con los que ya se había visto las caras en la revolución de octubre.

«Antes de salir yo vi algo que me impresionó. Javier Bueno y su fiel compañero, Jesús Ibáñez, pusieron las fundas a sus máquinas de escribir, vistieron unos monos, cogieron unas carpetas con papeles y de la habitación de los teletipos sacaron dos fusiles, que tenían en prevención. Javier dijo a los otros redactores y obreros de talleres: "Cada uno que haga lo que le parezca. Yo me voy. No habrá más periódico. Ya no valen las palabras. Contra los traidores sólo deben hablar los fusiles"» (41).

Bueno se incorporó a las trincheras del frente de Colloto, donde permaneció hasta ser herido, mientras Amador Fernández luchaba con él, día tras día, para que se reincorporara a las tareas de creación de la nueva etapa de *Avance.* Un protagonista del momento, Cabezas, lo narra así:

«Desde la Comandancia de Colloto informaron de una operación victoriosa. Después de varias horas se había tomado la aldea de Abuli por las fuerzas del Comandante Garzábal. Entre las fuerzas que atacaron figuraba, como un soldado más, el camarada Javier Bueno. El máximo guerrillero del periodismo socialista se convierte en guerrillero de verdad, pasando meses

(40) *Op. cit.* fasc. 29, pág. 194.
(41) *Op. cit.* pág. 23 (Cabezas).

en un parapeto. Cuando llegamos a la Comandancia de Colloto nos informan que Javier Bueno ha resultado herido (...) (42).

Para suerte del periodismo revolucionario, la herida no tuvo gran importancia, pero le dejó una cojera como secuela que llevaría consigo hasta su muerte. Ya con su bastón, que se convertiría en un signo característico de su persona, apareció como director de la redacción gijonesa, correspondiente al antiguo periódico burgués *El Comercio,* en la calle Martínez Abades, 24, en el primer día de enero de 1937.

Amador Fernández había conseguido la autorización del Consejo de Asturias y León para utilizar la imprenta de dicho periódico, pero más difíciles resultaron las negociaciones con el Sindicato de Artes Gráficas, cenetista, que le quería escatimar el papel y la maquinaria para el periódico. Por fin, se consiguió suministro a cambio de 1.000 pesetas diarias, pero Javier tuvo que conformarse con una «Marinoni» antiquísima, con la cual apenas si podía conseguir que los titulares se leyeran correctamente.

En este período, que termina el 20 de octubre con el derrumbamiento del Frente del Norte, *Avance* se había convertido en el periódico moderado de su entorno. Desde sus líneas, Bueno criticaba el proselitismo en las trincheras, la indisciplina y cualquier acto de destrucción indiscriminada. Algunos le señalaban como el boletín oficial del Consejo de Asturias y León.

Esta actitud, dura y poco condescendiente con los errores propios del sector republicano, se incrementó con la llegada del primer presagio que auguraba la caída de todo el Frente del Norte. El 16 de junio, las tropas del General Dávila habían tomado Bilbao. Un mes más tarde, el 26 de agoto, cayó Santander y a partir de ese momento, se inició un retroceso que tendría su punto final el 21 de octubre. Javier Bueno, junto a un grupo de combatientes, sale a última hora del puerto de El Musel a bordo del pesquero M.ª Elena, que consiguió bordear las costas de España sin ser cazado por los barcos franquistas y llegar a Francia, desde onde volvió a entrar en territorio leal.

En el órgano oficial de la UGT

Cuando llega a Madrid, le renuevan la oferta de dirigir *Claridad* y en el número 522, con fecha 17 de noviembre de 1937, le dan la bienvenida «temporal» pues realmente pasará a ocupar el puesto de director ocho días más tarde, tras una visita a Valencia y Barcelona.

«(...) Claridad ha logrado que J.B. acepte la dirección de este periódico, portavoz de la UGT. La noticia nos llena de júbilo, cuando en días pasados nos visitó el gran periodista asturiano no pudimos sospechar que, en interés de la guerra, expusiese la vida y el prestigio el mártir de octubre de 1934, al que la guerra ha arrebatado para siempre el funcionamiento normal de una de sus piernas. Nuestro J.B., para servir de símbolo a la guerra, de símbolo y de ejemplo, pudo haberlo sido todo si lo hubiera intentado

(42) *Op. cit.* pág. 71 (Cabezas).

(...). Con ocasión del glorioso movimiento revolucionario contra la dictadura del Gobierno Gil Robles-Lerroux, lo fue todo, en efecto, porque se redujo a su profesión de periodista (...) (43).

El que da este tipo de bienvenida, no es, claro está, el portavoz ugetista, sino *Las Noticias,* de Barcelona. ¿Por qué este comentario malintencionado y confuso? ¿Está aludiendo a una posible incursión política de Javier Bueno en sus últimas palabras? Lo cierto es que quizá respondiera a un rumor, pues hay que esperar a la fecha del 15 de enero de 1938 para ver anunciado su nombramiento como director general de propaganda. Sin embargo, esa designación viene acompañada de la renuncia inmediata al cargo, afirmando que «el gobierno, al cual acata, atenderá las razones de su negativa» (44).

Hay que tomar en cuenta que, por su condición de héroe de Asturias, en muchas ocasiones, era objeto de alusiones distorsionadoras y por ellas, salía a la palestra en artículos firmados cuando no lo solía hacer:

«He desmentido por escrito que se me sacara de Gijón por la fuerza, cuando el mando rindió la plaza. Acepto, proclamo, con tan honrado convencimiento como cualquiera (...). No es necesario poner junto a tan alto ejemplo (el de Higinio Carrocera) mi modesta conducta para que palidezca hasta casi desaparecer. Creo no haber dado motivos para que nadie me suponga la pretensión de hacerme pasar por héroe ni medirme con los que lo son» (45).

Nos encontramos ante actitudes muy propias de la vida de la retaguardia, de envidia hacia aquéllos que han cumplido un papel en la lucha de forma activa y, en este caso, en dos batallas consecutivas, Octubre y la Guerra Civil. Javier, que era un hombre que desdeñaba los cargos, rechazó el último que lo designaba director de propaganda. Pero, quizá podemos ver también en esa negativa una cierta actitud crítica ante el gobierno del Dr. Negrín y un elemento más en el proceso de moderación que se empezaría a manifestar en la tercera época de *Avance,* durante su radicación en Gijón.

Con estas explicaciones pretendemos buscar el origen de su adscripción al levantamiento del Consejo Nacional de Defensa, cuando éste se dirige a la opinión pública el 5 de marzo de 1939. Al día siguiente Javier Bueno es uno de los que se dirige a la población a través de los micrófonos de Unión Radio, mientras en *Claridad,* pasados unos días, expone claramente su postura:

«Tenemos puesta nuestra confianza en el Consejo Nacional de Defensa y él, respondiendo a su razón de existir, nos habló al constituirse, de paz digna y honrosa (...). Quien hable algo distinto que paz digna y honrosa, habla por cuenta del enemigo. Las palabras «paz digna y honrosa» son genéricas, pero el sentido con que el Consejo Nacional de Defensa las dice,

(43) «Gracias a todos. El nuevo director de Claridad», *Claridad,* núm. 522, 17 de noviembre de 1937, pág. 1.
(44) *Claridad,* núm. 574, 15 de enero de 1938.
(45) «Respuesta a un compañero», *Claridad,* núm. 894, 20 de enero de 1939.

está especificado en la declaración fundamental del día 5. A eso nos atenemos y nada más» (46).

Este respaldo se manifestó en su otro ámbito de acción, la Agrupación Profesional de Periodistas, de la cual era presidente desde 1936:

«(...) La Directiva de esta Agrupación ha recibido del Sindicato Provincial orden de declararse incompatible con los comunistas que figurasen en ella, así como de eliminar a los comunistas de cualquier organismo representativo en que nuestra Directiva tenga jurisdicción. Motiva esta orden el levantamiento comunista contra el interés y la voluntad de la República y, de un modo especial, los actos de sevicia de los sublevados. Es ocioso decir que esta Directiva comparte en absoluto el criterio y el sentimiento del Sindicato Provincial (...).

En virtud de lo expuesto, la Junta Directiva queda constituida por los siguientes compañeros: Presidente Javier Bueno; secretario, Ricardo Ruiz Ferry (...)» (47).

Dentro del periódico esta actitud se manifestó de esta manera:

«(...) Hemos tenido cuidado en dejar consignada nuestra simpatía por la URSS (...) llegado un punto de nuestra lucha, su interés nacional puede no coincidir con el nuestro (...). Son oportunos estos antecedentes para apoyar en ellos nuestra plena conformidad con el compañero director de CNT, J. García Pradas, en su llamamiento a la acogida fraternal para los trabajadores que, perteneciendo al Partido Comunista, hayan estado desligados de la insensata actitud del partido y se comporten como reconociéndola insensata» (48).

El 27 de marzo salió el último número de *Claridad.* Mientras otros planeaban su salida de la ciudad o su escondite en lugar seguro, Javier Bueno, a pesar de conocer el odio y vivirlo en su carne que existía en el sector rebelde contra él, se quedó en Madrid y con él, su familia. Llevando una noción de responsabilidad y compromiso hasta sus últimas consecuencias, se quiso quedar como aquéllos que no poseían medios para hacerlo. Para él y su familia había un lugar seguro en cualquier avión de las más altas personalidades, pero su negativa fue rotunda. Se cuenta que Prieto desde el exilio llamaba a sus colaboradores a «narcotizarle y meterlo en un avión», intuyendo el futuro que le esperaba.

Los pocos que quedaron a su lado le hicieron ver que, al menos en los primeros momentos sería necesario estar en un lugar seguro, y casi a la fuerza le trasladaron a la sede de la Legación diplomática de Panamá, donde permaneció hasta el 4 de abril, fecha en que fue asaltada.

Javier Rubio dice de este acto:

«Una semana después de la toma de Madrid, el 4 de abril, las autoridades nacionales invaden el local de la antigua legación panameña y detienen

(46) «No hay más declaración del 5 de marzo», *Claridad,* núm. 950, 23 de enero de 1939.
(47) «Derechos imprescriptibles», *Claridad,* núm. 949, 22 de enero de 1939.
(47) «Nota de la Directiva», *Claridad,* núm. 948, 21 de marzo de 1939, pág. 2.
(48) «Derechos imprescriptibles», *Claridad,* núm. 949, pág. 1.

a cuantos allí se habían refugiado. Entre ellos, el periodista Javier Bueno, el famoso director de *Avance.*

Es importante señalar que, con el allanamiento de este local, no hubo por parte del Gobierno español, violación de ningún principio de Derecho internacional pues, cuando se produce, el gobierno de Panamá no había reconocido diplomáticamente al de Burgos y, por lo tanto, dicho local no gozaba de ningún privilegio de inmunidad» (49).

Esta versión nos interesa en cuanto se remite específicamente a la legación panameña pero, es indudable, que existieron en aquellas circunstancias numerosos ejemplos de transgresión del Derecho internacional con legaciones y embajadas.

Llevado a la conocida cárcel de Porlier, allí permanecerá hasta la fecha de su fusilamiento. Su simpatía, sus conocimientos y su prestigio le convirtieron en un hombre de enorme influencia entre los restantes presos, que se sorprendían de verle dando clases de distintas materias a reclusos, a pesar de que su condena a muerte era segura. Esta llegó con el Consejo de Guerra n.º 5, celebrado el 21 de agosto, según la causa número 33.582.

Curiosamente, en un documento pedido por su viuda, el director del Centro Penitenciario de Detención de Hombres de Madrid, Carlos Parada Rodríguez, «certifica que ingresó en prisión el 31 de marzo de 1939, entregado por las fuerzas del Ejército a disposición del Gobierno Militar de Madrid (...) y el 27 de septiembre es entregado a las Fuerzas de Seguridad y Asalto para dar cumplimiento a la sentencia de muerte». El hecho de que se fije como fecha de ingreso el 31 de marzo se debe, posiblemente a un hecho meramente burocrático, al igual que en otra de las certificaciones posteriores al fusilamiento, se le condena a muerte por los hechos realizados entre el 17 de julio de 1936 al 31 de marzo de 1939 (documentos que obran en poder de su hijo Germán Bueno Brasero).

«El capellán Padre Félix lo acompañó toda la noche. Contaba el sacerdote que se había pasado la velada hablando y discutiendo en latín. Estaba maravillado de su cultura, de su noble estoicismo, del respeto para las ideas y creencias que no compartía» (50).

Cuando otro de los miembros de la insurrección de octubre, Manuel Grossi, hable de su muerte, referirá la siguiente versión:

«A Javier Bueno, el gran periodista y director del diario socialista *Avance,* de Oviedo, se le había encomendado (en la revolución) la propaganda escrita. Este dignísimo hombre, de temple de acero y de entereza humana en todos los órdenes de la vida, llegado el alto al fuego de la guerra civil, no pudo encontrar medios para salir de Madrid, donde prisionero por las llamadas fuerzas nacionales, fue condenado a muerte por garrote vil, condena criminal, llevada a cabo en la cárcel de Madrid en 1939» (51).

Reseñamos esta versión de Grossi porque difiere más de las restantes,

(49) Rubio, Javier, *Asilos y canjes durante la Guerra Civil* («Colección Textos»), Barcelona, Ed. Planeta, pág. 322.
(50) *Op. cit.* 253 (Cabezas).
(51) Grossi Mier, Manuel, *La insurrección de Asturias* («Crónica de España»), Madrid, Ed. Júcar, 1978, pág. 14.

pero damos mayor verosimilitud a la de Juan Antonio Cabezas, redactor de *Avance,* también prisionero en Porlier y como él, condenado a muerte, que se refiere a su fusilamiento. A ello hay que sumar su confirmación al ser exhumado el cadáver, años después, para ser trasladado de la fosa común donde se encontraba en el Cementerio del Este. Posiblemente Grossi lo crea así porque en dicha cárcel se encontraba instalado un garrote vil, pero se prefería como método más rápido y expeditivo, el fusilamiento.

Epílogo

Sin embargo, no murieron con Javier Bueno las represalias de los vencedores. Su esposa, María Brasero, permaneció durante toda la contienda hasta el 15 de febrero de 1940, en una cárcel de Lugo, teniendo como única acusación, su matrimonio civil con el director de *Avance.* Mientras tanto, su hijo vagaba por los campos de concentración franceses de la mano de una hermana de su madre.

Paralelamente, los siete hijos de su primera unión que se encontraban en Madrid, fueron lanzados a la calle, tras ser incautada la casa en propiedad del periodista.

BIBLIOGRAFIA

I. Obras con alguna referencia a Javier Bueno

Benavides, Manuel D., *La revolución fue así. Octubre rojo y negro,* Barcelona, 1935.
Cabezas, Juan Antonio, *Crónica de 100 años de Asturias 1880-1980,* s.l., Caja de Ahorros de Asturias, s.d.
Cabezas, Juan Antonio, *Asturias: 14 meses de Guerra Civil,* Madrid, G. del Toro Ed., 1975.
Díaz-Nosty, Bernardo, *La Comuna asturiana.* Revolución de octubre de 1934, Bilbao, Ed. Zero (Col. Promoción del Pueblo, Serie P núm. 73), 1974.
Grossi, Manuel, *La insurrección de Asturias,* Madrid, Ed. Júcar («Crónica General de España»), 1978.
En Servicio de la República, *La revolución de octubre en España. La rebelión del Gobierno de la Generalidad. Octubre 1934,* Madrid, Bolaños y Aguilar Tall. Gráf., s.d.
Ramos Oliveira, Antonio, *La revolución española de octubre. Ensayo político,* s.l., Ed. España, 1935.
Reporteros reunidos, *Octubre rojo (8 días que conmovieron al mundo),* s.l., Manual de Historia Política de España, s.d.
Rubio, Javier, *Asilos y canjes durante la Guerra Civil Española,* Barcelona, Ed. Planeta («Colección Textos»).
Saborit, Andrés, *Asturias y sus hombres,* Toulouse, Imprimerie Dulaurier, 1964.
Salazar Alonso, Rafael, *Bajo el signo de la revolución,* Madrid, Ed. San Martín, 1935.

Sánchez y García-Sauco, Juan Antonio, *La revolución de octubre de 1934,* Madrid, Ed. Nacional, 1974.
Taibo II, Paco Ignacio, *Historia General de Asturias,* Gijón, Ed. Silverio Cañada, 1978.
Vidarte, Juan Simeón, *El bienio negro y la insurrección de Asturias. Testimonio del que fue vicesecretario y secretario del PSOE,* Barcelona, Ed. Grijalbo («Col. Dimensión Hispánica núm. 22»), 1978.

II. Obras de carácter general

Araquistain, L.; de los Ríos, F.; Maurín, J.; Ramos Oliveira, A.; Llopis, R., *La revolución española de octubre. Documentos sensacionales inéditos,* Santiago, Ed. Occidente, 1935.
Arconada, César, *La guerra en Asturias (Crónicas y romances),* Madrid, Ed. Ayuso («Col. Biblioteca silenciada»), 1979.
Bergés, Consuelo, *Explicación de octubre. Historia comprimida de 4 años de República,* Madrid, Imp. Garcigoy, 1935.
Camín, Alfonso, *El valle negro. Asturias 1934,* México («Col. Los libros de la guerra»), 1938.
Casariego, J. E., *Exposición sobre Historia del Periodismo asturiano,* s.l., Obra Social y Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias, 1971.
Fernández Avello, Manuel, *Historia del Periodismo asturiano,* Oviedo, Ed. Ayalga, 1976.
García Miranda, Juan Carlos, *Asturias 1936-1937. Prensa republicana de guerra,* Oviedo, Biblioteca Popular Asturiana, 1982.
Guerra Civil en Asturias. Periódicos de los dos bandos, Oviedo, Ayalga Ed., 1980.
López de Zuazo Algar, Antonio, *Catálogo de periodistas españoles del S. XX,* Madrid, Fa. CC. Información, Univ. Complutense, 1981.
Del Rosal, Amaro, *1934. El movimiento revolucionario de octubre,* Madrid, Ed. Akal («Col. España sin espejo»), 1983.
Ruiz, David, *Asturias contemporánea (1808-1936),* Madrid, Ed. Siglo XXI, 1975.

III. Conferencia

Altabella Hernández, José, *Javier Bueno y Bueno.*

IV. Periódicos

Avance.
Claridad.
Crisol.
La Libertad.
Luz.
La Voz.

LOS DOS «ABC» —DE MADRID Y DE SEVILLA— EN LA PRIMERA FASE DE LA GUERRA CIVIL

María Dolores SAIZ

1. Un periodismo de excepción en una situación política excepcional

La publicación del periódico *ABC* en las dos zonas en las que queda dividida España durante la guerra civil representa una situación única en la historia de nuestro periodismo: dos versiones de los hechos radicalmente inconciliables desde perspectivas ideológicas antagónicas. Bajo una misma cabecera y con idéntico soporte tipográfico, los nuevos redactores del matutino madrileño y los habituales del periódico sevillano intentan defender desde una y otra zona la doble realidad que presenta la nueva situación española, tras el levantamiento del 18 de julio de 1936. La guerra en las trincheras apasionada hasta el heroismo, desarrolla combates no menos apasionados en las páginas de los periódicos. La sorpresa del miliciano que en el frente de Guadarrama observa el ¡Viva la República! de la primera página de ABC del 25 de julio y su inmediato comentario de incredulidad: «¿*ABC* republicano? ¿No será una broma?» parecen reflejar el desconcierto general (1).

A la altura de julio de 1936, *ABC* en su doble edición de Madrid y Sevilla había vivido ya una larga etapa de madurez, sometido a los complejos vaivenes de la Historia política española: crisis de 1909, de 1917, Dictadura de Primo de Rivera, ocaso y fin de la Monarquía y proclamación de la República. Seis largos años habían transcurrido desde el 14 de abril de 1931, en los que el veterano rotativo había tenido que soportar muchas situaciones conflictivas en las que las suspensiones, multas y sanciones fueron graves y constantes. Frente al éxito del pasado un difícil y peligroso presente.

ABC había aparecido en la escena periodística española con un inconfundible aire innovador: un proyecto moderno para una España que intentaba saltar a la modernidad. Luca de Tena había incorporado un nuevo concepto periodístico en clara ruptura con los viejos planteamientos de la prensa del XIX. Las grandes innovaciones tecnológicas y la aproximación del lec-

(1) «La sorpresa de un soldado ante *ABC* republicano», *ABC*, Madrid, 26-7-1936.

tor a la noticia a partir de la fotografía constituyeron, sin duda, las claves decisivas de su éxito. En la historia del periodismo español, y desde esta perspectiva de modernidad se puede hablar de antes y después de la fundación del nuevo periódico. Aunque *ABC* había declarado su intención de no adscribirse a ningún partido político: «... no seguirá bandera alguna para no mermar su independencia» —decía en su declaración de intenciones del número primero—, de hecho aparece siempre como un periódico próximo a posiciones liberalconservadoras y como un decidido defensor de la institución monárquica (2).

En 1936, *ABC* publicaba una doble edición: Madrid-Sevilla; había alcanzado una amplia tirada, un importante número de lectores y una bien consolidada posición en el ámbito periodístico tras muchos años de experiencia. Considerado como una de las primeras publicaciones del país representaba a un sector de la sociedad ligado a la derecha socológica, integrada por grupos de presión económica, simpatizantes, en líneas generales, de los partidos políticos próximos al alfonsismo.

El 18 de julio de 1936 representa en la historia de nuestro país una verdadera solución de continuidad. También en la historia del periódico de los Luca de Tena. La imagen de la vieja y conocida cabecera del periódico monárquico rechando/defendiendo la insurrección desde Madrid o Sevilla, tuvo que despertar un verdadero sentimiento de incredulidad y de asombro entre sus lectores. La crueldad de los acontecimientos futuros se encargaría de hacer olvidar a los españoles aquellos momentos iniciales de sorpresa (3).

2. Incautación en Madrid. Continuidad en Sevilla

El número 10.344 era un extraordinario de *ABC* correspondiente al 19 de julio de 1936; incluía ya en su primera página la noticia del nombramiento de un nuevo Gobierno presidido por Martínez Barrio del que quedaba excluído Casares Quiroga. Era el último intento —desde el sector republicano— de evitar el fantasma de la guerra, a partir de un Gobierno de conciliación. Un aire enrarecido, inhabitual en el periódico, hacía presagiar tiempos difíciles aunque aún resultaba imposible imaginar la extrema gravedad de los acontecimientos. Las «Notas oficiales» radiadas por el Gobierno de la República acerca del movimiento militar hablaban de la frustración del «nuevo intento criminal» al mismo tiempo que reclamaban la tranquilidad ciudadana: «El Gobierno declara que el movimiento está circunscrito a determinadas ciudades de la zona de Protectorado —leemos en la

(2) El periódico *ABC* ha sido objeto de numerosos trabajos, entre los más importantes: F. Iglesias: *Historia de una Empresa Periodística. Prensa Española, Editora de «ABC» y «Blanco y Negro» (1891-1978),* editorial Prensa Española, Madrid, 1980. Existe una edición facsímil de una selección de portadas, fotografías, reportajes, etc. realizada por J. Tusell: *ABC 1936-1939. Doble diario de la Guerra Civil,* Editorial Prensa Española, Madrid, 1978 (fascículos). T. Luca de Tena: *La Prensa ante las masas,* Ateneo, Madrid, 1952. Juan Ignacio Luca de Tena: *Mis amigos muertos,* Planeta, Barcelona, 1971. *Medio siglo en la colección de «ABC»* (Florilegio de grandes episodios y pequeñas anécdotas) (1905-1955), dir. Pedro Rocamora Valls, Edit. Prensa Española, Madrid, 1955. *Setenta años a través de «ABC»,* edit. Prensa Española, Madrid, 1976.

(3) Cfr.: «El paréntesis de la Guerra Civil», F. Iglesias: *Historia de una Empresa,* pp. 319-349.

primera nota—, y que nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a tan absurdo intento. Por el contrario —añadía—, los españoles han reaccionado unánimamente y con la más profunda indignación contra esta tentativa frustrada en su nacimiento» (4). Las «Manifestaciones de duelo y protesta» por el asesinato de Calvo Sotelo, intentaban confirmar una normalidad ya inexistente, rota por el aviso, subrayado, en recuadro y en primera, del establecimiento de la censura.

La incautación de las instalaciones de la calle de Serrano se produjo el mismo día 20. La sublevación había producido una situación de desconcierto en las redacciones de algunos periódicos madrileños: *Ya, El Debate, La Epoca, El Siglo Futuro,* y, también en *ABC*. El día 18 «... en la casa que había levantado el fundador de Prensa Española se palpaba el mismo ambiente cansadísimo. En máquinas, en encuadernación, en otras dependencias de la casa, las opiniones y los hombres acusaban la misma escisión que en la calle. Había gente moderada, centrista, extremista. Pero *ABC* salía todos los días, como siempre. Aquel 18 de julio, como siempre también se cerró el número a su hora y empezó a funcionar la rotativa. Pocas horas después, domingo 19, los vendedores ofrecían *ABC* en las calles madrileñas. Nadie imaginaba que sería el último ejemplar editado por Prensa Española durante la II República» (5). Tras los primeros momentos de desconcierto provocados por la incautación —iniciación de los nuevos ocupantes en el manejo de rotativas, cajas, linotipia, huecograbado, fotograbado, encuadernación, redacción y administración—, se produjo la lenta vuelta a la normalidad y el nombramiento de Augusto Vivero como director y de Virgilio de Pascua para la Subdirección. El cuadro de Redacción quedaba formado ahora por Serafín Adame, Antonio Agraz, Benito Artigas Arpón, Antonio Barbero, Leandro Blanco, Maximiano Clavo, Rafael Ortega Lisón, Augusto Vivero, Juan M. Barea, José Mesías y Antonio Pérez Olmedo. Un marcado radicalismo inspira las páginas de *ABC* en esta nueva etapa y no sólo en los temas políticos; también en las cuestiones religiosas se observa un violento tono anticlerical.

El cambio en la Dirección de *ABC*, con el nombramiento de Elfidio Alonso el 13 de agosto y de Mariano Espinosa como redactor-jefe, imprime un tono de moderación al periódico que contrasta con el de la etapa precedente: «La CNT quería hacerse con él —explicaba Elfidio Alonso muchos años después—, pero fue finalmente la caución de Martínez Barrio la que lo dejó en nuestras manos, y el comité nacional del partido me puso en la dirección de *ABC* para contrarrestar la anarquía y la subversión que se respiraba en los demás» (6).

El 25 aparecía el nuevo *ABC* de Madrid. La ruptura de España en dos zonas enfrentadas era ya en esas fechas una trágica realidad. La sublevación se había extendido y en el país se iniciaba una guerra de consecuencias

(4) «Notas oficiales radiadas por el Gobierno de la República acerca del movimiento militar», *ABC*, Madrid, 19-7-36.

(5) *Blanco y Negro,* reportaje conmemorativo del 18 de Julio, elaborado por J. Vega Pico, Federico Villagrán y José B. Sierra.

(6) «España, hoy, carece de políticos», entrevista realizada a Elfidio Alonso por Pedro González, *La Gaceta Ilustrada,* 3-0-1976.

todavía imprevisibles. El 21 de julio —como ha escrito Salas Larrazábal— la fase del golpe de Estado había terminado y empezaba una de las contiendas más duras y sangrientas de nuestro tiempo (7).

Bajo su cabecera tradicional, el *ABC* de Madrid del día 25 incluía en entrefilete negro el grito de ¡Viva la República! Nada más. El silencio de esta primera página debió sobresaltar el espíritu de muchos madrileños, un sobresalto que, en muchos casos, ocultaba graves presentimientos. El periódico salía con su precio habitual de 15 céntimos, reducía su volumen y se subtitulaba, como siempre «Diario ilustrado», desde el 16 de noviembre: «Diario Republicano de Izquierdas» rompiendo su línea editorial de forma abrupta e inesperada: «Entra hoy el periódico en una nueva vida —escribía su director—. Frente a sí tiene un porvenir de vida republicana, franca y leal, de honda y sincera compenetración con el pueblo y con la ley que el pueblo se ha dado, en su limpia y ejemplar soberanía» (8).

El primer *ABC* republicano era casi un periódico de guerra que conseguía conciliar información y propaganda: noticias de los sublevados y de algunos acontecimientos militares, con varios comentarios sobre la organización de la vida en la retaguardia —un nuevo hospital municipal de cirugía, cocinas para preparar la comida de los soldados, un centro de distribución de raciones a las familias de milicianos—, y algunas páginas deportivas en las que alternaban ciclismo, atletismo, tenis y boxeo. Pero, sobre todo, el periódico se ocupaba de estimular el entusiasmo de los republicanos planteando una defensa cerrada de las instituciones legalmente constituidas. El *ABC* republicano continúa publicándo hasta el 28 de marzo de 1939, cuando se produce la caída de Madrid. La nueva portada reproducía ahora un retrato de Franco pintado por Vázquez Díaz.

El *ABC* de Sevilla había iniciado su publicación el 12 de octubre de 1929 con la misma cabecera, las mismas páginas de huecograbado y algunas noticias, comentarios y artículos de especial interés local y regional; Juan Carretero y Luca de Tena dirigí un equipo de Redacción integrado por algunos de los más importantes periodistas del momento: Juan María Vázquez García, Antonio Olmedo, Manuel Sánchez del Arco, Francisco Quesada, José López Prudencio, Félix Correia, Mariano Daranas, «Juan del Castillo», César González Ruano, Luis Escobar, Tomás Pellicer, Federico García Sanchíz, Francisco de Cossío, E. Giménez Caballero, Angel María Castell, José Pemartín, Julio Camba, Víctor de la Serna, E. Marquina, E. Aunós, Manuel Halcón, Concha Espina, Azorín, etc. (9).

La sublevación militar contra el Gobierno republicano triunfó en Sevilla desde el primer momento, a pesar de la resistencia de algunos barrios periféricos a los que el día 20 los rebeldes conminaban a la rendición: «Dentro de un cuarto de hora —leemos en el *ABC* de ese día— (...) deberán todos los vecinos de Triana abrir sus puertas, a fin de que pueda hacerse el rápido servicio de captura de los pocos que aún disparan desde las azoteas

(7) R. Salas Larrazábal: *Historia del Ejército popular de la República,* Madrid, 1973.
(8) «ABC republicano», *ABC*, Madrid, 25-7-36.
(9) Cfr. F. Iglesias: *Historia de una Empresa...* pág. 344.

para producir la alarma» (10). Durante los tres años que siguieron al alzamiento, *ABC* continuó su publicación sometido a las restricciones de cualquier periódico en tiempo de guerra, soportando —igual que su homónimo de Madrid aunque en momentos diferentes—, problemas tan graves como el de la escasez de papel y de materias primas y la dificultad de acceder directamente a las noticias. Las emisoras de radio nacionales y extranjeras fueron en muchas ocasiones, fuente importante de noticias. Opinión, información y sobre todo propaganda, son también para el *ABC* de Sevilla, los grandes objetivos periodísticos. El 20 de julio del 36 aparece el Suplemento extraordinario como edición de Madrid-Sevilla. «Diario ilustrado». Un ejemplar breve, con publicidad y sin páginas de huecograbado, cuya lectura confirma ya desde su portada la gravedad del momento. El ¡Viva España! de su primera página recordaba a los sevillanos que la guerra era ya una realidad inexorable. La guerra había estallado y el general Queipo de Llano se hacía responsable de la nueva situación: bandos, comunicados, proclamas y sobre todo órdenes transmitidas por radio... La guerra, presentida aunque lejana e irreal en el inmediato pasado, era ya una acuciante realidad en el presente. Un tono de exaltación y triunfalismo inspiraba el mensaje del gobernador de Sevilla en el que se declaraba el estado de guerra: España se levantaba contra «el Gobierno agonizante» que «con un cinismo sólo comparable a su miedo incontenido, anuncia por radio la sumisión de todas las fuerzas que han asumido el honroso empeño de salvar a la Patria» (11). El levantamiento se producía, de acuerdo con el contenido del bando, para salvar a la Patria y en nombre de la República: ¡Españoles! España está salvada. ¡Arriba los corazones! ¡Viva España! ¡Viva la República!, eran sus palabras finales. El *ABC* de Sevilla parecía tener su éxito asegurado y planteaba un proyecto propagandístico que iba a triunfar muy pronto en toda la zona sublevada; por el contrario *ABC* de Madrid debía consolidar su nueva línea editorial, conseguir credibilidad y actuar como un medio capaz de aglutinar los mensajes de toda la prensa republicana. «El público ha correspondido con creces al esfuerzo realizado por el personal de redacción y talleres de la nueva y republicanísima etapa de *ABC* —leemos en uno de sus primeros números—. Los ejemplares fueron materialmente arrebatados de las manos de los vendedores.»

3. El problema de la legitimidad de la sublevación en los dos *ABC*. Legalidad versus insurrección

Uno de los temas que más sorprende al lector que aborda el contenido de *ABC* de Madrid y Sevilla es el que se refiere al carácter legítimo de la sublevación. La lectura de los comunicados, proclamas, arengas y artículos de opinión en los primeros días del alzamiento, confirman una conciencia de legitimidad plenamente asumida por los representantes de los dos bandos. Al grito de ¡Viva la República! del *ABC* madrileño, responde el de Sevilla rematando los bandos del gobernador y de Queipo de Llano con idéntico grito. En Madrid, la resistencia se justifica en aras de la legalidad re-

(10) «Una advertencia a los vecinos de Triana», *ABC*, Madrid-Sevilla, 20-7-36.
(11) «Contra una patraña», *ABC*, Madrid-Sevilla, 20-7-36.

publicana y desde su estrategia también los sublevados parecen plantear los mismos objetivos. El concepto de legitimidad aparece como un término que intenta justificar al mismo tiempo sublevación y resistencia en un juego dialéctico de imposible conciliación. Como movimiento subversivo califica Prieto a la rebelión: «... la más honda, la más profunda y más cruenta, más trastornadora de cuantas pudo registrar hasta hoy la historia de España» (12). Desde la conciencia de la gravedad que suponía la ruptura del orden legalmente constituido, los políticos republicanos elaboran su discurso insistiendo en las funestas consecuencias de la guerra: la ruptura del orden democrático, el desprecio por todas las conquistas políticas y sociales afanosamente conseguidas y el quebranto de un régimen masivamente apoyado por los españoles (13). A propósito del tema de la legitimidad, Prieto aludía a la importancia decisiva que había tenido en el fracaso de la insurrección la fidelidad de la Armada: «... la adscripción a la legalidad republicana vigente por parte de la Armada española regida en su mayor parte por los hijos del pueblo, que ostentan los puestos de mando en los puentes de cada uno de los barcos...» (14). La sublevación implicaba también un atentado al Derecho internacional «provocando la subversión en territorios que no son de plena soberanía nacional», como Marruecos y zonas próximas a Tánger y Gibraltar. Hasta la exasperación insistían los líderes republicanos en una realidad que para ellos era incuestionable: «... el pueblo español está con la República, el pueblo está con el Gobierno» repetían calificando a los sublevados como simpatizantes de fascismos imposibles, como enemigos del régimen democrático que España, en uso de su derecho, se dio: «... este régimen que a unos y a otros ha testimoniado que la ley permite el prevalecimiento de la opinión que conquista la mayoría, los vencidos de ahora, en vez de esperar nuevamente el resultado de las urnas dentro de la ley, han cometido el crimen de apelar, fuera de la ley, a las armas» (15). De ilegalidad habla también Marcelino Domingo, y del honor perdido de unos hombres y un Ejército concebido como un instrumento al servicio de su pueblo contra el que, por el contrario, se habían sublevado «con las armas que les entregó la nación para que la defendieran de los que quisieran atacarla o salirse de la ley». La ruptura de la legalidad por los sublevados no ofrecía ninguna sombra de duda para los defensores del régimen republicano; los rebeldes habían confiado a las armas el derecho de defender por la fuerza su futuro, rompiendo un derecho «... que sólo es legítimo cuando amparándose en la ley lo otorgan las urnas». Los responsables de la sublevación perdían así su oportunidad de luchar dentro de la legalidad, olvidando, como señalaba Marcelino Domingo, que la ley democrática permitía una nueva posibilidad de actuación honesta dentro de la República (16). Para el líder del Partido Radical Socialista, ministro de Agricultura, Industria y Comercio de Instrucción Pública con Azaña, la legalidad era precisamente el principal argumento del triunfo: «Cuando un doble sentimiento de legalidad y de libertad inflama el alma de los hombres —comentaba—, donde estos hombres están, está un pueblo vivo e invencible.» El desconcierto de los primeros momentos, la mala información y algunos éxitos aislados hacían pensar a los viejos líderes en el fin inmediato de la terrible pesadilla: «Ya alborea la hora del triunfo de la legalidad republicana. Contribuyamos a anticiparla con nuestra serenidad y nuestra disciplina —decía Martínez Barrio—. Luego, a rehacer España, a salvarla por la República democrática en un ambiente de paz, al amparo de una Constitución y de sus instituciones legítimas, y otra vez en el transcurso de unos años, se habrá demostrado que, cuando los pueblos hablan todos los demás poderes enmudecen...» (17).

Para muchos intelectuales, periodistas y escritores, la sublevación iniciada el 18 de julio enlazaba con todos los pronunciamientos que a lo largo de la Historia habían inspirado la reacción contra las fuerzas del progreso: «... lo de ahora no es lance desgarzado de la tradición —escribía A. Vivero—. Es que prosigue la lucha iniciada contra el liberalismo al votarse la ley constitutiva de 1812. Los «negros, serviles, apostólicos» de antaño, llámanse ahora fascistas» (18). A los «poderes legítimamente conquistados en la cruzada incruenta del 14 de abril» se referia Barriobero, miembro del Partido Republicano Federal y también la *Pasionaria,* en un célebre discurso que reclamaba la lucha hasta la muerte, por la República, la democracia, y las libertades conseguidas (19).

Los sublevados, por su parte, se consideraban como un «ejército libertador» cuya misión consistía en salvar a la patria. A palabras como traición, engaño, perfidia y deserción contraponían «Cruzada general», «movimientos salvador de España», «alzamiento español», «España nueva», «Estado nuevo», «auténtica tradición de libertades», etc., habituales en los discursos de los responsables del alzamiento. Franco, en su primera alocución dirigida a los españoles desde Canarias, aludía al «santo amor a España», al «juramento de fidelidad a la Patria», e insistía en el grave peligro por el que ésta atravesaba: «La situación de España es cada día más crítica —afirmaba—, la anarquía reina en la mayoría de los campos y pueblos...» (20). La legitimidad consistía, de acuerdo con el cuadro sombrío trazado por el general, y con los proyectos de los sublevados, precisamente en restablecer la pretendida y caduca legalidad republicana, reflejada en una interminable serie de huelgas, asesinatos, vandalismo, corrupción y desprecio por las Fuerzas Armadas: Ejército, Marina, Guardia Civil... Para los responsables del alzamiento no existía, de hecho, un orden constitucional, por

(12) «¡Viva la República! Emocionado y patriótico discurso del exministro D. Indalecio Prieto ante el micrófono de Gobernación». *ABC*, Madrid, 25-7-36.
(13) «¡Viva la República!, *ABC*, Madrid, 25-7-36.
(14) «¡Viva la República!, *ABC*, Madrid, 25-7-36.
(15) «Las figuras de la República. Don Marcelino Domingo, en una magnífica alocución, se dirige a los ciudadanos españoles», *ABC*, Madrid, 26-7-36.
(16) «Las figuras...», *ABC*, Madrid, 26-7-36.

(17) «En Valencia. Dos grandes discursos. Discurso de D. Diego Martínez Barrio», *ABC*, Madrid, 28-7-36.
(18) A. Vivero: «Batalla tradicional y castiza», *ABC*, Madrid, 30-7-36.
(19) «Eduardo Barriobero habla por radio a los ciudadanos españoles», *ABC*, Madrid, 31-7-36. «Un nuevo y vibrante discurso de Dolores Ibarruri, la Pasionaria», *ABC*, Madrid, 30-7-36.
(20) «La patriótica alocución del general Franco al iniciar el movimiento», *ABC*, Madrid-Sevilla, 23-7-36 (redactada en Tetuán el 21 de julio de 1936).

lo que se hacía inevitable establecerlo: «La Constitución, por todos suspendida y vulnerada, sufre un eclipse total: ni igualdad ante la ley; ni libertad, aherrojada por la tiranía; ni fraternidad, cuando el odio y el crimen han sustituido al mutuo respeto» (21). La revolución —Asturias, Cataluña—, había sido «glorificada», manipulada y explotada por «los agentes soviéticos», cuando en realidad «una y otra [habían sido] quebrantadoras de la Constitución, que en nombre del pueblo era el código fundamental de nuestras instituciones» (22). El peligro real en el que vivía la patria debía estimular en opinión de los rebeldes el coraje de los verdaderos españoles. La llamada del general Franco reflejaba los deseos de un sector del país que consideraba necesaria la rebelión para restablecer una inexistente legalidad y unas instituciones que en el pasado habían proporcionado al país días de gloria: «Nuestro impulso no se determina por la defensa de unos intereses bastardos —señalaba Franco—, ni por el deseo de retroceder en el camino de la Historia, porque las instituciones, sean cuales fuesen, deben garantizar un mínimo de convivencia entre los ciudadanos...» (23). Queipo de Llano hablaba de movimiento netamente republicano y de lealtad absoluta y decidida al régimen «que un movimiento de opinión legalmente expresado en unas elecciones generales que fueron sinceras dio al país en el año 31», mientras insistía en el reparto de competencias entre las instituciones políticas y las militares: «El Ejército, como institución, huye de la política. Los generales que hemos asumido la responsabilidad de este movimiento no hacemos política. Defendemos sencillamente a la Patria, a lo esencial...» (24). La sublevación se justifica en el discurso de sus líderes como el único medio de rechazar el intervencionismo de Rusia en nuestro país, Rusia como punto de referencia obligado que iba a provocar la protesta airada de muchos comunistas. «¡Españoles!: Seguid con entusiasmo; todos tenéis el deber de cooperar en la lucha definitiva entre Rusia y España. Yo os afirmo —clamaba Franco—, que España está venciendo y vencerá. No se trata de un movimiento militar o de clase, se trata de la vida de España...» (25). En las proclamas de los sublevados era frecuente encontrar alusiones a la Guardia Civil como una institución escasamente valorada por los republicanos: «¡Abnegado guardia civil! ¡Veteranos soldados que voluntariamente abrazásteis las enseñanzas del duque de Ahumada! ¡Cuánto habéis debido de sufrir...! Como defensores de la República, pero de aquella que los ciudadanos se dieron en paz y alborozo, la que ofrecía paz y amor entre los españoles...» (26). Para Franco aquella República había desaparecido; su recuperación justificaba y glorificaba el alzamiento militar. Desde el bando rebelde se defendía el carácter legítimo de la sublevación y la guerra con un entusiasmo que se refleja en muchos de los comunicados del general Franco: «Es tan grande la justicia de nuestra causa, tan elevados y generosos los sentimientos patrióticos que a ello nos mueve y tan íntima, cordial y apretada la unión de nuestros corazones de generales, jefes y oficiales, suboficiales, clases y soldados, y tanto nuestro amor al pueblo español —señalaba—, que no hay fuerza humana que pudiera vencernos» (27).

Desde el sector republicano la valoración del alzamiento era bien distinta: «¿Cuál es su loca aspiración? —se pregunta Marcelino Domingo refiriéndose a los rebeldes— ¿La defensa de la ley? No se puede ser la defensa de la ley cuando se actúa desacatándola, rasgándola y alzándose en armas contra ella. ¿Ser la seguridad del orden? No se puede invocar el orden cuando se desencadena el mayor desorden que se ha conocido en la Historia. ¿Ser una promesa de paz?» (28).

El 25 de julio se anunciaba por los micrófonos de Radio Club: «... el general Franco, por conducto del general Queipo de Llano, ha proclamado en España el régimen de dictadura militar, siendo presidente el mismo general Franco» (29).

4. El carácter épico de la guerra

El carácter épico de la guerra es uno de los temas que destaca la prensa desde el momento mismo de su iniciación. Como una doble gesta en la que se destruye el valor de las palabras y en la que nombres y adjetivos cambian intencionadamente su sentido habitual: héroe/traidor, leal/faccioso, patriota/rebelde, grandeza/miseria, valor/cobardía son algunos conceptos aplicados alternativamente por ambos bandos desde una valoración radicalmente diferente. En principio, la guerra producida tras el alzamiento es para los representantes de ambos bandos como una segunda versión de la de la Independencia; una guerra, dicen los republicanos «más triste, más amarga que la de 1808, porque allí se iba contra extranjeros, y hoy por una traición odiosa el pueblo ha de enfrentarse con hombres nacidos en España, pero que renuncian a todo nexo con la noble ideología patria, ganosos de convertirnos en una colonia del más repugnante fascismo negro». De traidores califican a Goded, Fanjul y Mola, «colaboradores inmediatos del Sr. Gil Robles cuando la CEDA llegó al Gobierno en octubre para provocar la revolución", y lo mismo a Franco y Queipo de Llano (30). La organización inmediata de la resistencia inicia, en opinión del autor de este editorial de

(21) «La patriótica alocución...», *ABC*, Madrid-Sevilla, 23-7-36.
(22) «La patriótica alocución...» *ABC*, Madrid-Sevilla, 23-7-36.
(23) «La patriótica...» *ABC*, Madrid-Sevilla, 23-7-36.
(24) «Por la salvación de la Patria. Guerra a muerte entre la Rusia roja y la España sagrada. El pensamiento y el propósito del general Queipo de Llano (entrevista de un redactor de *ABC*)» *ABC*, Madrid-Sevilla, 22-7-36.
(25) «Nota oficial del general Franco. Se declara asegurado el triunfo de los patriotas», *ABC*, Madrid-Sevilla, 23-7-36.
La *Pasionaria* en un discurso pronunciado por radio, publicado en el *ABC* de Madrid el 30 de julio de 1936 aludía con rabia a esta estrategia que, en su opinión, carecía de base real: «Dejen, pues, los generales y jefes traidores de manejar el fantasma del comunismo como un medio de aislar al pueblo español en su lucha magnífica contra los que quieren hacer de él un país trágico, apegado al pasado, donde las castas militares, los curas y los caciques sean los dueños absolutos de vidas y haciendas. Nosotros, comunistas —añadía— defendemos un régimen de libertad y de democracia.»
(26) «El general Franco del Ejército de Africa, a la Guardia Civil española», *ABC*, Madrid-Sevilla, 23-7-36.
(27) «Interesante proclama del general Franco», *ABC*, Madrid-Sevilla, 23-7-36.
(28) «Las figuras de la república. Don Marcelino Domingo, en una magnífica alocución se dirige a los ciudadanos españoles», *ABC*, Madrid, 26-7-36.
(29) «El resumen crítico de la situación de España», *ABC*, Madrid-Sevilla, 25-7-36.
(30) «Segunda Guerra de la Independencia», *ABC*. Madrid, 25-7-36.

ABC la gran gesta del pueblo español: «hoy se prueba, una vez más, el aserto de Ganivet: la gran obra de España es la obra del pueblo. Y es el pueblo quien hoy en forma quizá única en los anales de la Historia, reduce a la impotencia el poderío de un ejército (...). Grande es todo lo hecho por nuestro pueblo desde el 14 de abril; pero la epopeya de hoy es tan grande, que ni siquiera puede borrar su epicismo la gesta de la otra lucha por la independencia» (31). La exaltación del valor en las trincheras —Guadarrama, Navacerrada, Somosierra—, ejemplo del carácter heroico de los soldados, se aplica también a la actuación de la población civil desde la retaguardia. De «horas críticas y magníficas» habla Jacinto Grau y de «pueblo pujante, heroico, esencialmente noble». El ejemplo de Asturias está presente en el recuerdo: «Cuánta era su amplia capacidad de heroismo, de nobleza ingénita y de abnegado valor...» (32). Al heroico pueblo de Madrid se dirige Indalecio Prieto, admirando «... el grado de heroismo, de bravura, de fortalecimiento ciudadano, de virilidad, en suma, de que ha dado ejemplo en estas jornadas que habrán de quedar incorporadas, escritas con letras de sangre, a la historia de nuestra Patria.» (33) El entusiasmo que suscitan las milicias populares sólo puede explicarse «desde este sentimiento épico de la vida que justifica la lucha hasta la muerte en defensa de un ideal». España era «un pueblo indomable», «pueblo con el alma en carne viva», «suelo de una epopeya en la que se va a la muerte cantando y en la que todos los valores morales de una raza dormida, resucitan con vigor...» (34). Los periodistas que visitan el frente se admiran ante el valor de milicianos y soldados: «Es tan grande la epopeya, de tal intensidad el momento —escriben—, que los millares de anécdotas pintorescas se funden en estas nuevas páginas de la historia de España» (35).

La reconquista de ciudades consideradas de especial valor estratégico: Hellín, Almansa, Villarrobledo, Chinchilla, Albacete, etc., fue calificado como «... una de las realizaciones más fecundas de la epopeya que está viviendo el pueblo español». Lo mismo ocurre cuando se describen operaciones en zonas próximas a la capital, decisivas para la marcha de la guerra (36). De la exaltación del heroísmo colectivo se pasaba a la del sacrificio individual: el guardia civil obligado a penetrar en el Alcázar y el soldado que escapa del cuartel de Pelayo en Zaragoza y llega exhausto hasta Lérida, huyendo de una guerra cuyas razones no comprende...

Desde Sevilla, y ya en los primeros días de la sublevación, la llamada a los ciudadanos para participar en la guerra planteada como una gesta heroica, constituye también un argumento reiterado en los bandos de los autoridades civiles y en los comunicados de los jefes militares; la frase que cerraba el del gobernador de Sevilla: «¡Españoles! volvamos a serlo con

(31) «Segunda guerra...», *ABC*, Madrid, 25-7-36.
(32) «Horas críticas y magníficas», Jacinto Grau, *ABC*, Madrid, 26-7-36.
(33) «Emocionado y patriótico discurso...», *ABC*, Madrid, 25-7-36.
(34) «España es un pueblo indomable por la fuerza» del discurso de M. Domigo, *ABC*, Madrid, 26-7-36.
(35) «Madrid, ejemplo siempre. Todo un pueblo». *ABC*, Madrid, 26-7-36.
(36) «En el frente de la sierra de Guadarrama. Un nuevo día de gloria para las fuerzas que defienden la República», *ABC*, Madrid, 26-7-36.

toda dignidad», reclamaba la vuelta a un concepto tradicional de España que exigía el comportamiento heroico de los verdaderos patriotas (37). La lucha a muerte para salvar a la «España sagrada» frente a la «España roja», se planteaba como un verdadero grito de guerra (38). De «cruzada general» o «cruzada de defensa de España» habla Franco en su proclama como jefe del ejército de Marruecos, de «movimiento salvador», y «de movimiento varonil» al que todos los españoles deberán «patrióticamente» incorporarse, reiterando al mismo tiempo que España, «la gloriosa España de todos los tiempos no había de ser una colonia soviética» (39). Al patriota se contrapone el traidor, al héroe, el cobarde. Una conciencia de honradez y un profundo sentido mesiánico inspira muchas de las arengas y proclamas de los jefes sublevados. Cuando se suma al alzamiento el general en jefe del Ejército de Granada, exalta el carácter heroico de los «honrosos caballeros de Sevilla, que constantemente repiten que nunca se rendirán sin haber salvado a España», lo mismo hacen el comandante militar de Almería, la Guardia Civil de León, de Zaragoza «la inmortal», Burgos, Pamplona, Valladolid, Alava, etc. El carácter épico de la guerra se justifica desde el bando franquista, a partir de una valoración de la lucha como empresa salvadora. «No se trata simplemente de un movimiento militar —decía Franco en una de sus notas—. Se trata de algo más: de la vida de España a la que hay que salvar inmediatamente: enseguida» (40). Los sublevados son también, en el pensamiento de sus líderes, héroes al estilo de los del 2 de mayo: «Zaragoza —en opinión de Franco—, tiene los mismos defensores que en nuestra guerra de la Independencia...». Desde la prensa y la radio se incita al entusiasmo ciudadano para culminar la gran gesta: «Fe en todo, no desmayar lo más mínimo, el triunfo total está muy próximo. No vacilar; energía y adelante...»(41). El llamamiento se dirige al ejército salvador, a la honrada Guardia Civil, a los esforzados defensores de la patria, «héroes del estado llano», «pueblo sano» capaz de conseguir un «nuevo amancer», una España rediviva. El héroe es también para los sublevados, el soldado, «representante del pueblo, o más bien, el pueblo mismo, su brazo armado»: «... el fuego a pecho descubierto que se sostuvo en las primeras horas contra los rojos perfectamente parapetados y que ya habían armado a las milicias marxistas —leemos en *ABC* de Sevilla—, fue sostenido en las encrucijadas por los soldaditos que, sin más armas que el corazón, dieron la victoria a Queipo...» (42). Soldados de Infantería, Intendencia, Ingenieros, Artillería

(37) «¡Viva España! El general Queipo de Llano se encarga de la jefatura de la División y declara el estado de guerra...», *ABC*, Madrid-Sevilla, 20-7-36.
(38) «Por la salvación de la Patria. Guerra a muerte entre la Rusia roja y la España sagrada», *ABC*, Madrid-Sevilla, 22-7-36.
(39) «Proclama del jefe del Ejército de Marruecos, general Franco, leída ayer por la radio», *ABC*, Madrid-Sevilla, 22-7-36.
(40) «Una nota del general Franco», *ABC*, Madrid-Sevilla, 22-7-36.
(41) «Nota oficial del general Franco. Se declara asegurado el triunfo de los patriotas», *ABC*, Madrid-Sevilla, 23-7-36. El artículo de M. Sánchez del Arco «En el campo de Sevilla. El horror rojo de Arahal», *ABC*, Madrid-Sevilla, 25-7-36, describe la dureza de la represión llevada a cabo por comunistas y socialistas. Los sucesos conmocionaron profundamente a la opinión pública.
(42) «El soldado vencedor», *ABC*, Madrid-Sevilla, 24-7-36. El diputado tradicionalista por Burgos, José María Valiente, en una alocución pronunciada por radio Castilla

y Caballería... La lucha contra la anti España, y contra la canalla internacional —masones, marxistas y judíos—, y la «prensa miserable de izquierdas» constituye el objetivo de los católicos españoles y de las personas de orden de Sevilla y de toda España, en la plegaria que desde *ABC* dirigen los sublevados al apóstol Santiago (43). El movimiento nacional iniciado en España está «inflamado por el patriotismo», aunque templado por la reflexión. El enfrentamiento entre la vieja y nueva España, debe terminar con el triunfo seguro de los sublevados, «héroes eternos para una nueva era de la historia patria...» (44). Además del héroe anónimo, individuo o grupo social, existen arquetipos de valor con nombre y apellido; Mola es uno de ellos. La figura del general se perfila en el verano del 36 como la de un gran estratega al que se aclama, en el que se confía, del que se evocan vida y hazañas y al que se confiere cierto carácter mesiánico en este momento histórico: «Emilio Mola —escribe M. Sánchez del Arco—, no es una improvisación. Se hizo en el servicio durísimo de Africa (...) Ahora con ese su paso lento, pero seguro y firme, prepara la decisiva etapa de la liberación española» (45).

El carácter heroico del alzamiento aparece en el discurso político de los sublevados íntimamente vinculado a valores éticos y religiosos —patria, religión, familia—, valores tradicionales que permiten identificar honestidad y patriotismo justificando el espíritu épico de la contienda en fechas muy tempranas. El concepto de Cruzada fue asumido desde el principio tanto por la Iglesia como por los responsables civiles y militares (46).

5. Propaganda y contrapropaganda

Desde el mismo momento en que se produce la sublevación, en ambas zonas se plantea la necesidad de desarrollar una propaganda rápida, hábil y sobre todo eficaz. Las páginas de *ABC* de Sevilla y de Madrid constituyen una plataforma de extraordinaria importancia en aquel proyecto propagandístico. Y además del periódico, la radio, un medio de vida corta aún pero de enorme eficacia a lo largo de la contienda. La historia de la propaganda y contrapropaganda en la etapa de consolidación de posiciones, en

de Burgos afirmaba: «Pongamos en Dios, pensando en España, el pensamiento y el corazón de españoles. Para esta empresa patriótica, española, generales de España, podéis contar con los requetés de la Tradición. Su disciplina ha sido ya reiteradamente advertida (...). Queremos contribuir con nuestro esfuerzo y con nuestra sangre a levantar de su postración actual a nuestra querida España, que sólo puede volver a ser grande siendo fiel a sus tradiciones. ¡Boinas rojas de Castilla, de Navarra, de Aragón, de Cataluña, de toda España...! ¡A morir con los soldados de España...! ¡El sol de la victoria besará pronto nuestras gloriosas banderas!» *ABC*, Madrid-Sevilla, 27-7-36. En parecidos términos se expresaba el jefe provincial de la Falange de Sevilla, Joaquín Miranda.

(43) «Para el día de Santiago, patrón de España», *ABC*, Madrid-Sevilla, 24-7-36.
(44) «Claridad en las actitudes», *ABC*, Madrid-Sevilla, 25-7-36.
(45) «La figura de Mola», *ABC*, Madrid-Sevilla, 26-7-36.
(46) Cfr. M. Tuñón de Lara: «Cultura y culturas. Ideologías y actitudes mentales», en el colectivo: M. Tuñón de Lara, J. Aróstegui, A. Viñas, G. Cardona, J. M. Bricall: *La Guerra Civil Española 50 años después,* Barcelona, Labor, 1985. Pla y Deniel, obispo de Salamanca, llegó a firmar a propósito de la guerra: «Reviste, sí, la forma externa de una guerra civil, pero en realidad es una Cruzada», cit. por Tuñón de Lara, pág. 288.

julio-agosto de 1936, refleja un enfrentamiento dialéctico constante, en el que están presentes la afirmación y el desmentido, réplica y contrarréplica, desde las verdades a medias hasta los bulos y las más burdas falsedades. Se miente por ambas partes, se hipertrofia el poder y la fuerza propia y se reduce la capacidad combativa del enemigo. El insulto y la descalificación lanzados contra el adversario se transforman en cantos entusiastas para los compañeros de lucha.

En Madrid, en los primeros días de la sublevación la propaganda persigue un único objetivo: reducir la importancia de los hechos, afirmando que se trataba de un intento más de derrocar al gobierno de la República: «Se ha frustrado un nuevo intento criminal contra la República (...) Una parte del Ejército que representa a España en Marruecos se ha levantado en armas, sublevándose contra su propia patria, realizando actos vergonzosos contra el poder nacional» (47). El gobierno restaba importancia a los sucesos del 18 de julio al mismo tiempo que lanzaba contra sus promotores la más dura descalificación proporcionando una información que distorsionaba la propia realidad: «... nadie, absolutamente nadie en la Península se ha sumado a tan absurdo intento», afirmaban; se trataba de un «movimiento circunscrito a determinadas ciudades de la zona del Protectorado» contra el que los españoles habían «reaccionado unánimemente y con la más profunda indignación», según la nota publicada por el Gobierno. El mensaje que transmitía la radio y que reproducía la prensa reclamaba la solidaridad de los ciudadanos, hacía una llamada a la calma y a la sensatez al mismo tiempo que aseguraba que no tardaría mucho tiempo en dar cuenta al país de la normalización de la situación. La formación en la madrugada del 19 de un nuevo gobierno presidido por Martínez Barrio del que se excluía a Casares Quiroga, no debió de contribuir a calmar lo ánimos de los republicanos, ni tampoco el carácter urgente de los decretos promulgados con motivo del alzamiento. Algo iba muy mal —debían pensar los madrileños lectores de *ABC*— en aquel cálido domingo de julio del 36.

Desde el día 25 *ABC* de Madrid era ya un periódico republicano. Entre sus objetivos propagandísticos ocupa un lugar preferente, la defensa de la legalidad republicana frente a la insurrección, y la formación de una conciencia colectiva de resistencia; pero además otros muchos temas serán analizados en sus páginas para llevar al ánimo de los lectores el sentimiento de solidaridad, el valor, el heroismo, la serenidad, al mismo tiempo suscitar el desprecio por la traición de los sublevados y el rechazo por el carácter indiscriminado de la represión: «Todos los españoles, a fuer de hombres civilizados, vibrarán de justa indignación, por la villana cobardía que representa el bombardeo del Preventorio infantil de Guadarrama. Este crimen, que parecerá increíble a la Europa culta, colma el horror que produce el sañudo bombardeo de caseríos inermes desprovistos de todo medio de defensa» (48). El mismo discurso encontramos en otros momentos de la guerra. La propaganda incluye también, desde que se inicia la sublevación,

(47) «Notas oficiales radiadas...», *ABC*, Madrid, 19-7-36.
(48) «Cruel e indigno», *ABC*, Madrid, 26-7-36.

una descalificcación de los responsables del alzamiento, los promotores de la rebelión: Franco, Queipo de Llano, Mola, Cabanellas, Fanjul, Goded...

Fascismo y clericalismo son temas repetidos en la propaganda de la España republicana; conceptos que habían inspirado «la traición más odiosa» a la que había que oponer «un fervoroso desbordamiento de ideal»; porque el fascismo —decía Marcelino Domingo—, no podía triunfar «allí donde el poder asistido de fuerzas leales, ha sido insobornable», y donde «la opinión se halla en exaltación heroica».

Los discursos radiofónicos reproducidos generalmente en los periódicos exaltan una y otra postura; justifican/rechazan el levantamiento, propagan noticias relativas a la situación en los frentes y en la retaguardia y rebaten desde cada zona las afirmaciones producidas en el bando contrario sobre acciones de guerra, sobre la extensión de las provincias ocupadas, sobre el comportamiento de los soldados, etc.

Indalecio Prieto, desde los micrófonos de Unión Radio de Madrid, presentaba ante los oyentes una visión optimista de la situación, mientras que Marcelino Domingo se resistía a creer en la insurrección y consideraba que la victoria era indiscutible. El éxito de los discursos de Martínez Barrio, V. Kent y la *Pasionaria,* comentados en la prensa de la España sublevada, hacen pensar a los republicanos en la eficacia del medio y del mensaje: «... la palabra de fuego del insigne tribuno ha ido a clavarse con vibración de acero —leemos en un comentario de *ABC* al discurso de Prieto—. Y a su golpe se acelerará el desmoronamiento, ya vecino, de la fracasada máquina de una sublevación que contará entre las más aborrecibles de las malditas por la Historia» (49).

La propaganda implicaba sobre todo, la valoración apasionada del pueblo «heroico y generoso» como se le solía llamar. En Madrid, la formación del 5.° regimiento de las Milicias Populares como batallón de choque se creaba con la finalidad de atender «los deseos de innumerables obreros y antifascistas en general que desean luchar en la vanguardia contra el fascismo». El éxito de este regimiento fue excepcional y contribuyó más que muchas proclamas a enardecer el espíritu de lucha en la zona republicana. En la propaganda de ambos campos llama especialmente la atención la manipulación habitual de la información y el falseamiento de noticias sobre el desarrollo de la guerra: «Continúan las fuerzas leales y los heroicos milicianos arrollando a los enemigos de la República»; «Un gran logro estratégico. Todo Albacete libre de facciosos»; «Palma de Mallorca va a rendirse»; «En el frente de la sierra de Guadarrama, un nuevo díia de gloria para las fuerzas que defienden la República»; «Ya se reconquistó Lérida», son noticias que aparecen el mismo día en el *ABC* de Madrid; el tiempo se encargaría de contrastar su veracidad (50). Hechos de armas como los que se producen en la

(49) «La palabra de un estadista y de un hombre», *ABC*, Madrid, 26-7-36. Victoria Kent llamaba al sacrificio a las mujeres del Frente Popular, pidiendo refugios y comedores para niños y ancianos: «¡Que no quede un hijo de un luchador en la calle, que no quede una mujer sin amparo, que no quede un padre anciano sin cobijo»; Victoria Kent a las mujeres del Frente Popular», *ABC*, 28-7-36.

(50) Titulares del 26 de julio de 1936.

sierra de Madrid fueron tema de propaganda en las dos zonas —el valor de los soldados, las coplas creadas por la imaginación popular, las visitas al frente de personalidades famosas: Largo Caballero, *Pasionaria,* escritores, periodistas, de las muchachas del Socorro Rojo Internacional la misma magnitud del paisaje, contribuían a engrandecer los pequeños sucesos de cada día.

Las notas de Prensa y los comentarios en la radio alcanzan entonces una eficacia propagandística superior a todos los discursos. Entre los temas de propaganda se incluyen también alusiones al comportamiento de los países extranjeros: en unos casos, solidarios; en otros pugnando por una difícil neutralidad, mientras desde la España dividida se intentaban recabar apoyos (51).

La incutación de periódicos y de emisoras clandestinas en Madrid, cortaba un importante medio de propaganda del enemigo: «El fascismo clerical y plutocrático emplea contra el régimen todo linaje de armas —leemos en *ABC* de Madrid. Un coro de emisoras de T.S.H. —desde la radio de Lisboa a la de Tetuán, desde la de Burgos a la de Cádiz— intenta ahogar con sus procaces embustes la maravillosa verdad de los triunfos nacionales contra las hordas desleales» (52).

Las charlas de Queipo de Llano desde Unión Radio de Sevilla contienen en sí mismas un mensaje de múltiples lecturas: ideológica, sociológica, propagandística, además de un importante documento para conocer la personalidad del general; en ellas anima a la sublevación, alterna la generosidad con una dureza ilimitada, el paternalismo y la amenaza velada. Entre la ironía y el sarcasmo —con una bien calculada eficacia—, ataca a las «hordas marxistas» y, sobre todo a sus líderes: Largo Caballero, Azaña, *Pasionaria...* (53). El estilo frío y exaltado de Queipo, superado cada día, en cada charla, debió conmocionar a los sevillanos de una y otra ideología, en una situación de una intensidad dramática insuperable.

En la capital andaluza, ya desde el 20 de julio, al contrario de lo que había ocurrido en Madrid, se concede una importancia excepcional al alzamiento. La propaganda sobre la sublevación insiste en el éxito rápido y en la escasa resistencia que había tenido que superar; la acogida favorable de la población sevillana se contrapone ostensiblemente al rechazo de Madrid. Bandos, proclamas, comunicados, arengas, etc., están redactados siempre desde una postura de fuerza que confiere a los hechos consumados un carácter irreversible. También aquí, se falsea la realidad: «Noticias particulares aseguran que el general Mola ha entrado en Madrid de dónde había desaparecido el Gobierno» —leemos el mismo día 20— (54); que se había escuchado una radio en Valladolid «... entre las doce y doce y media de la

(51) «El triunfo de los rebeldes españoles, hubiera significado la guerra mundial, afirma el ministro de colonias francés», *ABC*, Madrid, 28-7-36.

(52) «Ha comenzado la caza del rumor infame», *ABC*, Madrid, 28-7-36.

(53) Sobre las charlas de Queipo de Llano acaba de aparecer: I. Gibson: *Queipo de Llano. Sevilla, verano de 1936 (con las charlas radiofónicas completas),* Grijalbo, Barcelona, 1986.

(54) «¡Viva España! El general Queipo de Llano se encarga...» *ABC*, Madrid-Sevilla, 20-7-36.

noche de ayer, en la que se decía que la columna del general Mola marchaba rápidamente hacia Madrid (...) y que la *Pasionaria* había sido detenida en Salamanca».

La conciencia del triunfo está presente, desde el principio, en todos los comunicados de los militares rebeldes al mismo tiempo que un claro desprecio hacia el Gobierno de la República: «El Gobierno, en su impotencia, trata de traer el terror a la entusiasta ciudad de Sevilla, enviando aviones de las líneas comerciales, con nocturnidad y alevosía, para bombardear a ciegas, procedimiento salvaje y cobarde propio del Gobierno que lo emplea» (55). La propaganda en la zona sublevada, plantea como objetivo inmediato la adhesión a la causa rebelde; destaca el carácter heroico de los sublevados y la seguridad del éxito al mismo tiempo que descalifica al enemigo, transgresor de los valores tradicionales, utilizando en ocasiones la amenaza: «Para los que persistan en hostilidad, o pretendan rendirse a última hora, decía Franco, no habrá perdón». Desde estos supuestos no parecía difícil, para los sublevados, suscitar en unos casos el entusiasmos y en otros la colaboración forzada.

La defensa de la legitimidad constituye en los medios de propaganda uno de los principales soportes ideológicos —en las charlas de Queipo de Llano y en los discursos de Franco— lo mismo que la constante llamada a la resistencia, resistencia activa, que reclama una participación apasionada de todos los ciudadanos en la guerra, como la que habían prestado «los soldaditos del glorioso Regimiento de Infantería número 6, de Artillería, de Caballería, la Guardia Civil, las tropas de Regulares de los Legionarios», etc. (56).

El desmentido de «bulos y patrañas», como decía Queipo, y la contestación a la «campaña de falsedades y mentiras de los elementos marxistas» ocupa amplio espacio en sus charlas, «una nueva patraña inventada por el que aún se llama Gobierno (...)», era una expresión habitual en los comunicados de los protagonistas de la sublevación. En aquel juego propagandístico de información/contrainformación desde Madrid y Sevilla se hacía necesaria y difícil la clarificación de posiciones, señalando los límites reales del poder de unos y otros así como la acogida o el rechazo en el ámbito internacional. Frente a las noticias de la zona republicana —las tropas rojas entraban en Córdoba, Queipo de Llano planeaba la huida, Cabanellas vivía en Zaragoza una situación desesperada, etc.—, Queipo anunciaba la rendición de la mayoría de las ciudades, y la defección de muchos de los líderes políticos: Azaña pensaba refugiarse en la Embajada francesa, Prieto y su hijo habían huido... Franco, mientras tanto, llamaba a los partidarios de la insurrección para realizar el último y definitivo esfuerzo: «¡Españoles!: La lucha establecida está vencida, y la parte más difícil del triunfo está asegurada. Seguid con entusiasmo —añadía—; todos tenéis el deber de cooperar en la lucha definitiva entre Rusia y España» (57).

(55) «Sobre la actuación de los aviones de bombardeo», *ABC*, Madrid-Sevilla, 20-7-36.
(56) «Discurso del general Queipo de Llano», *ABC*, Madrid-Sevilla, 22-7-36.
(57) «Nota oficial del general Franco. Se declara asegurado el triunfo de los patriotas», *ABC*, Madrid-Sevilla, 23-7-36.

Algunas emisoras extranjeras actúan en estos meses como un medio importante de propaganda de alcance insospechado: Lisboa y Berlín informan sobre la situación «inquietante» que vive España, sobre la debilidad del Gobierno de Madrid y, sobre «la infinidad de fugitivos que atraviesan la frontera portuguesa», dando cuenta «del enorme pánico que existe en Madrid en espera de que de un momento a otro entren en él las tropas» (58).

También en la zona sublevada los comportamientos heroicos colectivos representan un eficaz soporte para la propaganda: el caso del Alcázar constituye un ejemplo elevado a la categoría de símbolo. Otras veces los protagonistas son soldados anónimos: «... ellos solos, los que con espíritu heroico hicieron frente en las calles a los medios poderosos de que el gobierno marxista disponía en Sevilla, y con desprecio de la vida, ofrendada a la patria, ocuparon los lugares estratégicos». La falta de una información adecuada suponía, en opinión de los jefes militares sublevados, un grave peligro para el triunfo del alzamiento. La fidelidad de la Armada a la causa republicana, considerada por el Gobierno como un elemento clave en el fracaso de los rebeldes, se atribuía por estos a una inadecuada información. Era preciso pues, informar en lugar destacado de los éxitos alcanzados y de la fidelidad de muchas ciudades a la causa. Los grandes titulares del *ABC* de Sevilla, estimulaban cada día el espíritu de los andaluces; en unos casos, la conciencia del éxito inminente provocaba la exaltación; en otros, por el contrario, un mudo y largo escalofrío: «El movimiento salvador de España sigue su marcha arrolladora hacia el triunfo final, que ya está próximo». «El sol del día de Santiago alumbra la victoria de los que luchan por una España nueva, que se apoya en la auténtica tradición de libertades»; «España, en pie, al lado del Ejército salvador, estrecha el asedio a los focos que aún obedecen al Gobierno indigno»; «Mientras el asedio de Madrid se mantiene cada vez más firme, el Ejército y las fuerzas cívicas van restableciendo con toda energía la normalidad en los pueblos y en los campos...» (59).

La noticia de la entrada en Sevilla de tropas procedentes de Marruecos y la visita a la ciudad de los generales Franco y Varela, prestan «un nuevo impulso al movimiento salvador de España». La constitución de una Junta de Defensa Nacional en Burgos, el día 24 de julio y la promulgación de los primeros decretos cierran la primera fase del alzamiento.

6. La organización de la vida en la retaguardia. Resistencia, represión, vida cotidiana

La conmoción que produjo el alzamiento del 18 de julio, impuso una nueva orientación en la vida de las gentes de los pueblos y ciudades de España. Mientras Madrid preparaba una larga y casi imposible resistencia, Sevilla y el resto de las ciudades sublevadas planeaban una actividad febril, imparable y belicosa. La lectura de los dos *ABC*, transmite una impresión de desconcierto; desde ambos bandos se abordaba la nueva etapa de forma muy distinta: frente a la resistencia republicana se percibe la imparable aco-

(58) «Interesantes noticias de la radio de Berlín», *ABC*, Madrid-Sevilla, 23-7-36.
(59) Titulares de los días 24, 25, 26 y 27 de julio de 1936, *ABC*, Madrid-Sevilla.

metividad de los sublevados; la peligrosa lentitud en la toma de decisiones, la falta de coordinación, el caos y el desconcierto frente a una actividad disciplinada, reflejo de una meticulosa preparación: «El movimiento salvador de España (...) sigue su curso —afirmaba el general Franco en los últimos días de julio—, cumpliéndose día por día, y hora por hora el programa trazado. Los objetivos se alcanzan con arreglo a las previsiones» (60).

Al desconcierto inicial, seguido de una fase de fervor patriótico y apasionado en la zona republicana, corresponde en el campo rebelde una desbordante actividad capaz de superar todos los obstáculos que refleja sin embargo, un cierto patetismo en los discursos de los líderes republicanos...

Pero España, aunque dividida, sobrevivía; tenía que organizarse, organizar su resistencia, sus nuevos cauces de propaganda, equipar sus fuerzas para el combate: preparar uniformes, armas, alimentos; habilitar nuevos hospitales, asilos de ancianos, orfanatos... *ABC* de Madrid y Sevilla insisten desde ambas zonas en destacar la normalidad de la vida ciudadana: «Madrid ha recobrado su aspecto. Nadie diría que este pueblo está haciendo frente aún a las postreras y débiles sacudidas de un enemigo desmoralizado». Queipo en sus charlas de Unión Radio de Sevilla y «Simplicísimo» en su diaria columna de *ABC*: «Sevilla al día», aludían a la misma normalidad; volvían a funcionar los Ayuntamientos, los Bancos, las Delegaciones de Hacienda... y sobre todo, volvían los obreros al trabajo: los del Matadero, los taxistas, los albañiles, los empleados de la Tabacalera: «El trabajo es normal en Sevilla. Se trabaja en todas partes; en los muelles (...) se trabaja también en los almacenes del Puerto...» (61). Queipo insistía en su deseo de devolver a la ciudad su ritmo de vida habitual: «Todos los Bancos presentarán al cobro las letras... en la Cartuja se entrará al trabajo mañana —decía el 28 de julio—, y los que no, serán despedidos» (62). A finales de julio se abría la matrícula en los institutos de enseñanza media. Y frente a la normalidad sevillana «en ambiente del más franco optimismo», Queipo destacaba el caos madrileño y los problemas de abastecimiento; en Madrid amenazada de hambre y sed», aludía a una nota recogida en Lisboa que hablaba de conversaciones del Gobierno republicano con los franceses para conseguir armas, añadiendo al mismo tiempo que «Indalecio Prieto se quejaba del calor que hacía en Madrid, y reflejaba la escasez de víveres que se padece en la capital de España, donde parece que el problema más grave es de abastecimiento de comestibles de todas clases; no solamente para la población civil, sino para las propias milicias combatientes» (63).

En la sección de «Informaciones municipales» del *ABC* de Madrid, se

(60) «Breves declaraciones del general Franco», *ABC*, Madrid-Sevilla, 29-7-36.
(61) «Alocución de esta tarde del general de la División, señor Queipo de Llano», *ABC*, Madrid-Sevilla, 25-7-36. El 28 de julio *ABC* comentaba la «absoluta normalidad en Sevilla»: «... ya todos viven pendientes tan sólo del curso de los acontecimientos en el resto de España, esperando confiados en su desenlace que ya está próximo».
(62) «Discurso radiado anoche, a las diez, por el general Queipo de Llano», *ABC*, Madrid-Sevilla, 28-6-36.
(63) «El asedio de Madrid. El abastecimiento en Madrid», *ABC*, Madrid-Sevilla, 28-7-36.

suele comentar la marcha de la vida ciudadana: «Tranvías y bares atestados, y las terrazas de los cafés céntricos sin una mesa desocupada»; «Madrid recobró ayer —*ABC*—, 28 de julio—, su simpática fisonomía, reflejándose, sin embargo, la angustia de las gentes que viven bajo la horrenda pesadilla...».

La organización de los servicios en la retaguardia se lleva a cabo desde los primeros días, sobre todo de los sanitarios; el hospital de la Orden Tercera se transforma enseguida en un nuevo hospital de Cirugía para los heridos de guerra y se preparan cocinas para atender a las milicias... (64). La escasez de alimentos provocada por la falta de abastecimiento a la capital, obliga al racionamiento de víveres. Se limita el uso de productos de primera necesidad, la gasolina e incluso el tabaco, y se establece, entre otros, el control de automóviles «con admirable rapidez y eficacia», como dice el *ABC* madrileño. Se hace una llamada a mecánicos, médicos y enfermeras y se ordena la libre circulación de cualquier ciudadano «si no es probadamente enemigo de la República». La incautación de periódicos y emisoras clandestinas se produjo en una y otra España desde el primer momento de la sublevación...

Sevilla, mientras tanto, insiste en que en Madrid, a pesar de las informaciones de la radio, «no deben de andar las cosas muy a gusto (...), se raciona a todos los hombres de la capital», aunque «la ración no es para todos porque... se repartirán después de haberse apoderado de todos los víveres de que se dispone en Madrid, 30.000 vales para los marxistas. En cuanto a los otros, a los que no son marxistas, se les repartiran raciones de viento...» (65).

La solidaridad fue una virtud ampliamente compartida en ambas zonas si aceptamos la información que proporciona *ABC*: donativos en dinero y en especies, de ciudadanos particulares, asociaciones, institutos, del Banco de España en Madrid que dio 250.000 pesetas... Mientras en Madrid se producía la movilización de estudiantes contra el fascismo y se organizaban actividades propagandísticas y culturales incluso en los frentes, en Sevilla grupos de falangistas y requetés borraban nombres de calles y plazas andaluzas que tuvieran «alguna significación marxista».

Los momentos iniciales del alzamiento provocaron un verdadero caos en ambas partes seguido de una durísima represión silenciada por la prensa: en una zona sufrieron sobre todo las clases acomodadas y la Iglesia, en otra, todos los sospechosos de simpatizar con el pensamiento marxista.

En Madrid y Sevilla se dice que existe normalidad en el tráfico por carretera y en el ferroviario, aunque se sabe que gran número de carreteras están cortadas y que funcionan pocos trenes...

(64) «Informaciones municipales»: «En la sesión de ayer, el Ayuntamiento acordó repartir diariamente veinte mil raciones de comida entre las familias de las milicias». *ABC* de Sevilla del día 28 habla, por el contrario, de una población civil desatendida por la prioridad concedida a los milicianos.
(65) «Lo que ocurre en Madrid. Racionando los víveres», *ABC*, Madrid-Sevilla, 29-7-36.

Sin embargo, en ambas zonas la vida continúa. *ABC* de Madrid y Sevilla publican el mismo folletín: «El Señor de Bembibre», de Enrique Gil y Carrasco; anuncian «Campeón», gran semanario deportivo editado por Prensa Española, y «Blanco y Negro» e incluyen una novela policiaca: «Lobos contra lobos», de Charles-Robert Dumas, que ofrece «interés y emoción». Las informaciones sobre espectáculos incorporan una breve guía del espectador: en Madrid, en el teatro Salamanca se ofrece «como espectáculo supremo de aterradora destrucción» *Los últimos días de Pompeya.* En los dos cines de la capital se proyectan películas de intriga, amor y guerra, algunas en pantalla «magnoscópica»; varios títulos españoles como *Nobleza baturra* se pierden entre la producción americana: *La viuda alegre, Los diablos del aire, No más mujeres, Una chica de provincias...* Los cines están refrigerados y tienen precios especiales de verano. El cierre prolongado de los teatros suscita dudas en un comentarista: «¡Arriba el telón! ¿Por qué están cerrados los teatros de Madrid?», se pregunta (66). El 31 de julio se anuncia la apertura de alguno: el Chueca iba a representar en sesión de tarde y noche *El hombre invisible,* dedicando un porcentaje a la suscripción en favor de los heridos. En el Frontón Madrid y en el Rosales se juegan partidos de pelota... En Sevilla el 30 de julio se reanuda la sección dedicada a «Informaciones de teatros y cinematógrafos» y el 31, «restablecida la normalidad», se proyecta en el Teatro San Fernando *La indómita,* de Jean Harlow y Willian Powell.

Se publican también noticias deportivas —boxeo, olimpismo, fútbol, atletismo—, y sobre todo la XXX Vuelta Ciclista a Francia, en la que el español Julián Berrendero se adjudicaba el Gran Premio de la Montaña.

La publicidad, tras la sublevación, se reduce en ambos *ABC*: aparatos de radio, productos farmacéuticos, sastrerías, ópticas, agencias de viaje, academias, balnearios, cremas y lociones de belleza aunque continúa apareciendo la sección «Anuncios por palabras clasificadas en secciones» —almonedas, alquileres, automóviles, enseñanza, lotería, ventas, bolsa de trabajo, varios...

Los chistes de contenido político de *ABC* de Madrid y las ilustraciones de Sileno ponían una nota risueña en el panorama desolador de las noticias de la guerra.

(66) *ABC*, Madrid, 30-7-36. Para un conocimiento de la vida en ambas zonas: R. Abella: *La vida cotidiana durante la guerra civil. España Nacional,* Planeta, Barcelona, 1978 y *La vida cotidiana durante la guerra civil. España Republicana,* Planeta, 1976.

MI TESTIMONIO COMO DIRECTOR DE «ABC» EN MADRID (1936-1938)

Elfidio ALONSO RODRIGUEZ

Doy las gracias a la sección española de la Asociación de Periodistas Europeas por haberme invitado a participar en este ciclo de conferencias sobre periodismo y periodistas en la guerra civil. A los cincuenta años de aquellos acontecimientos voy a referirme al caso singular de *ABC*, cuya edición republicana dirigí una gran parte del tiempo en que se publicó.

Temo que con los años la memoria me sea infiel y olvide o deforme mis recuerdos, pero me consuela el poder decir que no vengo aquí como historiador. Pretendo, eso sí, fijar algunos conceptos, aclarar versiones que no se ajustan a la verdad y a contribuir con mi testimonio a reivindicar la tarea que emprendimos con tesón y entusiasmo.

La medicina del tiempo cura hasta a los más empecinados. La pasión y la lucha no dejaba vislumbrar las posibilidades de la obra emprendida ni lo que sería su proyección en el futuro. *ABC* republicano, nació y murió en consonancia con las vicisitudes de la causa que servía; sin embargo, a la hora de citar periódicos de los de nuestra dramática contienda, surgen con preferencia estas tres primeras letras del abecedario, que parodiando a García Lorca, siempre han tenido dueño.

Con motivo de la edición: *«ABC», doble diario de la Guerra Civil,* publicada por Prensa Española, hace algunos años, hay una introducción de la que me permito entresacar un párrafo con el que coincido totalmente. Dice así: «*ABC* republicano parece el testimonio de una fantástica aventura; como si quienes lo hacían, sin perderle la cara al pasado, soñaran con haber conquistado para la República y para el izquierdismo las cualidades y méritos periodísticos que *ABC* había ido acumulando en más de treinta años de superación permanente. Porque en el *ABC* republicano sólo hay una oposición ideológica respecto al periódico que salía cada mañana, hasta el 18 de julio de 1936. Mientras se trasluce, pese a tan opuesta dialéctica, una clara admiración, un respeto minucioso respecto a la materialidad profesional del periódico.

«Por eso, claramente establecidas las cosas que separan, pero sin detrimento de las que permanecieron inalterables, esto de juntar día a día, las dos ediciones de *ABC* viene a ser como juntar al cabo de los años, a los

miembros de una misma familia, ideológicamente opuestos, que vivieron la guerra separados por mitad. Viene a ser, sencillamente el único modo de poder contar, por entero, esa vida de una guerra, que un día latió, aunque tuviera tanto de muerte.»

Se ha dicho que *ABC* de Madrid, interrumpió su curso por incautación gubernativa, y reaparece como diario republicano de izquierda, el día 25 de julio de 1936. Nunca ha llegado a mi conocimiento esa orden o decreto de incautación y creo poder decir que el gobierno de la República no dictó reglas para ninguna de las publicaciones de la zona. El 19 de julio sufrió la prensa las peores consecuencias del levantamiento. Aun aquellas publicaciones de reconocida significación republicana no pudieron continuar con el ritmo habitual porque en sus redacciones se produjeron cambios inmediatos por las necesidades de la contienda. Evidentemente que los órganos de los partidos que formaban el Frente Popular, como *El Socialista, Claridad, Mundo Obrero, CNT, Política* —órgano de Izquierda Republicana— y algún otro que pueda olvidar, no tenían los problemas que se presentaron en los periódicos de empresa, aun con signo republicano, como eran *El Liberal, El Heraldo de Madrid, La Libertad, El Sol* y *La Voz*. A las pocas semanas de la contienda ya casi ninguno de estos periódicos guardaba su anterior fisonomía. Lo ocurrido con las publicaciones de significación monárquica fue muy distinto, y de todas ellas, el caso de *ABC* era singular.

El 19 de julio por la mañana la casi totalidad del personal de redacción no asistió a la calle de Serrano. A muchos les era imposible hacerlo pues se jugaban la vida. *ABC* había sido un periódico conflictivo, enemigo jurado del régimen y estaba considerado, en la conciencia proletaria, como el malo a exterminar. Se estaba convaleciente de una huelga feroz ocurrida en los últimos tiempos del bienio radical-cedista. En el problema habían tomado parte, no sólo los obreros de *ABC*, sino el sindicato de las Artes Gráficas, y en el comité de huelga hubieron personas que no pertenecían a los trabajadores del periódico, como fue el caso de un desdichado personaje que, desde que empezó el levantamiento, se estableció por su cuenta con la famosa «Brigada del Amanecer». Cito estas cosas con el propósito de situar las circunstancias en que se produjeron los acontecimientos posteriores. La huelga la sometió la empresa, pero con el triunfo del Frente Popular se modificó la sentencia y Prensa Española estuvo obligada a aceptar a los represaliados. Estos acontecimientos subieron la temperatura que, desde luego, había sido alta desde la implantación de la República y originó, nada menos, que la dimisión del director de *ABC* de Madrid, don Juan Ignacio Luca de Tena, que no quiso aceptar ni someterse a ese laudo, lo que dio lugar a que lo sustituyera el inefable señor Galinsoga. De la amplia redacción del periódico no aparecieron aquella mañana sino tres redactores, que habían guardado buenas relaciones con el personal obrero y se creyeron inmunes, lo que por fortuna fue cierto, a las salpicaduras de la Revolución.

Ante la contingencia del paro que se producía, el abundante personal de talleres y administración siguió la conducta que fue constante en todas partes: la formación, por generación espontánea, de los famosos comités, que se hacían cargo de los fragmentos provocados por el estallido de un Es-

tado subvertido y desfalleciente. En el caso de *ABC*, el Consejo Obrero tenía una gran experiencia sindical y estuvo formado por personas de una gran capacidad constructiva. Pronto se dieron cuenta de que lo primordial era sacar el periódico; pero, ¿cómo hacerlo?

Con tres redactores y un fotógrafo no se podía llevar a cabo tarea tan ingente. Aquí los personajes iban en busca del autor. Si desde los primeros días de la sublevación se presentía su dramatismo, una inconsciente alegría revolucionaria se apoderó de la masa, dominando la algarabía. En el gremio de los periodistas cristalizaron algunos que siempre habían tenido mal acomodo, pero las circunstancias del momento eran propicias para ejercitar el trapisondismo. Pues según hay una literatura tremendista, siempre ha habido, y hay, periodismo trapisondista. En las redacciones a rehacer había acomodo para casi todos estos inquietos parados. Por arte de birlibirloque el Consejo Obrero de *ABC* dio con don Augusto Vivero, viejo perodista de los años 20, que en aquellos días había alcanzado notoriedad en la toma del cuartel de la Montaña, y que, según repitió muchas veces un relato transmitido por la radio, cambió la pluma por el fusil. Con otros compañeros suyos y los tres supervivientes de la redacción anterior se formó la primera del *ABC* Republicano, pudiendo volver a salir el periódico el 25 de julio con unas primeras ediciones de aspecto precario.

Para los tradicionales lectores del periódico el cambio era siniestro y la gente que nunca leía *ABC* continuaron sin leerlo. Bien que por esas razones el Consejo Obrero recapacitó sobre lo acertado de su elección, o bien por la idiosincrasia de estos nuevos periodistas, con gestos y maneras poco consonantes con la solemnidad que estaban acostumbrados, la corriente no pasó. A la semana el malestar invadía toda la Casa.

Dándose cuenta que pisaba terreno falso, el nuevo director comprendió que era necesario arroparse con una bandera más sólida que la del simple enunciado de periódico republicano de izquierda. Como Unión Republicana, el partido político presidido por don Diego Martínez Barrio, carecía de órgano de publicidad, el señor Vivero recurrió al Comité Nacional de ese partido solicitando apoyo y, de cierta manera, protección. El Comité Nacional aceptó la propuesta y el propio don Augusto pidió que se mandara un delegado que lo representara. Cayó esa designación en mí, que, aunque entonces era muy joven para lo que en aquella época se usaba, ya estaba envenenado por la tinta de la imprenta y había fundado y dirigido algunas publicaciones en Santa Cruz de Tenerife, mi país de origen, y del que era diputado a Cortes. Yo no había sido, ni era, lector de *ABC*. Cuando llegué a la sede del periódico, en la calle de Serrano, lo que debió ser hacia el 5 de agosto, me di cuenta lo difícil que le era a la algarabía penetrar en la solemnidad del edificio; pues aunque mucha gente no lo crea, estas solemnidades imprimen carácter hasta a los obreros revolucionarios. En dos conversaciones con el Consejo Obrero, supe que estaban dispuestos a sustituir a la dirección del periódico, pero que aceptarían la intervención de Unión Republicana siempre que pusiéramos normas capaces de dar al periódico una orientación más en concordancia con lo que podrían ser los lectores de *ABC*.

Desde el principio coincidí con este criterio y resolví que era indispen-

sable buscar un matiz y obtener un estilo accorde con las circunstancias, sin mermar la expresión de nuestro derecho a defender con las armas la legalidad democrática que se había dado el país y a no camuflar nuestro insobornable republicanismo. La tarea no era fácil, porque genio y figura...

Los acontecimientos se precipitaban y el disparate bullía emocionado en las columnas de la prensa diaria. Buen neófito, el *ABC* tenía a gala estar en la vanguardia. Como todo el mundo, también fui sorprendido por esa curiosa fotografía en el *ABC*, que dio la vuelta al mundo, pues se la servíamos en bandeja de plata a la propaganda franquista. Se trataba de un grupo de milicianos, que por lo que se veía eran aficionados a la arqueología, sentados con el fusil entre las piernas, delante de cráneos y otros huesos diversos, fruto de sus excavaciones en la iglesia del Carmen de Madrid. El pie de la foto sugería toda clase de suposiciones. Publicar aquel macabro documento era una grotesca estupidez. Así lo entendió la Dirección General de Seguridad, alarmada ante las protestas que le transmitía el Ministerio de Estado, informado por nuestras representaciones diplomáticas del desventurado efecto que estaba causando en el extranjero.

El director de *ABC* fue conducido a la Dirección General de Seguridad, amenazándosele con la suspensión del periódico. Al enterarme del desagradable incidente me presenté en Gobernación responsabilizándome de que no volverían a suceder cosas de esa naturaleza. De acuerdo con el Consejo Obrero y el Comité de mi partido, me hice cargo de la dirección del periódico, que desde aquel momento pasó a ser el órgano oficial de Unión Republicana. Fue el 14 de agosto de 1936, y al día siguiente se constituyó, con carácter representativo de todo el personal, el Consejo Obrero de Prensa Española, que hasta entonces había actuado como Comité provisional. Este Consejo Obrero fue modificado en julio de 1937 con representantes elegidos por votación entre las diversas secciones.

Reorganizar la redacción en aquel momento no era tarea fácil, pues muchos de los nuevos redactores, al darse cuenta de que cambiaban las circunstancias, emigraron. Era entonces muy difícil que los intelectuales que estaban en nuestra zona colaboraran en los periódicos, no solamente en *ABC*, sino en el resto de la prensa. Los jóvenes entraban en la constelación de los intelectuales antifascistas, cuyo radio de acción era más activo y extenso que el de escribir artículos en los periódicos. En cuanto a los más viejos, no alcanzaban a adaptarse al sacudimiento que se producía en la sociedad. Una gran mayoría se adaptaba mal. De todas maneras se logró mi propósito y el periódico tomó otra fisonomía. Es esto lo que ha hecho decir a Julián Marías, en un acto celebrado en la Casa de Prensa Española, que él había colaborado en el *ABC* de Elfidio Alonso. Marías fue un asiduo compañero de nuestra andadura y creo que fue allí donde empezó su dilatada y enorme labor periodística.

Como prueba de las dificultades que teníamos con algunos de los intelectuales de izquierda, hasta cierto punto consagrados, recordaré una anécdota que tuvo para mí bastante significación. Un colaborador de los recién venidos el 25 de julio, dramaturgo conocido aunque de muy poco éxito, abandonó airado el periódico con motivo de una carátula que hice publicar con la fotografía de los hermanos Quintero. Se trataba de desmentir, con

la presencia de los ilustres comediógrafos, la falsa noticia, dada por la prensa franquista, de que habían sido asesinados en Madrid. Como sabíamos que la noticia era incierta buscamos el testimonio de los propios interesados, que afortunadamente pudieran dárnoslo. Pero el iracundo competidor teatral de los ilustres sevillanos consideró un insulto, supongo que a la democracia, que volvieran a la portada de *ABC* republicano los que salieron tantas veces en la de *ABC* monárquico. No solamente protestó airado en mi despacho, sino que se fue a otro periódico a publicar que los Luca de Tena seguían orientando y dirigiendo nuestra redacción. Poco más comentario merece la desaforada actitud del desventurado dramaturgo, a quien contesté con una «Flecha en el Blanco», columna que utilizaba, con el seudónimo de «Sagitario».

Como carecíamos de plumas ilustres, ya que éstas preferían guardar el anonimato, busqué la forma de singularizar el periódico y aproveché los inconmesurables medios técnicos de que disponía el *ABC*. Obtuve la colaboración de los grandes cartelistas del momento y publicamos, a todo color, carátulas que eran auténticas obras de arte, de los grandes dibujantes como Renau, Bardasano, Alonso, Ontañón y algunos otros, que siento no recordar. La portada del periódico, gracias a las composiciones fotográficas, era de por sí sola un editorial. También encartamos en las páginas de *ABC* una gran serie de figuras significativas de la democracia española del siglo XIX. Creo que José María Armero se ha ocupado de coleccionarlas y constituyen hoy día un documento interesante. También recuerdo cómo el 7 de noviembre de 1936, fecha sombría en la historia de Madrid, publicamos en primera plana «El Coloso» de Goya, que con su imponente figura, cubriendo todo el espacio del cielo madrileño, avasallaba el ámbito de la ciudad. En aquellos momentos angustiosos la carátula de *ABC* fue todo un impacto. Por cierto que en esa fecha fue cuando Madrid tomó conciencia plena de lo que podía ser su destino. Los periódicos contribuyeron a levantar la moral ciudadana e impidieron que el resentimiento forjara un espíritu de Cantón de Cartagena, que hubiera sido catastrófico. Los periodistas que estábamos en nuestros puestos la noche del 6 de noviembre, cuando el gobierno presidido por don Francisco Largo Caballero se fue a Valencia, no quisimos sumarnos al inmenso cortejo que se iba, a lo que entonces llamábamos el Levante feliz, pese a que muchos éramos conscientes de la temeridad que significaba quedarse. Recuerdo que esa noche la Federación de Artes Gráficas dio orden a todos los miembros que no estaban enganchados en las milicias, de concentrarse en los locales de *ABC* para organizar brigadas combatientes. La mayoría eran hombres de avanzada edad, pero manifestaban el ardor bélico de la juventud perdida. Entre tanto murmullo se escuchaba la voz poética y estentórea de León Felipe, que había ido a visitarnos, y en la que se presagiaba su poema: «Por qué los españoles hablan alto».

Como hay capítulos históricos que son malditos y por motivos diversos la gente no quiere acordarse, este 6 de noviembre de 1936 ha sido camuflado. Ahora que tantas homenajes resucitan gestos y personajes sumergidos en el pasado, pasa inadvertido y a nadie se le ocurre conmemorarlo pese a que fue allí donde Madrid reverdeció los títulos de ciudad heroica conquistados el 2 de mayo. Aquella noche perdieron su silla muchos pro-

hombres que no pudieron volver a recuperarla durante toda la guerra, y muchos directores de periódicos y significados redactores, perdidos entre Tarancón y Valencia, al regresar, pasado el peligro, encontraron su puesto ocupado. Sin embargo, el conflicto que se vislumbraba entre el Gobierno que se fue, y la Junta de Defensa de Madrid, que se quedó, fue atenuado, con decisión, por los periódicos republicanos madrileños que no tenían ningún deseo de que prosperaran los delirios insensatos de quienes soñaban con hacer de Madrid una imitación de la Commune parisiense de 1871.

La guerra seguía su curso, pero una de las mayores dificultades para los periódicos era cubrir los frentes con corresponsales originales. La pasión, el partidismo político de los diferentes grupos del pluralismo republicano, los deseos proselitistas y las ganas de acaparar para los suyos los sucesos que eran de muchos, daba una cierta monotonía a las crónicas de guerra. La verdad es que, por razones que no son ahora del caso analizar, la literatura bélica de los últimos siglos no ha estado a la altura de la épica nacional, pese a los Cadalso, Alarcón y algunos otros ejemplos ilustres, cuya semilla se extinguió con ellos.

Cuando se organizó la guerra, la censura terminó imponiéndose como necesidad, pero, como siempre, no brillaba por su sagacidad. Es sabido que a la dama Anastasia no la adoran personas inteligentes, pero en nuestro caso el sistema era irritante, porque los censores, instalados en cada periódico, cometían verdaderos dislates con el lápiz rojo. Por cierto que yo tenía la costumbre, después que el Gobierno se fue de Madrid, de telefonearle a Julián Zugazagoitia, entonces director de *El Socialista,* para cambiar impresiones sobre la marcha de los sucesos, y nos indignábamos con las tonterías a que nos obligaban los pequeños «anastasios». Cuando Zugazagoitia fue nombrado ministro de la Gobernación, lo visité en Valencia, teniendo el encargo de algunos periodistas madrileños, entre ellos Hermosilla, director de *La Libertad,* para exponerle el problema de la censura en Madrid. El ministro, conocedor del problema como nosotros, me escuchó con cara de sorna, y después que le expuse mis quejas, me dijo con mucha seriedad:

—Para eso yo tengo la solución, pues he encontrado un buen jefe de Censura.

Al preguntarle de quién se trataba, me replicó:

—Usted.

Ante la boutade, me eché a reir, y los dos convinimos lo difícil que es ocupar un puesto para el que hay que tener una vocación de verdugo.

ABC se fue consolidando por el atractivo de su sección de huecograbado. En las trincheras se lo disputaban los soldados por su abundancia en información gráfica dedicada a la guerra, y llegamos a disponer de un amplio cuerpo de fotógrafos gratuitos, la mayoría combatientes extranjeros de las Brigadas Internacionales, que nos traían sus documentos gráficos con asiduidad.

Se ha reprochado a *ABC*, por algunos historiadores que se han ocupado del caso, de que a medida que avanzaba la guerra se incrementaban en sus columnas las informaciones favorables al Partido Comunista. Yo no sé si los que han hecho estas críticas han leído, igualmente, lo que decían los

otros periódicos madrileños de la misma época; pues aparte de las publicaciones «cenetistas», poco dadas, por razones obvias, a ocuparse de los comunistas, el ritmo de la información tenía que ir en ese sentido, ya que entonces el Partido Comunista, con su actitud constructiva, su predilección por el control del Estado y su capacidad para organizar la propaganda, era el único grupo que daba versiones abundantes de cuánto hacía. Pese a que durante nuestra guerra, una gran parte de la intelectualidad militante era comunista o tenía simpatía por ese partido, en la redacción de *ABC* no había ninguno, y si los hubo, lo disimulaban muy bien. Aunque éste no es lugar, ni misión mía, de engrosar la polémica de la influencia comunista en la guerra de España, uno que no es comunista, ni siquiera socialista, no puede menos que reconocer que era imposible ocultar, o escamotear, la acción del PC en la reconstrucción del Estado que estalló en mil pedazos con la sublevación de los militares el 18 de julio.

Poca gente creía, cuando empezó la aventura del *ABC* republicano, que pudiera tener éxito. Los personajes del sistema lo vieron al principio con gran indiferencia y cuando fui, semanas después de haberme hecho cargo de la dirección, a cumplimentar a don Manuel Azaña, me dijo con la cortesía que le era habitual, pero con la acritud que lo caracterizaba: «Creo que su empeño no va a tener éxito, y la empresa que usted acomete no vale la pena.»

En aquella época, en la que yo todavía no era un escéptico, no me desmoralizaron las palabras del presidente. Meses más tarde, que lo volví a visitar en Barccelona, ya en su época de presidente errante y solitario, me preguntó cómo iba el periódico. Yo le contesté que íbamos tirando. Se sonrió y no añadió nada al particular.

Ir tirando, representaba para nosotros afrontar cotidianamente grandes problemas. Uno de ellos y no el menor, era que se agotaba el stock de papel. El 19 de julio de 1936, los depósitos de papel de *ABC* estaba al tope, pero pronto disminuían las existencias, no solamente por lo que gastábamos nosotros, sino porque la Federación de Artes Gráficas era la que se había incautado de esos depósitos y dispuso de ellos repartiéndolos con otras publicaciones, en cuyo reparto no estaban ausentes las preferencias políticas y sindicales del Comité Director. El Consejo Obrero acudió a Unión Republicana para que interpusiera su influencia con el Gobierno para entrar en cuota de reparto de las importaciones de papel que empezaban a hacerse, visto que las existencias de que se disponía en la zona republicana se estaban acabando. No fuimos en *ABC* muy afortunados con estas demandas, pues no descubro ningún mediterráneo señalando que la influencia de los partidos específicamente republicanos iba desfalleciendo a medida que continuaba la guerra. En los meses finales de la contienda, *ABC* empezó a languidecer. Se carecía de papel de hueco y el número de hojas tuvo que irse reduciendo hasta convertirse en una raquítica expresión de lo que había sido.

No quiero alargar estas notas de tiempo viejo contando anécdotas y situaciones, muchas de ellas dolorosas, de la época en que estuve encargado de la publicación. Serían parte del pequeño universo que se forja en torno a la silla de un director de periódico durante una guerra. Después de diez

lustros de aquello, uno ha olvidado lo accesorio, aunque continúa vigente lo esencial, pese a los estragos del tiempo.

He leído algunos relatos sobre fechas y actuaciones mías en *ABC* que no concuerdan con la realidad. No vale la pena rectificarlo, ya que los hombres de mi tiempo estamos acostumbrados a leer en los historiadores contemporáneos que se ocupan de la Segunda República y de la Guerra Civil tal cúmulo de errores, tergiversaciones y descuidos, que ni siquiera queremos ruborizarnos por ellos. Con la cómoda investigación de copiarse los unos a los otros, hasta en sus errores, nos han quitado la capacidad de asombro.

Por lo que a mí respecta diré que muy entrado 1937 me fui a Valencia a encargarme de la Subsecretaría del Ministerio de Obras Públicas, en el primer gobierno Negrín. En los meses subsiguientes y aún ya trasladado el Gobierno a Barcelona, venía con frecuencia a Madrid, y tanto el Consejo Obrero como la redacción del periódico tuvieron la gentileza de considerarme siempre su director, hasta que separada Cataluña de la zona Centro, por la llegada de las tropas de Franco al Mediterráneo, perdí todo contacto directo con el periódico, cuya etapa final fue ajena a mi intervención.

En los últimos meses de la guerra la zona Centro, aislada y con gérmenes de insurgencia cantonal, se acomodaba a su drama y buscaba salida a su situación. *ABC* no podía ser una excepción en la tragedia que se avecinaba. Abandonados a su suerte, sus redactores, capitaneados por el querido Mariano Espinosa, jefe de redacción, buscaron acomodo político en la ambigüedad del Frente Popular, pues Unión Republicana ya nada podía hacer por ellos.

De todas maneras, siempre me ha enorgullecido aquella labor política y periodística que ejecutamos con la cabeza alta, y no es menor nuestra satisfacción de poder decir que cuando los propietarios de *ABC* llegaron a Madrid, con los vencedores, encontraron intactas sus propiedades, pese a las monstruosidades que se nos atribuyeron y que resultaron completamente falsas. Al día siguiente de entrar las tropas de Franco en Madrid, el periódico pudo salir. Así lo reconoció su antiguo director y copropietario don Juan Ignacio Luca de Tena, en su libro *Mis amigos muertos:*

> «El 28 de marzo de 1939, cuando los refugiados en las embajadas y los presos de las cárceles madrileñas empezaron a ver por las calles las primeras boinas rojas de los requetés y los gorros de la Legión, todos salieron en tropel. *ABC* estaba incautado desde el día 20 de julio de 1936 y los primeros en llegar a la casa de Prensa Española fueron el insigne periodista don José Cuartero, que salía de la embajada de Francia, y Ramón Pastor no sé de dónde. El viejo portero los recibió con toda clase de halagos, les dijo que arriba esperaba la redacción en pleno para entregar la casa a quien llegara con autoridad de recibirla. Bajó al cabo la redacción usurpadora con su director, don Elfidio Alonso, a la cabeza; entregaron la casa a Pastor y a Cuartero y en seguida se marcharon a la calle. Por cierto que el tal don Elfidio fue condenado, semanas después, por un Tribunal Militar y que los nuevos directores de los periódicos de Madrid, José María Alfaro, Juan Pujol, Víctor de la Serna, Juan José Pradera, Joaquín Valdés y un servidor de ustedes, acudimos al Caudillo para pedirle el indulto del señor Alonso, quien, si vive que sea por muchos años, andará a estas horas paseándose por las calles de Madrid.
>
> Una vez que Cuartero y Pastor se posesionaron del edificio, pasearon largamente por oficinas, talleres, despachos y salas de redacción. Vieron y hablaron a los obreros, que la noche anterior habían compuesto y tirado el último número del *ABC* rojo, y los encontraron dispuestos a seguir trabajando con nosotros inmediatamente.»

No deja de ser curioso este ejemplo de «información» objetiva de tan destacado periodista; pero lo es más aún que un Consejo de Guerra me haya condenado en ausencia y que el Caudillo concediera mi indulto, sin averiguar que por aquel entonces yo andaba tras el Pirineo evadiéndome de los campos de concentración franceses. Afortunadamente todavía me faltaba recorrer mucho camino, hacer otros periódicos, ser espectador de más episodios de guerra y del nacimiento y desaparición de unos cuantos dictadores.

Me es bastante grato, como pueden ustedes suponer, haber sobrevivido a estas contingencias y venírselas a contar a ustedes. Les pido perdón, pues hace más de veinte años que no hablaba en público, y es la primera vez que lo hago en España desde hace cincuenta. Sin embargo, pienso que como me dirijo a un público de periodistas y de estudiantes de periodismo, tendré vuestra indulgencia por no estar en forma; pero me consuela que nosotros, que somos tan duros con los demás, tenemos siempre gran comprensión para los nuestros.

PEQUEÑAS HISTORIAS DE LA GUERRA INCIVIL ESPAÑOLA

Modesto SANCHEZ DE LAS CASAS

Ha sido un impensable privilegiado para mí ser invitado a participar en este Ciclo sobre «Periodismo en la Guerra Civil española» por la Asociación de Periodistas Europeos, justamente cuando se rememora, cincuenta años después, su tristísimo estallido. Y quiero enhebrar en la palabra privilegio, lo que brevemente seguirá a manera de «flashes» que aún relampaguean intactos en mi memoria al cabo de medio siglo exactamente, como si hubiesen acontecido anteayer mismo; cuando ya no retengo lo que hice hoy por la mañana. Ciertamente que como jovencísimo periodista se dieron en mi persona una serie de afortunados privilegios difícilmente repetibles. Podría asegurar que en el trienio que precedió a la Guerra incivil, fui el más joven periodista de toda España con contrato legalizado y absolutamente en regla. A los catorce años firmaba artículos en *La Voz,* y era ya el cuarto periodista de una saga con mí mismo nombre y apellido. El primero, había creado y dirigido catorce años *La Vanguardia* de Barcelona, y era mi abuelo paterno. Mi otro abuelo, era también periodista en *Heraldo de Madrid,* y mis tíos y primos lo eran en Febus (la Agencia EFE por entonces), en *Claridad* o en *Política.* Hoy sólo queda de la saga, en activo, un miembro de la quinta generación: Fernando Sánchez Dragó.

Y privilegios fueron, casi convivir con Manuel y Antonio Machado durante mi niñez en La Colonia de la Prensa; estar junto a Federico García Lorca cuando practicábamos los alumnos del Instituto Escuela, en La Residencia de Estudiantes, en su «La Barraca», y, fuera de toda comparación, estar codo a codo, mesa a mesa, cama a cama, durante los últimos ocho meses de la guerra junto al irrepetible Miguel Hernández, aún alegre, sano y optimista.

Mas entremos ya en el anecdotorio previsto y decidme si no fue un privilegiazo para un alevín de periodista recibir en las últimas dos horas del 16 de julio de 1936, y nada menos que de labios, telefónicamente, del «number one» de los periodistas españoles —sin duda, de entonces y muy posiblemente de hoy— don Manuel Aznar Zubigaray, la primera noticia con aval de que el infausto Movimiento se había iniciado. (Aznar había fundado y dirigido *El Sol* durante varios años, desde 1917, cuando acababa de

quitarse la guerrera de recluta, y hasta la fecha, ningún periódico de España ha podido alcanzar las cotas hasta las que se elevó profesional, política y literariamente aquel periódico. En los años veinte le fichó un millonario dueño de periódico de La Habana, y allí hizo, de nuevo, el mejor periódico de habla hispana en las Américas). En el año treinta y seis Aznar era articulista para multitud de periódicos de provincias y, con especial dedicación, para *Heraldo de Aragón*. Y, más de una vez, después del triunfo del Frente Popular, me hacía ir a mí al Congreso de los Diputados a recoger su artículo para este último periódico, hallándole en algún salón en peculiarísima charla con el ministro socialista don Fernando de los Ríos y el fundador de Falange Española Primo de Rivera, quienes, por cierto, eran, entre sí, dilectos amigos. Otras veces ese artículo diario me lo dictaba sobre la marcha, como quien lava, directamente al teletipo en la Agencia Febus, de la que Aznar era, desde la sombra, orientador máximo. Pero vayamos, de una vez, al mensaje-notición telefónico al que me referí antes:

—Niño, localízame antes de media hora a Fernandito. (Era su delfín, Fernando Sánchez Monreal, director omnímodo de Febus con 27 años). Dile que Franco se va a sublevar ya en Marruecos. Que consiga un avión de la LAPE (la Iberia de hoy) a cualquier precio, y que se vaya con un redactor inmediatamente a Marruecos. Como me falles, niño, te mato. ¡Aznar, que era la exquisitez hablando, aún más que escribiendo!)

Localicé al padre de Sánchez Dragó durmiendo en su casa y cambié «ligerísimamente» el final del mensaje de Aznar de la siguiente manera:

—... y que a cualquier precio logremos un avión de la LAPE y que *nos* vayamos a Marruecos... Sánchez Monreal me dijo: busca el teléfono de la casa de lenocinio que ya conoces en el Edificio Carrión (hoy Capitol) y ójala tengamos suerte en que encuentres allí a Carreño. Dile que en calzoncillos coja un taxi y se venga para mi casa ya. (Luis Díaz Carreño era redactor de *La Voz,* íntimo amigo de Fernando, y un gran repórter político que me doblaba en años.)

Colgué el teléfono con auténticas lágrimas de envidia y frustración profesional. Como infaustamente se frustró que pudiera llegar el avión hasta Marruecos, puesto que al repostar combustible en la mañana del día 17 de julio en Granada, ya se sabía allí que Marruecos era faccioso. Los dos periodistas optaron por regresar a Madrid, no sin antes recoger esposas, madres o hijos de ambos, que veraneaban en San Rafael. Cuando se reunieron con sus familias ya no pudieron salvar el Guadarrama, y acabaron todos juntos en un hotel de Burgos. Y escribo *acabaron* con el más siniestro significado del concepto: acabaron fusilados por desconocidos, bastantes días después, en una carretera comarcal.

Mi primera acción como periodista en un frente de guerra, fue en la tarde del 18 ó 19 de julio, no estoy ya seguro de cual de las dos fechas, en la primera semana de la guerra, en Madrid.

Se había presentado en la Agencia Febus un «recomendado» de quien nos proveía de papel y tintas para nuestras multicopistas, con el siguiente extraño ofrecimiento: se prestaba a cedernos, para uso de la Agencia, el Ford que se había comprado el día anterior, y que aún olía a caucho nuevo.

Y, además, se nos ofrecía gratuitamente como chófer de su propio vehículo. ¡El hombre quería salvar su juguete de la incautación inexorable por las milicias de los partidos y sindicatos, antes de que llegase la noche, y pensaría que el lío militar no podría durar más allá de una semana!

Me tocó aceptar el ofrecimiento y ejercitar personalmente su uso. ¿Cómo? Encaminándonos inmediatamente a Alcalá de Henares que, se nos decía, estaba ya sublevada. Efectivamente, una columna multiforme de paisanaje bien armado (de fusiles, solamente, claro) al mando de un Coronel llamado Puigdengola, estaba entrando ya en Alcalá, sin apenas tiros, cuando llegábamos en nuestro reluciente Ford. Se habían encargado de sofocar la sublevación las propias milicias locales. Una ametralladora, sola pero epiléptica, tableteaba desde el campanario de la Iglesia de Santa María en la que creo que fue bautizado Cervantes. Aún pudimos presenciar, el fotógrafo Contreras, el redactor de *El Sol* José Luis Moreno, el conductor «voluntario» y yo, cómo un disparo certerísimo desde el atrio hacía bascular un corpachón enlutado, desde el campanario, y acababa contra las losas del atrio dejando mudo su impensable órgano eclesial. Vestía ropas talares...

Como estábamos en julio y no serían más de las cinco de la tarde, se organizó un cónclave milicianesco que resolvió seguir hasta Guadalajara, también sublevada. Toda la columna iba motorizada en taxis y turismos producto de la requisa absoluta de automóviles en Madrid, y alguien descubrió que los únicos que íbamos sin arma alguna éramos los cuatro periodistas. La más peregrina de las decisiones, unánimemente aceptada, fue ésta: que «los sin armamento» fuésemos la cabeza o ariete de la columna para que, llegados que fuésemos al punto donde se nos recibiese a tiros, nos parásemos en seco, diésemos paso a los primeros coches armados, y nosotros volviésemos grupas hacia la retaguardia... ¡Nadie discurrió, por lo ocurrido, si la idea era descabellada o no! ¡Y, qué coño, allí todos éramos héroes y nadie se atrevería a sugerir variantes que pudieran parecer cobardía o pánico!

Así avanzábamos, inconscientes, kilómetro tras kilómetro, cuando ya a la vista del Polígono de Aerostación de la propia Guadalajara donde ya se avizoraban tropas en movimiento, el Ford-ariete de los cuatro insensatos periodistas se vio de pronto sobrepasado por media docena de coches erizados de fusiles, por cada lado de los arcenes que, al grito de «¡alto, hijos de puta, fascistas!» nos apuntaban vociferantes...

Os abreviaré el final tragicómico de nuestra primera acción guerrera: no concebían los milicianos —más sensatos ellos— que nos hubiésemos prestado a ir sin armas, en cabeza de la Columna, si no era con la única intención de acelerar a fondo al enfrentarnos con los sublevados y «pasarnos al enemigo». Casi nos desnudaron en los cacheos; no dejaron asientos, maleta y guarniciones del coche sin reventar, en búsqueda de armas ocultas, hasta que llegaron a la simple conclusión de que éramos unos imbéciles y que como no teníamos armas que utilizar, lo mejor era que nos volviésemos a Madrid.

Como caía la noche, lo de la sublevación de Guadalajara iba más en serio, y todavía nos trataban con recelo muchos de los milicianos, optamos por hacer el reportaje de lo de Alcalá de Henares y volvernos hacia Madrid. Así lo hicimos, entre agradecidos y avergonzados, y acabamos toman-

do unas cervezas en las Ventas del Espíritu Santo, que así se llamaba, entonces, al que hoy es puente de Las Ventas sobre la M-30. (Esta historia tuvo un impensable colofón treinta y tres meses después al finalizar la guerra incivil. Me encontré al «recomendante» del conductor del famoso Ford, y me dijo: «ya me enteré en la guerra de que te libraste en Guadalajara de que *te pasaran,* por un verdadero milagro, al lado nacional. El que os conducía en cabeza de la columna, sabiéndoos sin armas, iba decidido a acelerar, a toda costa, dos minutos después de que os atraparan los milicianos. Se trataba de un importante falangista, como yo, dispuesto a pasarse al otro lado como fuese...»)

Ya podréis imaginar que, a mis veinte años y en una guerra civil, eran difícilmente disociables lo militar de lo periodístico, máxime cuando no estaba en mi ánimo. Pero, sin el menor deseo de atribuírmelo como mérito (sino muy al contrario, como muestra y ejemplo de los dislates que ocurrían, casi siempre por puro azar) os diré que, siendo «soldado de 2.ª-cirujano auxiliar» en el Hospital Palace, entretenía mis guardias en confeccionar, ciertamente que con mis cinco sentidos, un periódico mural con textos, dibujos y coloraciones sobre una gran pizarra, de algo más de uno por dos metros. Debió salirme aquello bastante bien pues, una tarde, «los rusos» (que eran unos señores rapados, rubios, gordos y silentes, que lo inspeccionaban todo), repararon en mi periódico mural y, tras hacerse traducir por el intérprete algunos títulos y párrafos, dieron orden de descolgarlo y llevárselo a alguna parte con ellos. En el Hospital Palace había como en todas las unidades militares, grandes y pequeñas, un Comisario político con rango militar exactamente igual al de la Unidad militar, y en el caso que os relato era Comandante. Habían pasado como cosa de dos meses del descuelgue de mi mural, cuando el comisario reunió a médicos y sanitarios para despedirse de nosotros ostentando muy ufano los galones de comisario de División. Pasmaros: aquel salto al «generalato» se debía a que en Moscú habían premiado *mi* periódico mural y como «la autoridad» responsable del mismo era Venancio, el comisario, el ascenso se lo ganó él, pero la historia sigue: tres meses después, andaba yo como camillero en La Roda de Albacete, dispuesto a salir para el frente de Extremadura, cuando se presenta un cochazo del que desciende el ascendido Venancio, que andaba localizándome desde hacía dos o tres días; me entrega una orden del E.M. del Grupo de Ejércitos, que radicaba en Torrente (Valencia), y a empellones me metió en su coche y me encontré incorporado al mismo. ¡Resultó que el tal Venancio era tan agradecido como injusto promotor de mandos, pues vino a resultar que por obra y gracia de un solo periódico, de una sola página y de un solo ejemplar, el tal Venancio y yo acabamos promocionados, militarmente...! Pero esta historia, tan ciertamente verídica como inverosímil, no me parece propio ni del caso, que sea yo quien le añada detalles que pudieran parecer jactanciosos en la lectura de estas cuartillas. En el equipo de Torrente se creó la llamada «Casa de la Cultura» cuya misión consistía en rescatar de las trincheras personas excepcionalmente valiosas como poetas, artistas, etc. Así pude conocer, convivir y trabajar, fraternalmente, con Miguel Hernández, durante ocho meses.

Los periodistas de Madrid, el 7 de noviembre de 1936

Hasta aquella fecha —clave en la guerra civil— salían en Madrid, entre matutinos y de la tarde, no menos de catorce periódicos. Madrid se vio aquella madrugada literalmente cercado, en sus mismísimas calles, desde los Carabancheles hasta la Universitaria, y hubo una espontánea movilización cívica inimaginable hoy. La UGT era el único sindicato con agrupación profesional del periodista, y se había incautado de la Asociación de la Prensa. Los dirigentes nos convocaron, al cierre de los periódicos de la tarde del 6 de noviembre , y acudimos como en un 70 por 100 de la profesión a la planta cuarta del Palacio de la plaza del Callao. Nos enardecieron con discursos inflamatorios y nos concedieron dos horas para prepararnos vestimenta y reunirnos todos en el cine de La Prensa, para salir hacia el frente de la Casa de Campo, aquella misma noche. Transcurrió la noche entera en espera de recibir trescientos fusiles los otros tantos periodistas madrileños que dormitábamos en las butacas del cine. Resultó que, al parecer, tenían que ser prácticamente bajas todos los voluntarios del Sindicato del Magisterio, que ya luchaban en el lago desde media tarde, para que heredásemos sus fusiles, que abrasaban de tanto utilizarlos. (Este hecho lo pude verificar unas semanas más tarde). Cuando alboreaba el inolvidable 7 de noviembre en Madrid, no un horizonte de perros ladraba muy lejos del río, sino que en el Manzanares mismo ladraban centenares de ametralladoras y fusiles, en tanto que a los periodistas concentrados en Callao nos llegaron, en lugar de los fusiles, dos noticias bien contradictorias: el Comité directivo de belicosos periodistas que nos habían inflamado el espíritu para dejar nuestro pellejo en las barricadas —y ellos los primeros— acababa de ser detenido en Tarancón por un «control» anarquista que intentaba cortar el paso a la multitud de «valientes» que huían, junto con el Gobierno, hacia Valencia. Como nuestros colegas llevaban buenos salvoconductos archioficiales lograron, finalmente, seguir hasta Valencia, donde se constituyó lo que en Madrid llamaríamos «el Levante feliz» hasta el final de la guerra.

Por contra, la otra noticia, esperanzadora, de aquella mañana fue que, durante la noche, en todo el perímetro de la capital de la República los primeros brigadistas internacionales, codo a codo con millares de madrileños, habían parado, también, nada menos que por un período impensable entonces, de veintiocho meses más, a las jaurías morunas de Franco, junto a sus generales de más tronio y sus huestes militarizadas del más diverso jaez. Y ya que he nombrado a las Brigadas Internacionales quiero haceros una precisión que me importa: hoy, a mis 70 años, y después de haber recorrido prácticamente el mundo entero, y conocido toda clase de gentes, os puedo asegurar que jamás las hallé mejores que los «internacionales» que vinieron a luchar y morir por La República en nuestra guerra incivil. Y hablo de ellos como personas, al margen de sus gestos políticos, heroicos o altruístas, que de todo ello dejaron memoria imborrable. ¡Naturalmente, hablo generalizando! Sin duda que, hacia el año 1937, en su segunda mitad, llegaron al lado republicano internacionales de muy otra laya, aventureros, apátridas y hasta gentes de peor ralea; pero nunca lograron borrar el perfume, sí, el perfume, a Humanidad soñable, o soñada, que nunca se volverá a repetir...

Aquella primera semana de noviembre de 1936 forma parte ya, desde hace medio siglo, de la pequeña o gran Historia según sea el lado desde la que se quiera entender: el Gobierno se instaló en Valencia con toda la parafernalia oficial y en Madrid se auto-instituyó una Junta Delegada de Defensa de Madrid, bajo el mando del general Miaja. Aunque se protegía en los más bajos sótanos, proyectados para Carlos III, en el Ministerio de Hacienda de la calle de Alcalá, onstituyó durante dos años más el más privilegiado observatorio de cuanto acontecía en el orden no sólo militar sino político. Tuve la fortuna de ser acreditado como periodista por la Junta de Defensa, ante el general Miaja, y retengo anécdotas mil del primero de aquellos dos años, pero ahora sólo quiero haceros partícipes de una: yo llevé al general, una noche, la noticia de la muerte del general Mola en accidente de aviación. Estaba en aquellos momentos posando para un busto, ante Mariano Benlliure; me miró silencioso, y deberéis creerme si os digo que se le saltaron las lágrimas. ¿Y admitiríais que siendo el llamado «director» del Alzamiento, es decir, su peor enemigo, aún tuviera nobleza para elogiarle como persona?

Como es natural, fui infinitas veces al frente de Madrid; unas veces en tranvía, otras veces en metro; algunas, las menos, en coche. Un día quise pisar «mi piscina El Lago», junto al puente de los franceses, en lo que llamábamos «La Bombi». Fue una soleada mañana, tal vez la de más escasísimos tiros por minuto de toda la campaña. Recorriendo las trincheras, alguien, un capitán, me advirtió que un moro muy peligroso y temido por su puntería que estaba bastante cerca, al pie del cerro Garabitas, «me había ojeado» al subirme sobre una casamata. Tuve un segundo aviso de «ten cuidado». Y ya no hubo un tercero porque el moro me metió una bala dum dum por el cogote al reventarse contra un saco terrero. Conservo un trozo de metal, todavía, junto a mis cervcales. Los que me rodeaban comentaron mi impavidez. Y yo, ahora, al escribir esta palabra tengo que recordar, como siempre, a Javier Bueno, porque el juego de «El Impávido» era su juego favorito sobre la mesa de redacción de *La Voz*. No necesitaría deciros, por razón de obviedad, sobre mi herida de guerra que, doce horas después, ya operado, repasaba mentalmente en mi cama hospitalaria lo insensato de mi audacia guerrera y que tuve tanto pánico como el que más lo haya tenido nunca. Y, agotado el tiempo prudencial para estas evocaciones que cumplen ahora medio siglo, quiera Dios que España —y ese es mi más ferviente voto— jamás vuelva a vivir nada semejante a aquello.

EL PERIODISMO EN MADRID DURANTE LA GUERRA

Eusebio CIMORRA

La verdad es que la noticia de la sublevación militar en Africa el 17 de julio a uno no le sorprendió demasiado: no era más —bueno, ya era mucho más— que la consumación del golpe tan largamente anunciado o advertido en nuestros periódicos, tan impunemente gestado y preparado. Lo que otro día 17, el de febrero del mismo año, se intentó desde el teléfono más importante del Estado Mayor central llamando al ministro de la Guerra y en apelación, casi intimidación, de viva voz a Portela Valladares en una suite del Palace: robarle a punta de sable al pueblo español su pacífica y también legítima victoria del voto en las urnas del día anterior. Aquello no prosperó entonces. Pero los golpistas —como les llamaríamos hoy— no estaban convencidos ni mucho menos vencidos. Estaba claro y cada día del proceso político y social español de aquel tiempo demostraba que la subversión sólo estaba aplazada. Incluso se tanteó en marzo y en abril y siguió incubándose con la provocación y el crimen de las pistolas falangistas. Ahora la noticia ya estaba en la calle, en los titulares de la primera plana de los periódicos: «Algunas guarniciones se sublevan en Melilla contra el gobierno legítimo.» «Normalidad en toda la península.» «El gobierno tiene tomadas todas las medidas.»

Pero ¿qué se sabe, qué contestan los jefes de las guarniciones peninsulares?, le preguntábamos a Ossorio y Tafall en el ministerio de la Gobernación. El subsecretario toreaba, como podía, la contestación. Parecía ser que a las llamadas suyas a los gobiernos civiles y a las del ministerio de guerra a las capitanías generales, unos no contestaban, no sabían, y otros, como sabían, no contestaban. A algunos generales y gobernadores civiles les dejaron sin voz y sin vida los sublevados. Se ha dicho y es verdad que los fascistas fusilaron más generales y oficiales por no querer sumarse a la rebelión contra el gobierno de la República que las autoridades republicanas a militares por haberse alzado en armas contra ella.

Armas para defenderla es lo que pedíamos desde *Mundo Obrero* y desde otros periódicos. Todavía en ellos la gracia, el garbo y la garra de un periodismo dinámico, alegre, joven, moderno. Esos días aún Ramón hace chisporretear las bengalas de sus gregerías en *Ahora:* «La eñe es ene cuando se

depila las cejas». Curiosamente, en esas fechas Corpus Barga escribe desde la Unión Soviética sus crónicas para *El Sol.* Y en el mismo periódico quiebra y requiebra sus rehiletes líricos José Bergamín en la serie «El mundo por montera».

No sé si entonces nos dábamos cuenta de la importancia, de la responsabilidad de la prensa republicana, de la prensa leal, como la llamaban, de nuestra palabra para contar, para informar, para formar también la historia que iba a llenar el capítulo más transcendental de nuestra Historia. Digo la palabra escrita porque la radio estaba sólo desarrollándose como periódico sin papel y sin distancia, así que el protagonismo de la información correspondía a la escrita. Aunque eso sí, la Radio, Unión Radio de Madrid, fue muchas veces la voz que llevaba el mensaje de la lucha, de la esperanza, de nuestros políticos, de nuestros poetas y de nuestros soldados. Por los micrófonos de la Puerta del Sol gritó Pasionaria el 19 de julio el NO PASARAN. No quiero que se olvide el nombre quizá ya olvidado, del periodista que combatía en primera fila en aquella guerra de las ondas, las antenas, literalmente bajo las bombas: Augusto Fernández.

Se ha dicho que todo Madrid estuvo en el asalto al Cuartel de la Montaña. Simbólicamente, sí. Físicamente, con los guardias de asalto, con los artilleros, con la aviación o el avión republicano, la multitud enardecida, la juventud con armas y sin ellas (dentro las cogerían), muchos de nosotros que íbamos a hacer el reportaje, el primer reportaje de guerra: «el asalto al Cuartel de la Montaña», algo así como la Bastilla o el Palacio de Invierno de la revolución española. Que significó, como a lo mejor escribíamos y podía haber significado, el fin de la película. No había hecho más que empezar. Y eso de la pluma y la espada, o mejor dicho, el lápiz y el fusil, además de un tópico era para los periodistas madrileños una realidad. Lo que no teníamos en el propio campo era el enemigo de papel: la prensa declarada, agresivamente reaccionaria a la que desde enero del 36 se le había tolerado conspirar y alentar la conspiración, provocar, crear el clima de inseguridad, abonar el terreno para el golpe de Estado. Un Consejo o Comité Obrero, formado por la UGT y la CNT, decidió en Madrid incautarse de los periódicos desafectos al régimen. La distribución, creo, fue así: el *ABC,* para Unión Republicana, o sea la moderada clientela de Martínez Barrio; el periódico de la Comunidad Tradicionalista, que paradójicamente se llamaba *El Siglo Futuro,* para la CNT, que presagiaba un futuro no precisamente eclesiástico; al flamante partido sindicalista de Angel Pestaña le tocó *La Epoca,* una época políticamente del cuaternario, y el Partido Comunista e Izquierda Republicana, de Azaña, se repartieron los dos diarios de la Editorial Católica, el matutino *El Debate,* que fue para *Mundo Obrero,* y el vespertino *Ya,* para *Política.* Los socialistas de Prieto se quedaron con el *Informaciones,* de Juan March. Subsistían *Claridad,* tribuna de los caballeristas y ugetistas, y *El Socialista,* que dirigía el maestro Julián Zugazagoitia. Se publicaban además los que pudiéramos llamar periódicos independientes, o sea que no eran portavoces convictos y confesos de un partido político, de una central sindical o de una organización de ese tipo. Citaremos a *El Sol* crepuscular; *La Libertad,* que tan bien merecía y llevaba su nombre; *El Liberal,* sombra de sí mismo; *Heraldo de Madrid,* al que un periodista catalán, Manuel Fontdevila, había sacado del ostracismo a lo más vocinglero de la tarde y la noche madrileñas. Compartía el protagonismo bullicioso y jaranero de esa hora con *La Voz,* la hermana noctámbula, amiga de famosos, y *Ahora,* quizá el más joven de los periódicos de esas fechas. A lo mejor por eso, en 1937, se convierte en la tribuna enardecida de las Juventudes Socialistas Unificadas.

En aquellos primeros días nuestra prensa era unánime en el triunfalismo, como si ya la victoria sobre los facciosos (esta palabra decimonónica sonaba un poco a fascismo, que era un fascismo atípico, un fascismo a la española) estuviera en nuestras manos, en las bocas de los fusiles, camino de la Sierra. Quizá cayéramos en un optimismo engañoso, pero es que nadie podía dudar de la victoria, la victoria que al fin nos fue negada después de tantas veces haberla merecido. Una idea de ese ambiente eufórico pueden darla estas palabras de Indalecio Prieto por la radio el 24 de julio: «Yo, que soy un pesimista impenitente, tengo que proclamar aquí mi pleno optimismo. Tened la seguridad de que si no estuviese arraigado dentro de mí, yo no lo gritaría a pleno pulmón para que mi voz llegue del uno al otro confín de España». Pues si don Inda, tan propenso a ver la botella medio vacía, estaba tan seguro, por algo sería. Claro que era por algo: porque de las dos Españas (uno no está muy convencido de que fueran precisamente dos Españas) la nuestra era la mayor en todo: geografía, industria, cultura, desarrollo, progreso, con Madrid en medio. Y lo que en el mundo tanto se mira: la libertad. Y la voluntad de defenderla, como se estaba viendo y ¡cómo se vería! Uno no va a ceder a las tentaciones de la reflexión a toro pasado, después de tantas versiones como se han hecho de su lidia en la plaza partida del ruedo ibérico y de las que ahora mismo, a la luz o a la sombra de medio siglo, hacen algunos historiadores a la violeta de la sospechosa objetividad. Uno piensa que quizá es que los toros se ven mejor desde la barrera, aunque lleven medio siglo desollados. Pero volvamos a cuando estaba suelto por el albero. A las primeras páginas ha saltado el nombre de Guadarrama. Y allí hay que largarse con el fotógrafo del periódico. Era uno de los dos Mayo, uno de tantos combatientes del Kodak y de la Leika que se jugaban el tipo, y muchos lo perdieron, sacando el testimonio de la memoria gráfica para el álbum de la historia.

Nuestro coche, incautado como casi todos los coches que circulaban en barullo por todas las calles de Madrid, enfilaba la carretera de La Coruña, adelantando a camiones de pañuelos rojos y rojinegros, mahones milicianos, puños en alto para el saludo y, a lo mejor, una traca de tiros, mientras alguien desde la borda camionera gritaba: «No gastéis municiones, coño, no tiréis todavía.»

Claro, las balas, cuando había balas, había que dejarlas para el frente, pero ¿dónde estaba el frente?

«De aquí no podéis pasar», te paraba de pronto el control. «Oye, que somos periodistas, de *Mundo Obrero.*» Bueno, unas veces pasabas sin más, otras había sus más y sus menos, pero al fin pasabas.

En uno de aquellos hotelitos que se alquilaban para el verano tenía su puesto de mando el coronel Asensio. La verdad es que no parecían gustarle mucho los periodistas: «No hacen ustedes más que exagerar, decía. ¿Han

visto lo que pasa en el frente? Cada cual quiere hacer la guerra por su cuenta.» Pero estaban haciendo ya tras las peñas y los jarales de la Sierra la guerra de todos, derramando su sangre juvenil para que la de los madrileños no llegase al Manzanares. En Guadarrama encontré a Ramón José Sender, mono, correaje, pistolón al frente de un grupo de milicianos. Luego mandaría una columna. Y tardaría mucho tiempo en cambiar la pistola por la pluma y los mapas del Estado Mayor por las cuartillas del artículo o la novela. Por esos días, en el frente de Guadarrama cayó el periodista Manuel Fernández Alvar.

Inminente caída de Córdoba, Córdoba cercada por nuestras milicias, eran más o menos los titulares de nuestros periódicos en agosto del 36. Aquello no podía perdérselo uno. Ni se lo querían perder muchos otros compañeros de los periódicos de Madrid y no pocos de los corresponsales de fuera.

Por Despeñaperros asomaban de pronto las bocas de los mosquetones, las escopetas, con algo de arcabuces decimonónicos, o de algún pistolón arrancado de cualquier panoplia decorativa, y sonaba la voz de «Alto». A la última luz de la tarde, los hombres enturbantados con el pañuelo colorín saltaban a la carretera alzando sus armas para detener el coche, como en el asalto a una diligencia del XIX o, quizá más bien, a un correo de Napoleón.

Luego, Montoro, Villanueva de Córdoba, Castro del Río, Pozoblanco, Belalcázar, pueblos con sonido de copla o de romance, el batallón Juan Bautista Garcés, en memoria del diputado comunista fusilado en Córdoba, Julián Caballero, su capitán, hombres con planta y nombre de caballistas de leyenda o de guerrilleros de la historia, mientras el toro lorquiano de la reyerta terrible subía mugiendo por las tapias de cal, corneando la lumbre de la sangre en los campos inocentes y los viñedos de la ira.

En Montoro tenía su puesto de mando el general Miaja, jefe del frente de Córdoba. Despechugada la chaqueta del pijama a la sombra del patio cortijero no tenía un aire demasiado marcial.

—¿Cuándo tomamos Córdoba, mi general?

—Eso a tí no te importa, que luego lo descubrís todo en los periódicos —se enfadaba el general Miaja, que todavía en el estío cordobés no era el general Miaja. ¿Me explicó?

Córdoba seguía, no muy lejana, en la soledad de su martirio, en manos del general Cascajo (el nombrecito no lo invento yo). Lo que sí se tomó en aquellos días fue Pozoblanco. Por allí me encontraba con Jesús Izacary, que hacía las crónicas del frente para *Ahora* y con mi hermano Clemente, que hacía lo mismo para *La Voz*. Y con Quílez Vicente de *La Libertad* y Juanito Olmedilla del *Heraldo*.

El comandante Vázquez nos hablaba de la bravura, de la disciplina y también de la esperanza de sus hombres arrancados físicamente al martillo y a la hoz. También nos contaba, para que lo contásemos nosotros en los papeles, los horrores que el fascismo cortijero había hecho por estos pueblos. Por estas tierras andaba el rejoneador Antonio Cañero, que se había proclamado general, al frente de una cuadrilla de garrochistas del latifundio y las ganaderías, ahorcando de las encinas, fusilando en las cunetas, violando en las cocinas y los patios.

Un día vino corriendo alguien para decirnos:

—Unos milicianos han asaltado la casa de la Trini.

La casa de la Trini era la casa de putas del pueblo. Uno pensaba que por mucha que fuera la retranca sexual de aquellos muchachos no sería para tanto. No lo era. Lo que pasaba esta que en el burdel del pueblo estaban escondidos unos falangistas de mucho cuidado, de mucha mala leche y los milicianos, enterados por algún soplo, habían ido a detenerlos. Eso de que el fascismo se refugiara en los prostíbulos resultaba casi simbólico y daba para salpimentar la crónica. O lo de aquellos gitanos que se presentaron en la comandancia de milicias proponiendo para alistarse una reivindicación de lo más calé: disolución de la guardia civil y reparto de los caballos entre los gitanos.

El 20 de agosto era la fecha señalada, quizá demasiado señalada, para la toma de Córdoba. Pero ese 20 de agosto, como se sabe, no llegó nunca.

A la vuelta, Madrid sorprendía un poco, los faroles, los balcones encendidos (había que tenerlos así por si los paqueos que acechaban en ventanas y azoteas de la quinta columna), llenas las terrazas veraniegas de los cafés. Bueno, sí, el personal había variado porque ir a tomar café con fusil no era corriente. Claro que ya nada era corriente en Madrid. Quizá había demasiados fusiles. La coña madrileña había lanzado en algún periódico lo del frente de Negresco.

Pero los otros, también los mismos, seguían pegando tiros por Somosierra y Navalperal. Lo contaban los periódicos, destacando los nombres de Paco Galán, hermano del mítico Fermín, del coronel Mangada, uno de los leales de la primera y de todas las horas de la República. Una de las crónicas que uno escribió de esas operaciones la titulé «Moros y cristianos contra España». Ya sé, era facilón, pero es que eso de los moros producía un tremendo efecto psicológico en nuestra gente. Algunos habían sido hechos prisioneros en Peguerinos después de haber causado terribles efectos, no solamente psicológicos, en los vecinos del pueblo y las enfermeras del hospital de campaña.

Además de los periódicos, digamos profesionales, los de las milicias: los que se hacían en el Quinto Regimiento, en las imprentas de las unidades, hasta 150 creo que se publicaban en 1937. Por esas fechas dos mil milicianos de la Cultura habían enseñado a leer y escribir a otros 30.000 compañeros en los pupitres de las trincheras. Cuando llegabas para hacer algún reportaje te pedían, además de periódicos, libros. Uno los podía coger para llevárselos en Cultura Popular, y de paso que se fuera contigo Miguel Hernández para que le dejaras en su unidad; también te los daban en la Alianza Antifascista. Alberti y sus poetas escriben, publican, reparten *El Mono Azul,* cartel antológico del romancero para una guerra. César Fal ha organizado *Altavoz del Frente,* que está en Alcalá, esquina a Alfonso XI, casi junto a *Mundo Obrero.* Es como un taller de la música en armas, de la pintura en armas, de la poesía en armas. Y un revelador museo de trofeos de guerra, de periódicos y de fotografía. Las Guerrillas del Teatro levantaban en cualquier esquina, en cualquier plaza, su tingladillo de la nueva farsa, con los tristes y grotescos polichinelas que no tenían ningún secreto. Se dice

que cuando hablan los cañones callan las musas. En nuestra guerra se hicieron artilleras. Claro, funcionaban también otros teatros y los cines. Y estaba bien. La normalidad es un grado: un grado de optimismo que podía detectarse precisamente en la última página (con el tiempo muchas veces sería la única), en la cartelera teatral y en los anuncios de los periódicos. En septiembre del 36, en el Fuencarral podía verse a Imperio Argentina en *El novio de mamá;* claro que, para compensar, creo que en el Callao ponían *Lenin, el Genio de la Revolución.* En el teatro Martín echaban *Mujeres de fuego,* sin ninguna relación con las milicianas. Otros títulos, que fueron variando con el tiempo, aunque no mucho, eran *La flauta de Bartolo, Me acuesto a las ocho;* uno, casi de un escepticismo simbólico, *Qué más da.* Y, por supuesto, *Los marinos de Cronstad* y documentales de nuestra guerra como *El pueblo en armas.* Unos 20 teatros y más de cuarenta cines funcionaron en Madrid, todo el tiempo, aunque a la salida hubiera que correr a los portales de la Gran Vía, por si las bombas.

A mí los anuncios es que me alucinaban. Todavía en el 37 y el 38, el Banco Central y el Banco Urquijo seguían invitando desde *Mundo Obrero* y, claro, desde otros periódicos, a algo casi surrealista, al ahorro; Coca Cola prometía en sus tapones premios de una peseta, ¿pero dónde habría en Madrid Coca Cola, hubo alguna vez Coca Cola? En cambio, el anuncio de Ladilline, contra los parásitos, era muy actual, porque ya se imaginan ustedes de qué parásitos se trataba.

Cerrado el paréntesis (el despiste de la memoria suele abrir y cerrar muchos), volvamos al final del verano del 36 cuando ya la guerra no se contaba por días ni por semanas. Empezaba, seguía la cuenta por meses. El dos o tres de septiembre nos lo dijo Jesús Hernández en la redacción de *Mundo Obrero*, de que, hasta ese momento, había sido director: «Ya no queda más que presentar a Azaña la lista del nuevo Gobierno». El día 4 todos los periódicos daban la noticia: Largo Caballero preside el nuevo equipo con ministros de todo el arco socialista, y la novedad de dos ministros comunistas: uno de ellos, el de Instrucción Pública y Bellas Artes (el que nombró director del Museo del Prado a Picasso). En seguida muchos periódicos lo llamamos «el Gobierno de la Victoria».

Luis de Tapia, aquel periodista de la última bohemia madrileña, que en *La Libertad* publicaba sus divertidas «Coplas del día», lo celebraba así, a ripio suelto:

«Salud, Largo Caballero,
ahora a proceder ligero;
Salud, Alvarez del Vayo,
y a proceder como el rayo.
Salud, querido Negrín,
a ver si esto tiene fin.
Salud, amigo Galarza,
ya son nuestros con que ¡arza!
Salud, Hernández y Uribe,
Mejores no se concibe.
Salud, camarada Prieto,

gran talento y gran sujeto.
Salud Giner de los Ríos
todos sois amigos míos.
Me gusta el gobierno nuevo
más que la sopa con huevo».

Coplas aparte, la verdad es que el Gobierno de la Victoria se enfrentaba a una nueva etapa de la guerra, que planteaba otros métodos de conducirla, cuando ya se empieza a ver que habrá «no intervención» a rajatabla para unos (nosotros) e «intervención» a caño libre para otros (ellos). Y no es que me esté apartando del tema que nos ha traído aquí: es que, a mi juicio, es entonces cuando comienzan a aflorar, incluso a encresparse en nuestros periódicos las diversas concepciones de interpretar la hora, la cada vez más dura hora política. Ejército Regular según unos, Milicias revolucionarias según otros, incluso aquello de primero la revolución como premisa e incentivo para ganar la guerra, o primero ganar la guerra para poder hacer la revolución. ¿Qué revolución? Tampoco en eso, quizá en eso menos que en nada, era fácil ponerse de acuerdo. Por cierto que el primero de octubre del 36, en la presentación a las Cortes del nuevo gobierno, se declaró: «A pesar de la ayuda a los facciosos seguiremos respetando las reglas internacionales y todos los intereses extranjeros que hay en nuestro país.»

Pero, claro está, todos los éxitos en el campo de la política se ganaban en el campo de batalla. Y en él no son precisamente laureles los que ese gobierno corta: se pierde Talavera de la Reina, el Alcázar de Toledo abre sus puertas a Varela; el contraataque republicano de Seseña, anunciado a bombo y platillo, en todos nuestros periódicos, no pudo lograr, como se decía, el «objetivo estratégico», aunque eso sí, cortó unas semanas al enemigo el camino, cada vez más corto, a Madrid.

Uno anda ya por Parla, por Getafe, por Leganés. Alguien dice: «se han escapado algunos locos». ¿Qué locos, pero quiénes eran, quiénes éramos los locos cargados de razón? Nos cruzábamos en las caravanas de los evacuados, los viejos, las mujeres, los niños que huían de las bombas hacia Madrid. Aquí sus bombas se deslizarían irreales por los salones de las casas requisadas del barrio de Salamanca. En Carabanchel se luchaba calle por calle, habitación por habitación, acera por acera. La distancia de Madrid al frente ya no se contaba por kilómetros. Se decía: «el frente está a 15 céntimos». Eso era lo que costaba el tranvía a Usera, a Moncloa, a la Universitaria. Más de uno de esos tranvías quedó despanzurrado en mitad de la calle como un inocente tanque amarillo.

Ya es el frente de Madrid, la batalla de Madrid, castillo famoso, sin miedo al moro, ni al italiano ni al alemán fascistas, Madrid, con pulsos de fiebre, Madrid rompeolas de todos los fascismos: Madrid del 2 de mayo y del 18 de julio, gritaban nuestros periódicos al pueblo, a los soldados del Madrid de noviembre.

Por supuesto, no poy a citar nombres de los que tanto se ha hablado, aunque nunca se hablará bastante de los jefes, de los comisarios, de los héroes, muchos todavía anónimos de aquellas jornadas que asombraron al mundo. Con los nuestros —ellos eran también los nuestros—, los que vi-

nieron de lejos «con su sangre que canta sin fronteras» a ayudarnos a cerrar al fascismo la frontera de la Libertad. A algunos tuve el privilegio de conocer y hasta de entrevistar, como al camarada Nicoletti, también periodista en la vida civil, comisario de la Brigada Internacional que mandaba el general Kleber. Por el cielo de Madrid, casas rotas, sus calles ensangrentadas, ala con ala de la aviación republicana, la Gloriosa, como la llamábamos, los chatos y los Moscas soviéticos segando Junkers. «Cataluña se defiende en Madrid» —todo se defendía en Madrid— habíamos escrito. Aquí estaban la Columna Catalana de López Tienda, la de Durruti, al que una bala cortó su joven, su entregada vida en la Ciudad Universitaria. Recuerdo que comentándolo con Ilia Erhemburg, el escritor soviético, corresponsal de *Izvestia* en nuestra guerra, me dijo: «Era un amigo, era un hermano, era un revolucionario».

Jamás, creo yo, como en aquellas fechas, se puso a prueba de bomba, y nunca mejor dicho, el valor, la imaginación, la capacidad movilizadora y alentadora de los periodistas madrileños que de sus trincheras de papel hicieron fortines de entusiasmo y de confianza en el triunfo. De verdad, lo que hacíamos lo hacíamos bien.

A todo esto, el gobierno se va, se ha ido de Madrid. Que para que nadie capitalice políticamente el detalle se ha completado con dos ministros de la CNT y otros dos de la FAI. Con él se va toda la manigua burocrática, se van los asustadizos y asustados, que, además, para justificarse, quieren asustar. También se largan periodistas, unos que, al parecer, son imprescindibles en la nueva capital política, y otros de los que, a lo mejor, Madrid puede prescindir. Se quedó, como se sabe, la Junta de Defensa, estructurada políticamente a imagen y semejanza del Gobierno Central, con la novedad de que la presidía un militar: el general Miaja. A los periódicos salta y en ellos, lógicamente, se enzarza la polémica sobre si la Junta debía alzarse como un poder autónomo, con atribución de todos los poderes, o supeditarse al Gobierno de la República como organismo nombrado por él y por él delegado. Ese fue el apellido de la Junta de Defensa que, desde luego, mereció cien veces su nombre. El cerebro estaba, y seguramente debía estar, en Valencia. El corazón seguía en Madrid.

Las direcciones de los partidos y sindicatos también se trasladan al Levante, todavía feliz. Desde septiembre en *Mundo Obrero* la dirección la formábamos César Falcón, Navarro Ballesteros y yo, la troika, como rusificadamente la llamábamos. A finales de diciembre la dirección del Partido me manda a *Frente Rojo,* el periódico que el C.C. hace en Valencia. *Mundo Obrero,* con Navarro Ballesteros al frente, se queda como órgano del P.C. de Madrid.

De ese tiempo, nos hablan puntualmente en ese mismo libro Eduardo de Guzmán y Modesto Sanchez de las Casas, dos de sus grandes protagonistas: el tiempo en el que en Madrid no dejan un día de hacerse sus periódicos: con redactores y sin ellos, con imprentas y sin imprentas, con papel y sin papel. En los meses, en los años de la resistencia, en Madrid pudo faltar —y faltó— el pan. Lo que no le faltaron nunca fueron sus periódicos.

Uno claro, va a Madrid muchas veces por razones profesionales. La última en febrero de 1939. Cuando ya de nuestra mitad de la piel de toro nos queda menos de la mitad, y eso partida en dos. Cuando el ejército del Ebro que una noche el río pasó va a pasar —¡ay Carmela!— la raya de Francia. Y a Madrid regresa un gobierno itinerante, el segundo de Negrín con un solo punto en su agenda: resistir. Pero ya en el Madrid de «el fascismo no pasará» se disponen a abrirle la puerta desde dentro. Con la sublebación del coronel Casado el 5 de marzo estalla en Madrid la miniguerra civil que enfrenta a los que llevaban luchando juntos casi tres años en la grande. Lo primero, casi lo primero, es cerrarles la boca a los comunistas: secuestrarles y prohibirles su prensa. Y detener a sus redactores. Claro que no sólo a ellos. En un comunicado del Consejero de Gobernación de la Junta casadista a los gobernadores civiles de provincias podía leerse: «Proceda V.E. a la detención de todos los comunistas significados en la provincia de su mando» (Martínez Anido habría incluido también a los comunistas insignificantes y, por si acaso, a sus carceleros).

Yo no voy a ponerme aquí, tampoco hemos venido a eso, a hacer juicios de valor a cincuenta años vista de una cuestión tan debatida y controvertida como es el final de nuestra guerra. Nadie sabe lo que hubiera pasado si se hubiese resistido ni cuánto ni hasta cuándo se habría podido resistir. Lo que sí sabemos todos es lo que pasó por lo contrario.

Ahora, en esta Ciudad Universitaria que tanto enseñó al mundo hace casi medio siglo, creo que su última o quizá primera lección sea, para los periodistas de hoy y de mañana en nuestro país, que no necesiten más que el bolígrafo o la olivetti para discutir con el que piensa de otra manera.

Y ya nada más que agradecer a la Asociación de Periodistas Europeos y a esta Facultad la ocasión de esta cita con el recuerdo. Porque ya se sabe que lo que se olvida es lo que se está más expuesto a repetir. Y aquéllo no se debe olvidar y hay que contarlo precisamente para que nunca más se repita.

PERIODISTAS EN MADRID DURANTE LA GUERRA CIVIL. LA REPRESION

Eduardo DE GUZMAN

Siempre que he tenido la menor ocasión o pretexto, he sostenido en público y en privado, oralmente o por escrito, que siendo angustiosas las víctimas de nuestra última contienda incivil en todas las profesiones, en ninguna fueron tantas proporcionalmente como en la periodística. También que, contra lo que sostienen las estadiísticas de las Naciones Unidas, nuestro cometido no es el segundo en peligrosidad entre todos los existentes, sino el primero, por lo menos en España. Para afirmarlo de manera tan rotunda basta y sobra con que cualquiera de los escasos supervivientes de una época azarosa y sangrienta mire en torno suyo y advierta los anchos claros abiertos en sus filas por la muerte violenta de numerosos compañeros; sin contar, naturalmente, las desapariciones, todavía más abundantes, de quienes perecieron oscuramente a lo largo de estos lustros interminables como consecuencia directa y lógica de encierros, torturas, miserias, hambres y discriminaciones. De este sacrificio profesional se ha hablado tan poco que resulta totalmente desconocido para quienes mejor debían recordarlo. Ahora, cuando se cumple medio siglo justo del comienzo del drama, quiero aportar yo algunos nombres y datos concretos en que baso parcialmente mis aseveraciones.

Vaya por delante el hecho cierto de que los periodistas que vivimos y trabajamos en la zona republicana hubimos de padecer varias persecuciones, procesos y condenas sucesiva o simultáneamente. La primera —nada blanda desde luego— tuvo su expresión en las culpabilidades en que no habíamos incurridos y nos fueron exigidas a ciencia y conciencia de nuestra inocencia en los millares de consejos de guerra sumarísimos y de urgencia —en los que se invertían las normas elementales del Derecho de quien acusa prueba y eran los acusados los que tenían que demostrar su inocencia— con tan escasas posibilidades de salvación que casi ninguno podía nombrar defensor, hablar con el juez, presentar testigos y pruebas de descargo y ni siquiera después de ser condenados sabíamos de qué nos acusaban. Para mayor *inri,* no se trataba de la imposición de unas pequeñas multas o unos días de arresto, sino que todos teníamos la cabeza en peligro. En 1939, igual que en 1942, 1945 o 1948 era muy raro que el redactor de cualquier perió-

dico republicano fuese condenado a cuatro o seis años de presidio. Predominaban de tal modo y manera las peticiones fiscales de pena de muerte que cualquiera de nosotros podía darse —y se daba— por muy satisfecho si la petición se reducía a reclusión perpetua. Pero aun siendo en general más graves las penas que recaían sobre los periodistas, las condenas no diferían esencialmente de las de los cien mil presos que a comienzos de 1940 se hacinaban en las veintinueve cárceles que funcionaban sólo en la ciudad de Madrid.

La diferencia entre nosotros y los demás estribaba en una segunda condena. La segunda condena comenzaría cuando concluía la primera y el periodista, luego de largos años de presidio y de pasar por las confusas y equívocas situaciones de prisión atenuada, libertad condicional o vigilaba alcanzaba lo que oficialmente se denominaba libertad definitiva. La libertad definitiva, conseguida al cabo del tiempo —nueve años en mi caso concreto— por aplicación de algún indulto, no era tan definitiva como para que en la comunicación al interesado no se le advirtiera textualmente que «los beneficios de tal indulto no alcanzan a las penas accesorias y quedaran sin efecto en los casos de reinidencia o reiteración». Las penas accesorias aludidas consistían en la pérdida de derechos civiles, las responsabilidades políticas —pecuniarias mejor— señaladas en la Ley de 9 de febrero de 1939, la inhabilitación para todo cargo público y la invalidación para el ejercicio de su profesión.

En este último punto existía en 1939 —y continuó existiendo durante treinta y seis años más— una diferencia esencial entre los periodistas y el resto de la profesiones liberales o los realizadores de cualquier oficio manual. Tanto el médico con el mecánico, el abogado como el ebanista podían teóricamente al recobrar la libertad una vez cumplida su condena, ejercer normalmente la profesión y trabajar en su oficio. Todos los excarcelados disfrutaban oficialmente de este derecho —aunque la realidad hiciera materialmente imposible su cumplimiento— pero lo tenían al menos en el papel. La excepción fueron los periodistas. Ni un solo redactor de un diario madrileño condenado, procesado o simplemente depurado pudo volver a trabajar como informador ni aparecer en la nómina de ningún periódico. Como obligada consecuencia los periodistas liberados hubieron de ganarse el sustento como pudieron, trabajando en oficios que ninguna relación tenían con el suyo propio. (Un porcentaje elevado no logró ganárselo de ninguna manera y Antonio Agraz, buen periodista y uno de los mejores y más desconocidos poetas contemporáneos muerto en el hospital provincial de Madrid no constituye por desgracia un caso único ni excepcional.)

La depuración de periodistas se realiza de perfecto acuerdo con lo que dispone una orden del Ministerio de la Gobernación, firmada por el titular del mismo don Ramón Serrano Suñer que aparece en el *Boletín Oficial* de 24 de mayo de 1939. En dicha disposición se ordena que «todos los periodistas residentes en territorio que haya sido liberado con posterioridad al 31 de diciembre de 1938, están obligados a formular ante este Ministerio declaración jurada sobre los siguientes extremos». A continuación venían diez puntos en los que se precisaba que el interesado, tras anotar su nombre y apellidos debía hacer constar el periódico en que trabajaba el 18 de julio

de 1936 y qué servicio prestaba en él; publicaciones en que hubiese laborado con posterioridad a dicha fecha hasta la liberación de su residencia o evasión, con expresión de la índole de las mismas; partidos políticos y organizaciones sindicales a que hubiera estado afiliado, indicando la fecha de inscripción y, en su caso, de cese; cotizaciones voluntarios o forzosas en favor de partidos, entidades sindicales o gobierno que haya realizado, incluyendo en ellas las hechas a favor del Socorro Rojo Internacional, Amigos de Rusia y otras organizaciones análogas aunque no tuvieran carácter de partido; si pertenece o ha pertenecido a la masonería, grados que en ella hubiese alcanzado y cargos que hubiera desempeñado; si prestó adhesión al gobierno marxista o a las autoridades rojas con posterioridad al 18 de julio de 1936 y en qué circunstancias, expresando si lo hizo de forma espontánea o en virtud de alguna coacción; si ha ejercido algún cargo político o de otra clase al servicio de la Administración dependiente del Gobierno Rojo, expresando en qué tiempo y circunstancias; si ha prestado alguna colaboración o servicio al Movimiento Nacional o si ha padecido alguna persecución, proceso, encarcelamiento o detención; testigos que pueden corroborar la veracidad de sus afirmaciones o documentos que puede presentar o señalar.

Eran muy pocos los periodistas que habiendo trabajado en un diario madrileño, aunque su labor fuese totalmente anónima y careciese de toda trascendencia, lograban superar tan largo y severo interrogatorio. En realidad una inmensa mayoría se verían rechazados aun sin haber prestado sus servicios en ninguna publicación republicana durante toda la guerra. El simple hecho de haber residido en Madrid, Barcelona, Valencia y demás ciudades republicanas entre 1936 y 1939 ya les comvertía en gravemente sospechosos. Para salir airosos de las pruebas necesitaban demostrar, con testigos solventes y documentos concluyentes, haber actuado clandestinamente contra las autoridades legales y en beneficio del Movimiento Nacional. Quienes no lograban demostrar tales extremos —y eran del 85 al 90 por 100— recibían un oficio de la Subsecretaría de Prensa y Propaganda del Ministerio de la Gobernación que sobre una firma ilegible del secretario general decía textualmente: «Pongo en su conocimiento que el Ilmo. Sr. Director General de Prensa en uso de sus atribuciones HA DENEGADO su inscripción en el Registro Oficial de Periodistas como consecuencia de la resolución recaída en su expediente de depuración política profesional. En virtud de esta resolución y de acuerdo con lo establecido en la vigente legislación de Prensa QUEDA USTED INVALIDADO PARA EJERCER LA PROFESION DE PERIODISTA.»

Conviene señalar que esta depuración era totalmente independiente de la exigencia de responsabilidades penales, cuya tramitación correspondía por lo menos en parte a un denominado juez militar especial de Prensa, cargo que en 1939 desempeñaba en Madrid un antiguo redactor de *El Debate*. Dicho juez tenía su despacho en la propia Asociación de la Prensa y su misión consistía en la incoación de sumarios contra los miembros de la profesión o informar acerca de los periodistas acusados por otras autoridades. ¿Pudo este hombre influir favorable o desfavorablemnte en la suerte de sus compañeros de profesión? Lo ignoro porque aunque mi sumario fue instrui-

do por el Juzgado Militar Especial de Prensa no hablé con él ni antes ni después de ser condenado a muerte. Tampoco sé en qué sentido pudo influir en el destino de los numerosos periodistas republicanos madrileños juzgados en los primeros años de la posguerra la junta directiva de la Asociación de la Prensa Madrileña —nombrada en Burgos en 1938— de la que era presidente don Víctor Ruiz Albéniz y secretario don Francisco Casares. Lo único que puedo decir, y es fácilmente comprobable en cualquier hemeroteca, es que los artículos y comentarios de ambos señores, que constantemente aparecían en la «Hoja del Lunes», órgano oficial de la Asociación no se distinguen precisamente por su espíritu cristiano de perdón y reconciliación, sino por todo lo contrario.

El periodismo español vive una época de inusitado esplendor durante los breves años de la segunda república. Se publican más y mejores diarios que en cualquier otro momento y las publicaciones alcanzan una difusión que no admire comparación con la que tuvieron en cualquier otra etapa anterior o posterior. En Madrid concretamente, que apenas roza el millón de habitantes se editan en la primavera de 1936 nada menos que dieciocho diarios, ocho matutinos y diez vespertinos y algo parecido sucede en el resto de las grandes ciudades españolas. Pese a que muchos de los periódicos se proclaman independientes, casi todos tienen claras tendencias políticas y en ellos están representadas todas las ideologías desde el catolicismo ultramontano de *El Siglo Futuro* hasta el sindicalismo revolucionario de *CNT*. En cuanto a difusión dos periódicos madrileños y otro barcelonés superan ampliamente doscientos cincuenta mil ejemplares de tirada; varios más giran en torno a los cien mil y la mayoría oscilan entre los veinte y los cincuenta mil ejemplares.

La dura y abierta competencia hace que todos procuren mejorar su presentación y contenido. Si el huecograbado es un lujo que no todos alcanzan, quienes carecen de él procuran compensar al lector con mayores informaciones o mejores colaboradores. En el aspecto informativo se realizan verdaderos alardes, los periódicos vespertinos suelen recoger cuanto sucede en la tarde hasta la hora misma de salir a la calle. Es normal y corriente que den amplias referencias de las sesiones vespertinas de las Cortes y que quienes asisten a una corrida de toros o un partido de fútbol encuentren en el periódico que compran a la salida la reseña crítica del espectáculo que acaban de presenciar.

En los numerosos periódicos de esta época colaboran asiduamente las figuras más prestigiosas y solventes de la vida nacional en todos sus aspectos. Los artículos de fondo y los breves ensayos que a diario publican alcanzan verdadera categoría literaria. Los acontecimientos sociales y los debates parlamentarios suelen ir precedidos, acompañados y seguidos de encendidas polémicas en las columnas periodísticas que el público lee y comenta con un apasionamiento como no se ha producido ni antes ni después.

Al comenzar la guerra civil en julio de 1936 cambia sustancialmente la situación periodística. En Madrid desaparecen cinco diarios —*El Debate, Ya, Siglo Futuro, La Nación* y *La Epoca*— y siguen publicándose todos los demás, algunos como *ABC* incautado por Unión Republicana e *Informaciones* que lo es por el PSOE. A los trece diarios subsistentes vienen luego

a sumarse dos más: *El Sindicalista,* órgano oficial del partido de Pestaña, y *Castilla Libre* de la Confederación Nacional del Trabajo.

Es un fenómeno sorprendente incluso para quienes lo vivimos directamente que esos quince diarios se sigan publicando en Madrid durante los veintinueve meses de asedio, bombardeos, privaciones y hambres. Son increíbles las condiciones en que se publican en una ciudad en plena guerra, con la mitad de su perímetro ocupado por el enemigo, en medio de diarios bombardeos aéreos y artilleros, careciendo de papel, de tinta, de maquinaria, con frecuentes cortes de energía y con carencia de redactores, administrativos y tipógrafos. Todos tienen que reducir su tirada y tamaño, conformarse con publicar cuatro o dos hojas, imprimir en diferentes imprentas con distintos formatos de periódicos y en papel de diferentes colores, pero no dejan de aparecer un solo día. Si en los primeros meses sobran periodistas y tipógrafos, en años sucesivos se carece de todo. De un lado porque muchos han marchado voluntariamente a los frentes o han sido movilizados con sus quintas; de otro porque no pocos han seguido al gobierno en sus desplazamientos a Valencia primero y Barcelona después o han sido llamados para trabajar en periódicos que se editan en Cataluña o en lo que un poco en broma denominamos en Madrid el «Levante feliz». También, aunque sean menos, debe señalarse asimismo que algunos periodistas procuran por todos los medios buscarse misiones especiales lejos de España y sobre todo lejos de los riesgos de una ciudad asediada donde toda incomodidad tiene su asiento. Al final, en 1938 y 1939, no son más de sesenta o setenta los que redactan y publican los quince diarios de información general y las diversas publicaciones bélicas que siguen apareciendo en Madrid. Es penosa y difícil la vida en una ciudad que una sola carretera une a la costa lejana y por donde tienen que llegar toda clase de abastecimientos no sólo para un ejército sino para una población civil cercana al millón de personas. Es una situación anormal que posiblemente no se ha dado en ninguna parte; porque aquí, casi en los mismos frentes de combate, hay cientos de miles de personas que pretenden hacer una vida normal, aunque sea pasando hambres y sorteando obuses.

Después del corte de Vinaroz y esencialmente después de la batalla del Ebro, nadie puede acariciar esperanzas de victoria. Tras la claudicación de Chamberlain y Daladier en Munich el 30 de septiembre de 1938 todos sabemos que la guerra está perdida. Sabemos más los periodistas que aquí trabajamos: que nuestra vida está en peligro y que nos será casi imposible salir de Madrid cuando las armas dejen de dialogar. Sin embargo y pese a este convencimiento, una mayoría permanece en su puesto y en la mañana del 28 de marzo de 1939 cuando los frentes han desaparecido y la quinta columna se adueña de la ciudad todavía aparecen una mayoría de los diarios madrileños, pese a que los redactores sabemos que corremos el mayor peligro.

De los setenta u ochenta periodistas que en marzo de 1939 continuamos trabajando en Madrid, cuatro consiguen abandonar España en los últimos momentos. Son dos redactores de *El Liberal* que embarcan en Mazarrón el 23 de marzo; José Luis Salado director de *La Voz,* que sale de Valencia el 28 de marzo y José García Pradas, director de *CNT* que embarca dos días

más tarde en Gandía. Los demás, todos los demás somos detenidos en Madrid, Alicante, Cartagena o el resto de la zona republicana en los días en que no llega la paz, pero sí la victoria de nuestros adversarios.

En poco más de un siglo entre 1833 que empieza la primera y 1936 que se inicia la última, nuestro pueblo ha padecido cuatro guerras civiles con una duración total de dieciocho años e incontables colores, lágrimas y muertos. Estas cuatro guerras civiles han sido preparadas, iniciadas y sostenidas por las capas más reaccionarias de la sociedad española que cuando no han detentado el poder han procurado recuperarlo como sea y a costa de lo que sea. De las cuatro contiendas, los elementos liberales puestos a la defensiva alcanzaron la victoria en tres, las terminadas en 1840, 1848 y 1878. En los tres casos la pelea terminó cuando callaron las armas y en ninguno de los casos hubo persecuciones, castigos implacables ni represiones. Los militares carlistas derrotados fueron admitidos en los ejércitos liberales y ninguno padecía cárceles ni torturas. Un general carlista, Urbistondo, es ministro de la Guerra con Isabel II y el más siniestro de los caudillos del pretendiente, el general Cabrera, consigue que Alfonso XII le reconozca todos sus grados y títulos e incluso que le pague los atrasos de cuarenta años que no ha podido cobrar por permanecer en la ilegalidad. En cambio, la decoración varía al final de la última contienda, la única ganada por la extrema derecha española.

Aunque las hostilidades terminan oficialmente en 1939, la represión se prolonga de manera ininterrumpida a lo largo de treinta y seis años más y los últimos enterados de cinco sentencias de muerte los pone Franco el 26 de septiembre de 1975 cuando le faltan menos de dos meses para la muerte. ¿Cuántas son las víctimas de esta represión? Lo ignoramos con exactitud porque se ha tenido un exquisito cuidado en disimular, alterar o negar las cifras. Ni en vida de Franco ni después de su muerte se ha dado de fuente oficial una cifra aproximada de los españoles que perecieron en los frentes y la retaguardia, en la guerra o en el maquis, en los frentes ni con posterioridad a su desaparición. No obstante, no puede negarse que en todos esos años más de un millón de españoles padecieron en los presidios, las cárceles, los campos de concentración, los batallones de trabajo o castigo, las comisarías, los cuarteles y demás lugares de interrogatorio y encierro a lo largo de los cuarenta años que van de 1936 a 1975.

Hay no obstante una larga serie de cifras impresionantes. En una carta que Franco escribe en mayo de 1943 al conde de Barcelona le dice, ponderado sus propios méritos en materia represiva, si para don Juan de Borbón no tiene trascendencia su labor justiciera «iniciada con más de cuatrocientos mil procesados para acabar a fuerza de generosidad, pero sin atenciones ni mengua de ejemplaridad reducida a menos de setenta mil presos autores de crímenes». Otras cifras, igualmente angustiosas son las que oficiosamente dan en el Ministerio de Justicia español al periodista americano Charles Foltz; 192.684 muertos en las cárceles españolas entre el 1 de abril de 1939 y el 30 de junio de 1944 —lo que equivale a más de cien muertos diarios. En cuanto a las ejecuciones basta y sobra con consignar que el ministro de Asuntos Exteriores italiano y yerno de Mussolini, el conde Ciano que visita España en el mes de julio de 1939 asegura que «las ejecuciones en Madrid

son de 200 a 250 diarias, 150 en Barcelona y 80 en Sevilla que en ningún momento estuvo en manos de los rojos».

Prescindiendo de cálculos acerca de la totalidad de las víctimas de la represión yo puedo citar, porque me tocó comprobarlo personalmente, dos casos concretos. De los diez periodistas madrileños que en la tarde del 17 de julio de 1936 nos encontramos en el Congreso cuando Prieto nos da la primera noticia de la sublevación de Melilla, seis mueren violentamente en los meses posteriores. De los otros cuatro, uno continúa en Francia su interminable exilio y los tres restantes —Valentín Gutiérrez de Miguel, de *El Sol,* Carlos Pérez Merino de *Claridad* y yo— somos condenados a muerte y después de indultados pasamos en presidio los mejores años de nuestra juventud. De los treinta presos que procedentes de Aliante trae la policía militar a Madrid el 16 de junio de 1939 —médicos, periodistas, abogados, políticos— seis mueren en las comisarías de Almagro 36 y Alcalá 82 sin poder superar los interrogatorios y dieciocho más son condenados a muerte y fusilados durante los años 1939, 1940 y 1941.

A quienes por esta época tan triste para nosotros nos encontrábamos encerrados nos consta de una manera indudable que las penas solicitadas y las penas recaídas sobre la casi totalidad de los periodistas republicanos madrileños revestían extraordinaria gravedad. Como prueba y demostración inserto, como apéndice de este trabajo, dos listas incompletas por la extremada dificultad de conseguir datos completos, de los periodistas republicanos madrileños que fueron condenados a muerte y de los ejecutados. Aunque por sí solas resultan en extremo elocuentes, considero conveniente ponerles unas breves apostillas.

Además de los cuarenta y tantos nombres que aparecen en ambas listas hubo como mínimo otros treinta periodistas condenados a penas menores, oscilando generalmente entre los seis años y un día y los treinta años de reclusión. Entre ellos figuran, que yo recuerde de memoria, Serafín Ademez Martínez, de *ABC,* Vicente Ramón del *Heraldo,* Pedro Pellicena Camacho de *Informaciones,* Antonio Nicas y J. Carbonell de *La Libertad,* Valentín de Padro de *El Sindicalista,* Gregorio Gallego y Eduardo Bort Vela, de *Castilla Libre,* igual que uno de mis hermanos —otro fue fusilado— Mariano de Guzmán que tras ser sobreseido el sumario que se le intruía fue encerrado durante largos meses en el campo de concentración de Nanclares de la Oca. Preciso es consignar, asimismo, el triste caso de Antonio de Hoyos y Vinent, redactor de *El Sindicalista* muerto en la cárcel de Porlier. Tampoco debe silenciarse el de Mauro Bajatierra, corresponsal de guera de *CNT* muerto a tiros en su domicilio al llegar a casa el día final de la guerra en Madrid. O el de Miguel San Andrés, director de *Política* que una vez indultado de la pena de muerte fallece de inanición en el Fuerte de San Cristóbal de Pamplona.

Todos los nombres que cito corresponden exclusivamente a periodistas que trabajaron durante la guerra en los diarios que se publicaban en Madrid, a casi todos los cuales conocí y traté y con muchos de los cuales compartí sinsabores y amarguras carcelarias. Dejo deliberadamente aparte por no conocer tan directamente la magnitud de sus problemas a otros muchos de la zona republicana como Barcelona, Valencia, Alicante, Cartagena,

Murcia, Albacete, Jaén y Almería. Y estimo que conviene precisar, a efectos de la proporcionalidad en el número de bajas profesiones a que aludo al principio que en los dos primeros años de la contienda civil las redacciones de las publicaciones madrileñas quedaron literalmente en cuadro, perdiendo por una u otra causa las nueve décimas partes de sus redactores y colaboradores.

La casi totalidad de los periodistas madrileños que han conocido las tristezas y sinsabores de exilios interminables, habían salido de la capital de España meses e incluso años antes del final de nuestra guerra. Después del primero de abril de 1939 sólo dos informadores pudieron abandonar España: Antonio de Hermosilla y Antonio de Lezama, director y uno de los subdirectores de *La Libertad* que encontraron asilo en la embajada de Chile, única que admitió a medio centenar de refugiados republicanos. Javier Bueno, que se encontraba en la embajada de Panamá, fue detenido al ser asaltada la representación diplomática del país centroamericano, condenado a muerte y fusilado.

PERIODISTAS REPUBLICANOS MADRILEÑOS VICTIMAS DE LA REPRESION

Javier Bueno, director de *Claridad* y presidente de la Asociación de la Prensa, fusilado.
Manuel Navarro Ballesteros, director de *Mundo Obrero,* fusilado.
Augusto Vivero, director del *ABC* republicano, fusilado.
Julián Zugazagoitia, director de *El Socialista,* fusilado.
Fernando Sánchez Monreal, director de la Agencia Febus, fusilado.
Luis Díaz Carreño, redactor de *La Voz,* fusilado.
Angel de Guzmán Espinosa, redactor deportivo de *La Libertad,* fusilado.
Angel Cruz Salido, redactor-jefe de *El Socialista,* fusilado.
Federico Angulo, redactor de *El Socialista,* fusilado.
Juan Manuel Valdeón, redactor de *El Sindicalista,* fusilado.
Mauro Bajatierra, redactor de *CNT,* muerto a tiros al llegar a su domicilio el 28 de marzo de 1939.
José Serrano Batanaero, abogado y colaborador de *Política,* fusilado.
Cayetano Redondo, director de *El Socialista,* fusilado.
Enrique Peinador, redactor del *Diario Universal,* fusilado.
Carlos Gómez, «Bluff», caricaturista de *La Libertad,* fusilado.

A estos quince nombre pueden añadirse varios más, entre ellos el del escritor y periodista Ciges Aparicio que, nombrado en 1936 gobernador civil de Avila —donde la sublevación triunfa sin lucha— es detenido, condenado y ejecutado.

Más monstruoso es el caso de la esposa de Ramón Sender, mujer sin ninguna significación política que al empezar la guerra y separada de su marido busca refugio en un pueblo de la provincia de Zamora donde a poco es

detenida y no procesada; esperan unos meses a que dé a luz porque está embarazada y luego es fusilada sin otro delito ni pretexto que la significación política de su marido.

PERIODISTAS REPUBLICANOS MADRILEÑOS CONDENADOS A MUERTE

De *La Libertad:*

Eduardo Haro Delage, subdirector.
José Manuel Fernández Gómez, redactor.
Félix Paredes, redactor.

De *El Sol:*

Valentín Gutiérrez de Miguel, redactor-jefe.
Jaime Menéndez, redactor.
José Luis Moreno, redactor.

De *El Sindicalista:*

Natividad Adalia, director.
Valentín de Pedro, redactor-jefe.
Angel María de Lera, redactor.
Juan Manuel Valdeón, redactor.

De *Heraldo de Madrid:*

Eduardo Castro, redactor.
Santiago de la Cruz, redactor.
Federico de la Morena, redactor-jefe.

De *Castilla Libre:*

Eduardo de Guzmán, director.
Mariano Aldabe, redactor.
Manuel Zambruno, «Nobruzan», redactor.

De *CNT:*

Manuel Villar, director.
Aselo Plaza, redactor-jefe.
Feliciano Benito, colaborador.

De *Política:*

Miguel de San Andrés, director.
Cipriano Rivas Cherif, colaborador.
José Serrano Batanaero, colaborador.

De *El Socialista:*

Carlos Rubiera, colaborador.
Amos Acero, alcalde de Vallecas y colaborador.
J. Gómez Ossorio, colaborador.

De *El Liberal:*

Diego San José, colaborador.
Fernando Perdiguero, dibujante.

De *Claridad:*

Javier Bueno, director.
Carlos Pérez Merino, redactor-jefe.
José Robledano, dibujante.

De *La Voz:*

Virgilio de la Pascua, redactor.
Martínez de León, dibujante.

FUNDACION
BANCO
EXTERIOR

PUBLICACIONES

COLECCION «INVESTIGACIONES»

- **Claves para el desarrollo económico de Andalucía.**
  (J. A. Payno y otros, 1983)
- **Estrategias y criterios. Hacia una racionalización del diseño y la construcción en la vivienda social.**
  (J. M. Escudero y R. Kuri, 1985)
- **El mundo fue noticia.**
  (F. Sahagún, 1986)
- **El Arpa en el Renacimiento Español.**
  (R. M. Calvo Manzano, 1986)
- **La economía de Cuba: I. El difícil camino hacia la industrialización.**
  (E. Palazuelos, 1986)
- **La economía de Cuba II. Las relaciones económicas entre Cuba y España.**
  (E. Palazuelos, 1986)
- **Gastos fiscales y déficit público.**
  (R. Calle, 1986)
- **Adivinancero Popular Español.**
  (J. L. Gárfer y C. Fernández, 1987)
- **España cíclica.**
  (A. de Miguel, 1987)

COLECCION «MEMORIAS DE LA MUSICA ESPAÑOLA»

- **Bibliografías y documentos sobre la música y músicos españoles.**
  (Legado Barbieri, vol. I)
  (F. A. Barbieri. Edición a cargo de E. Casares, 1986)

- **De la mano de Joaquín Rodrigo. Historia de nuestra vida.**
  (V. Kamhi. Edición a cargo de A. Ruiz Tarazona, 1986)
- **Mi vida y mi obra.**
  (P. Sorozábal, 1986)
- **Federico Mompou: vida, textos y documentos.**
  (C. Janés, 1987)

COLECCION SEMINARIOS Y CURSOS

- **La integración en E.G.B.: Una nueva escuela.**
  (Varios autores, 1986)
- **Grandes periodistas olvidados.**
  (Varios autores, 1987)

CATALOGOS DE EXPOSICIONES

- **Colección de Santamarca** *(1984)*.
- **Pinturas de paisaje del romanticismo español** *(1985)*.
- **Otros abanicos** *(1985)*.
- **Esteban Vicente: pinturas y collages, 1925-1985** *(1987)*.

FUERA DE COLECCION

- **Cooperación y seguridad en Europa: La Conferencia de Madrid.**
  (1984)
- **Malandanza de Don Juan Martín.**
  (F. Cabal, en colaboración con la Junta Municipal de Centro del Ayuntamiento de Madrid, 1986)
- **Homenaje al Profesor Sampedro.**
  (Varios autores, 1987)
- **Una noche en el caballo de Troya.**
  (A. Cillóniz, 1987)
- **La Dama de Elche.**
  (A. Berenguer, 1987)
- **Europa después de la lluvia.**
  (C. Peri Rossi, 1987)
- **Poeta en Nueva York.**
  (F. García Lorca, con ilustraciones de J. C. Equillor, 1987)
- **Valle Inclán: Cronología, escritos dispersos, epistolario.**
  (J. A. Hormigón, 1987)